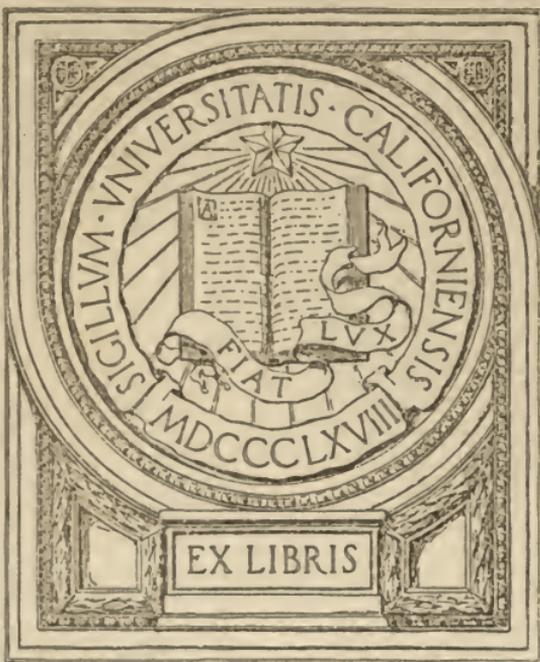


UC-NRLF



5B 41 318

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



EX LIBRIS

PUBLISHED IN SPAIN

CRISTÓBAL COLÓN

NO VIII
ANEXO



CRISTÓBAL COLON

VIDA Y VIAJES DEL GRAN ALMIRANTE DE LAS INDIAS



SÍNTESIS HISTÓRICA

ESCRITA CON PRESENCIA DE LAS OBRAS DE LOS MÁS EMINENTES AUTORES

POR

M. PONS FÁBREGUES

Con permiso de la Autoridad Eclesiástica

BARCELONA

IMPRENTA DE HENRICH Y C.^a EN COMANDITA

Calle de Córcega, 348

70. VIII
ANUARIO

EIII
P4

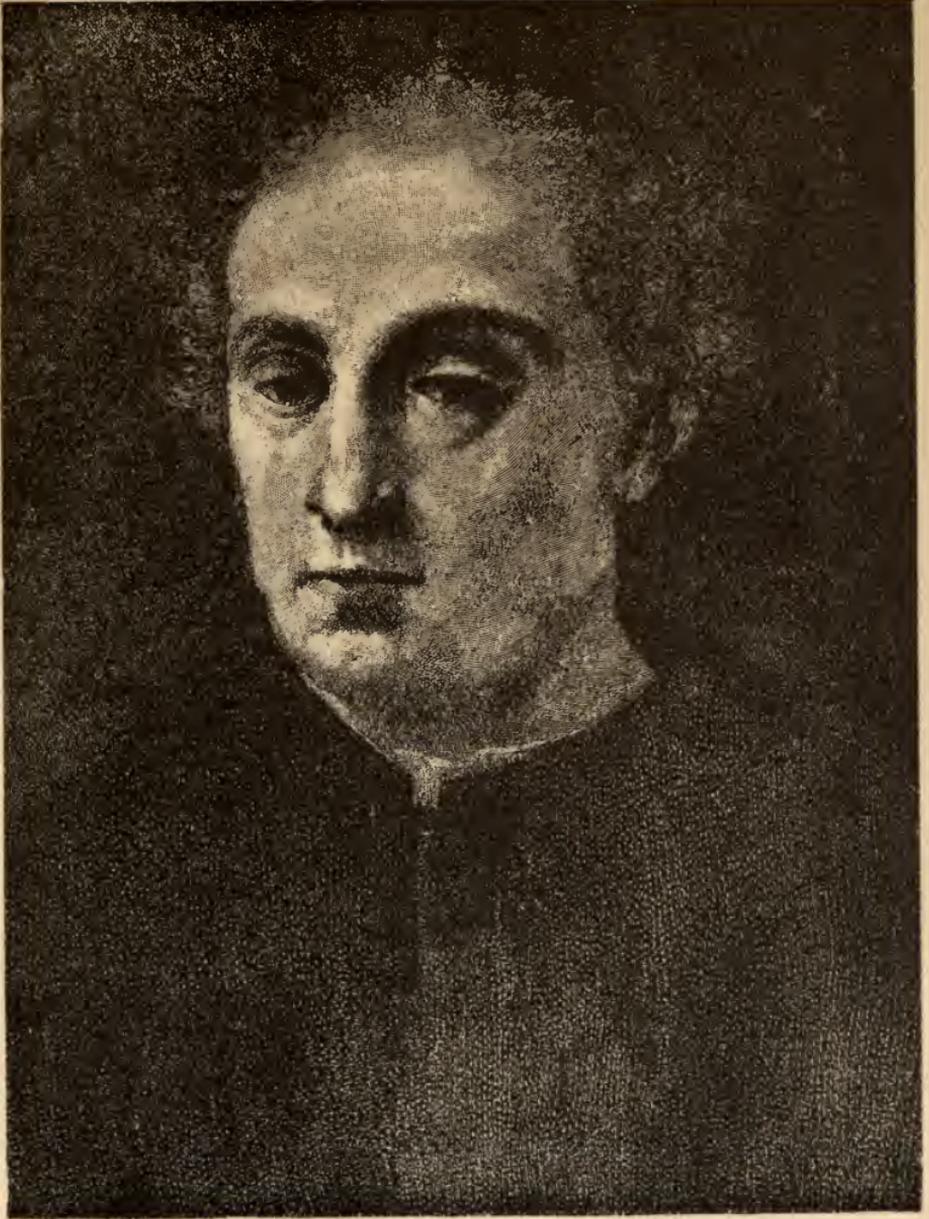
Gift of J. C. Cebrian

VICARIATO GENERAL DE LA DIÓCESIS
DE BARCELONA

Nihil obstat. El Censor, FRANCISCO DE P. RIBAS Y SERVET, Pbro

Barcelona 10 de Abril de 1911.

Imprimase: El Vicario General, JOSÉ PALMAROLA. — Por mandado
de Su Sría., LIC. SALVADOR CARRERAS, Pbro., Scio. Canc.



Cristóbal Colón

INTRODUCCIÓN

AMÉRICA! El nombre de Colón evoca en seguida con mágico prestigio el del maravilloso continente que por aberración lamentable ha dejado de llamar Colombia la posteridad de los tiempos medios. De las misteriosas ondas del grande Océano surgió ante la mirada absorta de los navegantes del Viejo mundo aquella tierra de cálido ambiente bañado en deslumbradora luz; de árboles gigantes retorciéndose y formando inextricables selvas, y verjeles lujuriantes sobre cuya pomposa floración de intenso color y aromas embriagadores tejían inmensas guirnaldas los verdes brazos de los arbustos y en cuyas espesuras resonaban roncadas voces de aves de abigarrado plumaje.

El antiguo continente supo por las relaciones de mil osados argonautas que pronto acudieron a la conquista del áureo vellocino, que aquellas comarcas que cada vez dilataban más y más sus horizontes, eran muy superiores en extensión a las del viejo Occidente; trocábase al parecer en colosal realidad el sueño del país índico, de aquel país que entreviera la antigüedad griega y latina hacia los rosados confines de Oriente y que pisara Marco Polo, a dar fe a las fantásticas descripciones del navegante veneciano referentes a las opulentas islas de Cipango; contenía su virgen suelo aquellas preciosas piedras, que el énfasis de los siglos amontonó en las regiones de Golconda;

las ardientes especias y las mercancías orientales que desde Alejandría arrebatava Europa a las embarcaciones árabes; el codiciado rey de los metales que en cantidades fabulosas arrastraban ríos inmensos como mares, y otras riquezas que producían montes en cuyas heladas cimas, más agudas que las pirenaicas y las alpestres, relampagueaban los fuegos de volcanes más considerables y numerosos que los del Mediodía y del Septentrión europeo.

* * *

El siglo décimoquinto prometía ser fecundo en descubrimientos. La marina real portuguesa reconocía geográficamente el continente africano cuya punta austral, que Bartolomé Díaz llamó Cabo de las Tormentas, rebautizó convirtiéndolo en el de Buena Esperanza el monarca lusitano. Colón; fundado en las atendibles razones de Toscanelli, imaginaba una ruta hacia Levante para llegar a las codiciadas islas tropicales del Asia. Como todos los que viven de ensueños lejanos, el insigne navegante desdeñado por el frío y altanero D. Juan II de Portugal, era locuaz y comunicaba a su acento cálidos tonos de elocuencia. Sin fe en su patria y perdida la que fundara en el reino occidental de la península ibérica, Colón logró sugestionar con sus profecías fascinadoras a los reyes y a los sabios de Castilla. El gran genovés, de quien se dijo que no un aventurero parecía, sino un príncipe disfrazado de mendigo, no cimentaba sus ideas ni la grandiosidad de su proyecto en quiméricas ilusiones, ni en las fábulas, tanto científicas como vulgares; que en su tiempo corrían afirmando que más allá de unos mares que el terror hiperbólico imaginó después lóbregos e hirvientes, existían tierras que la mente colectiva esforzabase en percibir a través de seculares indicios entre nieblas legendarias. El intrépido marino fundaba su resuelta convicción en un plan nada temerario ni caprichoso, sino basado en profundos estudios y larga experiencia, que prestaron a su voluntad decidida, constancia y persuasión de alcanzar su heroico intento. España, a quien la Providencia hubo previamente de conceder

aquellas islas Afortunadas en que el risueño mito griego situó el jardín de las Hespérides, poseedora del canario archipiélago, túvolo como jalón para llegar a un Nuevo Mundo, y cúpole la gloria de contribuir a descubrirlo gracias a la protección por ella dispensada al inmortal marinó. ¡Designios secretos de Dios!, porque España era en aquella época el país acaso menos dispuesto para intentar aventuras, empeñada como estaba en la total expulsión de la morisma, contra la cual se hallaban concentradas todas las fuerzas del reino.

* * *

¡España y América! Ya en adelante esos dos nombres tan íntimamente ligados desde hace más de cuatro siglos, no los separarán ni el tiempo, ni los hombres, ni los acontecimientos. No en vano dió la nación ibérica al Nuevo Mundo sus costumbres, su civilización, su idioma, difundiendo en aquellos países y sus idólatras naturales la religión y la fe católicas. La comunidad de genio y de lenguaje, a través de adversidades, vicisitudes y luctuosos acontecimientos no recordables, mantiene incólume el potente lazo que las unió en la última década del siglo xv.

No ha sido tampoco estéril el esfuerzo y sacrificio de tantos arrojados campeones y misioneros como vieron las playas del nuevo continente, impelidos unos por su espíritu de aventuras, guiados otros por su inquebrantable fe, ni se derramó en vano la sangre de tantos soldados y de tantos mártires sobre aquel virgen suelo; y si hoy las florecientes naciones que componen la América central y la meridional no forman ya parte del hispano territorio, no es menos cierto que por el corazón son todavía españolas y no olvidarán nunca su ibérico origen ni el nombre de Colón, que rodeado de inmarcesible aureola se transmitirá de una en otra generación sin que lo cubra el polvo de los años ni lo eclipsen contingencias futuras, como las ocurridas a poco del descubrimiento antillano gracias a los portentos de la navegación portuguesa, que hubieron de relegar casi al olvido el nombre

y la obra del marino insigne. Menguado fué, pues, en sus inmediatas consecuencias aquel acontecimiento no obstante haber resultado más grande de lo que su autor imaginara. Y para colmo de injusticia, el insignificante marino Américo Vespucio surgió un punto de la obscuridad para dar su nombre al continente cuya extensión no daban a sospechar las islas del mar Caribe. Vespucio, florentino de origen, hizo algunos viajes a las tierras descubiertas, y la admiración que excitó el relato de sus *Cuatro Navegaciones*, una de ellas imaginaria en opinión de Humboldt, valióle que se diese su nombre al continente entero.

Algunos pretenden que si bien es verdad que Vespucio no descubrió las primeras islas del Nuevo Mundo, fué sin embargo quien, antes que nadie, tocó en la tierra firme, en el cabo Paria. Pero esto no es cierto. Colón llegó al cabo Paria en 1.º de Agosto de 1498, en ocasión de su tercer viaje, que fué muy anterior al más antiguo de Vespucio, quien salió por primera vez en 20 de Mayo de 1499, en unión de Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa, que habían concurrido al segundo viaje de Colón. No puede por lo tanto disputarse a éste el mérito de haber sido el primer europeo que descubrió las costas de lo que actualmente se conoce por América meridional, y a él ha de concederse todo el honor que adquirieron las sucesivas empresas realizadas por otros hombres alentados por su ejemplo.

Aun admitiendo que Cristóbal Colón no fuese el primero, tampoco sería Vespucio quien hubiese pisado antes que nadie la tierra firme del continente americano, porque este mérito correspondería en tal caso a Sebastián Cabot, quién en compañía de su hermano Juan abordó en el Labrador el 24 de Junio de 1497, entre los 56 y 58 grados de latitud, descubrimiento que, colocado entre el segundo y tercer viaje de Colón, precedió por lo tanto de un año y seis días al del continente de la América meridional, que por entonces no se sospechaba que formase uno mismo con la tierra vista por Cabot al Norte. Así pues, en esta serie de comunicaciones entre ambos mundos, la prioridad, la importancia y el título real de descubridor pertenecen a Cristóbal Colón.

Debe reconocerse sin embargo que Américo Vespuccio ninguna parte tuvo en la substitución de su nombre por el de Colón, porque la denominación de América fué posterior a la muerte de ambos. Del estudio de documentos indubitables resulta que el verdadero padrino de América fué un librero de la pequeña ciudad de San Dié, en Lorena, llamado Hylacomylus, editor de los *Cuatro viajes de Vespuccio*, cuya primera edición vió la luz en 1507, a continuación de un tratado de Cosmografía compuesto por él mismo, en cuyo libro propone que se designe el Nuevo Mundo con el nombre de *América*.

Las varias ediciones que de este libro se publicaron, esparcieron por toda Europa la admiración que Hylacomylus sentía por Américo Vespuccio. Este mismo editor publicó luego el mapa, tosco aún e imperfecto, del Nuevo Mundo, unido a la edición de Ptolomeo de 1522, en la que, por primera vez, se da el nombre de *América* a los países recién descubiertos. Nadie reivindicó para Colón la gloria de darles su nombre.

* * *

Digamos como conclusión de estos breves rasgos sobre el acontecimiento mayor que la Humanidad registra, que la germinación del proyecto colombino tuvo sin embargo origen en un error que no pudo ver desvanecido el insigne geógrafo y navegante. La ciencia de Colón, reflejo de la de su tiempo, falló precisamente en un punto que, a no haber existido ese error, no habría llevado al célebre marino a emprender el viaje hacia Occidente. Colón, aun en el momento de su muerte, ignoraba que hubiese descubierto un nuevo mundo, y creyó siempre firmemente que los territorios descubiertos pertenecían a las Indias Occidentales, como se las llamaba entonces, a las que había llegado por un camino más corto, descubriendo de paso pueblos desconocidos y una raza distinta de la europea. Al cabo de su tercera expedición, persuadióse de que estaba en la *costa del oro*, en el Asia Oriental, y persistió en su equivocación por no haber alcanzado, al reconocer el sur de Cuba, el extremo

occidental de la isla. Torciendo su ruta, llevóle su nave a una corriente de agua dulce procedente de tierra, y tal fué la exuberancia y riqueza vegetal de sus márgenes, que no eran sino las del Orinoco, que hubo de considerarlas por sus inimaginados esplendores y «suavísima temperancia», camino del Paraíso terrenal. Pero en la barrera de las costas ístmicas estrellóse por fin la constancia del genial explorador, el cual combatido por reacias tempestades, enfermo y desalentado, regresó a Europa para emprender desde ella el último y eterno viaje, en el que le precediera de pocos meses la gran Isabel de Castilla.

* * *

Las páginas que siguen, aunque no extensa y detallada historia del gran Almirante y de sus viajes, dan no obstante completa idea de la empresa por él realizada y su trascendencia. Ha facilitado nuestra tarea la consulta a los mejores narradores, historiadores y poetas de la magna epopeya del siglo xv, Navarrete, Prescott, Irving, Larousse, Cantú, Lamartine, el P. Las Casas, Lafuente, el conde Roselly de Lorgues y otros. Este último, postulador oficial del proceso de beatificación del ilustre genovés, es su historiador definitivo y el que con más grandeza y poesía ha escrito, después de Washington Irving, el gran suceso.

Ateniéndonos a estas autoridades, hemos narrado sencillamente la vida, viajes y descubrimientos de Colón, como tributo y homenaje al genio que abrió el camino de un mundo ignorado a la civilización y al Cristianismo.

CAPÍTULO PRIMERO

CRISTÓBAL COLÓN. — SU NACIMIENTO. — SU JUVENTUD.
SUS PRIMEROS VIAJES. — SUS PROYECTOS.

Muy controvertidos han sido el lugar preciso y la fecha exacta en que naciera Cristóbal Colón, pues al par que unos le señalan como cuna el pueblo de Calvi (Córcega), otros pretenden que vió la luz primera en Savona, en Finale, en Plasencia, en Oneglia, en Pradello, en Cogoletto o en Boggiasco entre los años 1436 a 1441, y aun Vidart, uno de los historiadores del Descubrimiento, llega a decir que Colón era un inglés descontento de su país que se fingía genovés; pero la tradición general es que nació en Génova por el año 1435.

Y que es así atestígualo el propio Colón en su célebre y auténtico testamento, cuya primera cláusula dice textualmente: «Item: mando al dicho Diego, mi hijo, o a la »persona que heredare dicho mayorazgo, que tenga y sos- »tenga siempre en la ciudad de Génova una persona de »nuestro linaje que tenga allí casa y mujer, e le ordene »renta con que pueda vivir honestamente..... porque po- »drá haber de la dicha ciudad ayuda e favor en las cosas »del menester y suyo, *pues que della salí y en ella nací.*»

Su padre, descendiente al parecer de una antigua y noble familia, llamábase Domenico Colombo y era cardador de lana. Su verdadero apellido era Colomb, y el blason de la familia de que se le cree oriundo consistía en tres palomas de plata en campo azul, con el emblema de

la Justicia en la cimera y la divisa: *Fides, Spes, Charitas*. Colón latinizó al principio su apellido convirtiéndolo en *Columbus*, y de su analogía con *Columba* (paloma) parece que sacaba su hijo Fernando significación misteriosa, por estar su padre destinado a llevar el ramo de oliva a través del Océano, como la paloma de Noé. Tampoco falta quien atribuya significación profética al blasón de familia que cobijó la cuna de Cristóbal, ya que la paloma es el símbolo del Espíritu Santo. Cuando aquél vino a España acomodó su apellido a nuestra lengua, transformándolo en *Colón*, para distinguirlo de otros parecidos, y éste es el que ha conservado.

No puede afirmarse que Colón descendiera de aquella noble familia; pero no es inverosímil admitir que, aun cuando hijo de un cardador de lana, ocupación que en aquellos tiempos se consideraba como profesión noble, pudiese tener ascendientes que hubieran ocupado elevadas jerarquías sociales. Sea de ello lo que fuere, nada pierde su fama, pues no por su abolengo hizose imperecedero el nombre de Colón, sino por los hechos gloriosos que tanto honran su memoria.

Poco se sabe de la niñez de Cristóbal y de sus primeros estudios; sólo es indudable que su piadosa madre Susana Fontanarosa depositó en el alma del tierno niño los gérmenes de religiosidad y amor a Dios, que conservó en todos los instantes de su azarosa vida. Desde muy pequeño mostró gran predisposición al mar, y en cuanto le quedaba un momento libre, corría a la muralla o al puerto para contemplar desde allí el azul Mediterráneo y los buques que entraban y salían; y en las noches serenas gozábase en la contemplación del firmamento y de los astros.

A pesar de la estrechez en que vivía la familia de Colón, pues el oficio de cardador de lana que ejercía Domenico producía poco y algunos negocios que emprendió tampoco le proporcionaron grandes beneficios, no descuidó por ello la educación de Cristóbal, quien desde muy niño poseía excelente carácter de letra y mostraba grande afición al dibujo y la pintura, que tanto le valieron más adelante para ayudarle a ganarse la subsistencia en situación

difícil. Estudió algún tiempo en la Universidad de Pavía, donde aprendió geografía, cosmografía, geometría, astronomía y ciencias náuticas, pasando después a trabajar en el taller paterno, hasta que, cediendo el padre de Cristóbal a la innata vocación que el muchacho sentía por el mar, permitióle se embarcara como grumete en un buque mercante, a los catorce años de edad.

Muy confusos son los datos que encontramos sobre la juventud de Cristóbal Colón, sus primeros viajes, sus aventuras marinas, sus estudios, sus ensueños y sus proyectos. Según parece, el grumete se convirtió pronto en el experimentado marino que sus aptitudes y sus gustos permitían presagiar, después que hubo combatido valerosamente contra los corsarios del Archipiélago, que le dejaron, como recuerdo de su temprana bravura, una profunda herida cuya cicatriz, al abrirse de nuevo en los posteriores años de su vida, contribuyó a abreviársela. En 1459 incorporóse a la escuadra del rey Renato, mandada por su pariente el almirante Colombo, y a poco el rey le confió la peligrosa misión de rescatar en Túnez, con un pequeño barco, una fragata apresada por los piratas. La tripulación, creyendo la empresa desproporcionada a sus fuerzas, cobró miedo durante el viaje y exigió del joven capitán les recondujera a Marsella. Colón aparentó ceder; pero, llegada la noche, volvió la aguja de marear, y cuando sus hombres se creían a la vista de los vigías de Marsella, encontráronse a la altura de Cartagena.

Algún tiempo después de la expedición a Túnez, sirviendo Cristóbal en un buque de otra escuadra, mandada también por otro pariente suyo conocido en la historia de la marina genovesa por Colombo el Joven, supo el almirante que regresaban de Flandes cuatro galeras venecianas ricamente cargadas, y resolvió atacarlas con su pequeña flota. Realizóse el encuentro a la vista de la costa portuguesa, entre el cabo de San Vicente y Lisboa, durando el combate todo un día con igual encarnizamiento por ambas partes y luchando las tripulaciones cuerpo a cuerpo.

Cristóbal Colón tenía el mando de una galera, y por desgracia incendióse el buque veneciano que él había

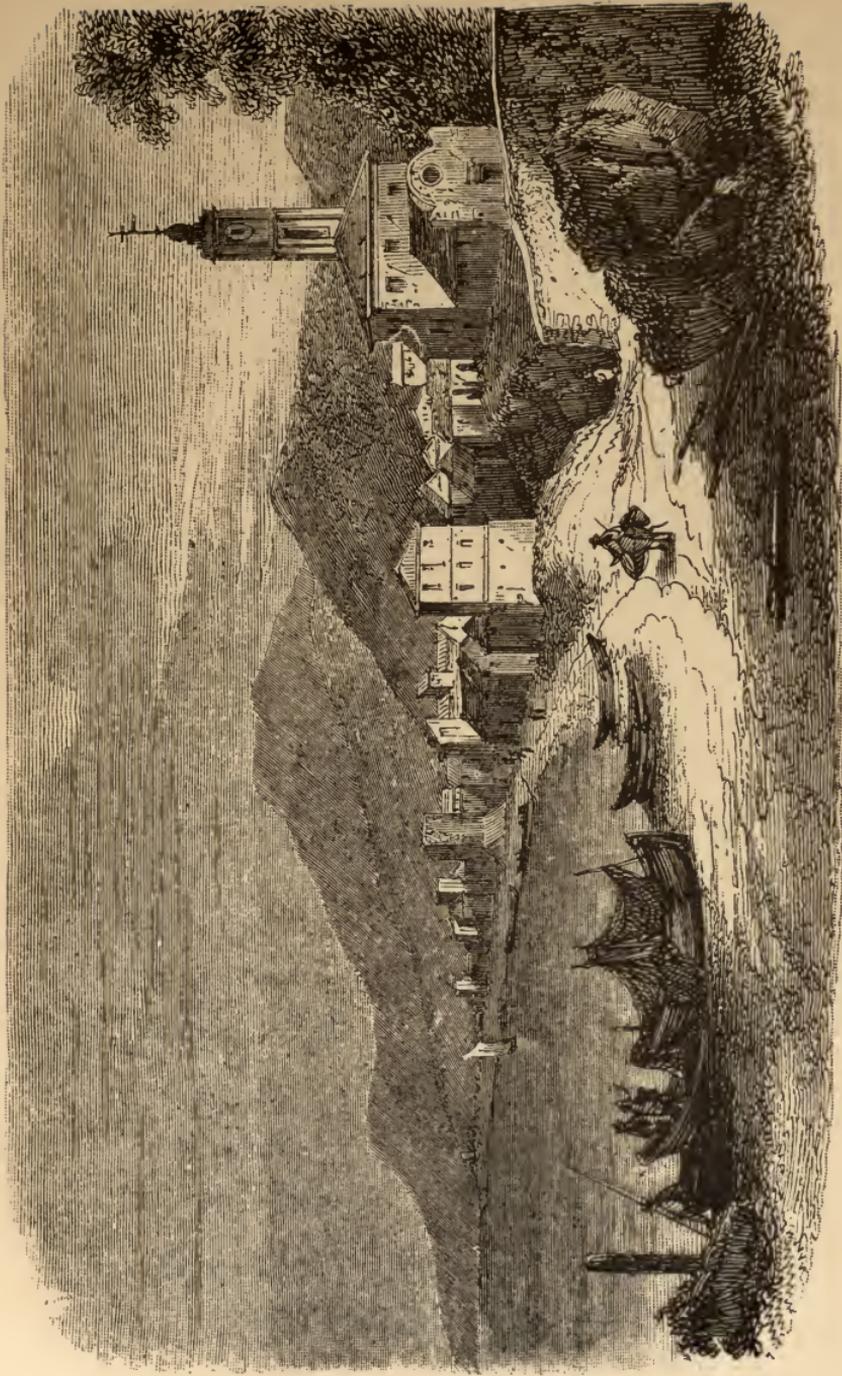
abordado, comunicándose el fuego al de su mando; en vano trató Colón de desasirse del barco enemigo, al que estaba estrechamente encadenado por los arpeos y los cables. Luchó, sin embargo, hasta el último momento, en que, siendo ya imposible sostenerse en el puente de su buque, convertido en un brasero, arrojóse al mar con toda la tripulación y sólo consiguió salvarse merced a un largo remo abandonado, que le permitió sostenerse sobre el agua y llegar nadando a la orilla, distante más de dos leguas del sitio donde había terminado aquel desastroso combate. Esto sucedía en 1470.

Trasladóse el náufrago a Lisboa, y allí, entre algunos otros compatriotas, halló a su hermano segundo Bartolomé Colón, quien, para ganarse la vida, se dedicaba a dibujar cartas de marear y a construir o reparar instrumentos náuticos. A su llegada a Lisboa, Cristóbal ayudó a su hermano, adquiriendo en poco tiempo suma habilidad en dibujar cartas geográficas, componer esferas y levantar mapamundis.

Allí, en el taller de su hermano Bartolomé, frecuentado por marinos de distintos grados y de diversa educación, oyó las más extrañas teorías acerca de la tierra, que consideraban unos como círculo aplanado o como cuadrilátero inmenso rodeado por inconmensurable masa de agua que cubría la séptima parte de ella, al par que otros admitían la existencia de zonas desconocidas, pero inhabitables, cubiertas de hielos; aunque todos convenían en negar la posibilidad de la existencia de los antípodas.

En torno de aquel mar desconocido agitábanse terribles o grotescas imágenes, acompañadas de horripilantes leyendas que la imaginación de las sucesivas generaciones había abultado y confundido, y más de una vez escuchó Colón de labios de algún viejo marino espantosos cuentos acerca de aquel mar, al que entonces llamaban *Tenebroso*, todo lo cual despertaba un cúmulo de cavilaciones en la mente del futuro descubridor del Nuevo Mundo.

Durante su permanencia en Lisboa iba Colón casi todos los días a oír misa en la iglesia de Todos-os-Santos, y en ésta conoció a D.^a Felipa Muñiz de Palestrello, hija del famoso navegante de este nombre, compañero que fué del



Cogoletto, pueblo donde se supone que nació Colón

infante D. Enrique, célebre por su afición a las expediciones y descubrimientos marítimos. El padre de D.^a Felipa había sido gobernador de la isla de Porto-Santo, donde



Casa de Funchal, en la isla de Madera, donde se supone que habitó Colón

se arruinó en trabajos de colonización, dejando una viuda y tres hijas.

Colón contrajo matrimonio con D.^a Felipa, y conociendo la viuda de Palestrello la decidida afición que su nuevo yerno sentía por la marina y por los viajes, confióle todos

los papeles, cartas, diarios y apuntes que de su difunto esposo le quedaban, verdaderos tesoros para Colón, ya que por ellos conoció las navegaciones de los portugueses, sus planes y sus ideas, y la lectura y el estudio de esos tesoros le ayudaron a discurrir sobre la navegación por el Occidente y la India; aunque, según opinión de un moderno escritor, de nada le sirvieron, porque nada encontró en ellos que pudiera ponerle en el camino de lo que estaba llamado a realizar. Después de casado fué Colón a vivir algún tiempo en Porto-Santo, donde su mujer había heredado alguna propiedad, y allí nació su hijo primogénito Diego. Desde dicho puerto tomó parte en algunas expediciones al golfo de Guinea.

Está comprobada la realidad de un viaje que en 1477 hizo Colón al Mar del Norte y a Islandia, y que, según algunos historiadores, tenía quizá por objeto practicar investigaciones acerca de los descubrimientos que la tradición atribuía a los navegantes escandinavos. Estudió también las observaciones que en sus viajes a las costas de Guinea había hecho el intrépido navegante Pedro Correa, marido de la hermana de D.^a Felipa, en las que recogió varios indicios cuyo valor se ha exagerado grandemente y que, a lo que parece, no debió conocerlos Colón sino después que tenía ya formada su opinión y sirvieron sólo para confirmarla.

Sus continuados estudios, la lectura de los antiguos, sus meditaciones, sus viajes, las vagas tradiciones de un extenso continente situado más allá de las columnas de Hércules, las conjeturas de los griegos acerca de la esfericidad de la tierra, varias nociones recogidas ora en los viajes de Marco Polo, ora en los continuos descubrimientos que hacían los navegantes, algunos de los cuales habían encontrado sobre las olas árboles desconocidos en nuestros climas, y otros un trozo de madera que no parecía haber sido cortada con instrumento de hierro, juncos de desmesurada magnitud y dos cadáveres cuyas facciones eran diferentes de las nuestras; todo esto y los restos de vegetales desconocidos arrojados en las costas de Porto-Santo, condujéronle a admitir la posibilidad de ganar la costa oriental de Asia navegando hacia el Oeste.

Toda su preocupación consistía, pues, en encontrar un nuevo camino para ir en menos tiempo al país de las especias, del oro y de los elefantes, es decir, a la India y a la China, que prolongaba al Este aún más que los antiguos geógrafos, al par que daba al globo terrestre y al Océano extensión más considerable de la que tiene en realidad.

Todas estas razones, recopiladas en la *Storia del signor don Fernando Colombo* (Milán, 1614), hijo de Cristóbal Colón, débense al insigne navegante, quien trató con ellas de justificar la audacia de su pretensión de llegar al país de las especias por otro camino más corto, explicando a la vez las circunstancias que a ello le impulsaban y que en un principio se creyeron frívolas.

Por aquel tiempo púsose en correspondencia con el geógrafo florentino Pablo Toscanelli, a quien consultó acerca de sus ideas, y, según se desprende de las cartas que éste dirigió a Colón, estaba del todo conforme en que era fácil emprender un viaje por Occidente a la India, conviniendo además en que no podía distar de Lisboa más de cuatro mil millas en línea recta la provincia de Mango, próxima a Catay; en el camino debían hallarse las islas llamadas Antilla y Cipango, distantes una de otra doscientas veinticinco leguas.

No se necesitaba más para que se convirtieran en convicción las hipótesis de nuestro héroe y para que se aumentara su entusiasmo por la ciencia y por la fe. Porque Colón era en extremo devoto, y de aquí su afición a vestir el hábito franciscano y a tratar con estos religiosos; su objeto era llevar a tantas almas la luz del Evangelio y con las riquezas que en sus expediciones adquiriera, alcanzar la *restitución de la casa Santa*, es decir, libertar a Jerusalén y destruir el islamismo.

Pobre y desconocido dirigióse primeramente a Génova, su país natal, que le negó los buques por él solicitados; lo propio le sucedió con la república de Venecia, pues ambas potencias marítimas preferían conservar el monopolio de las antiguas vías a aventurarse en otras nuevas. Aprovechando Colón la oportunidad de haberse descubierto la aplicación del astrolabio a la navegación, lo cual hacía

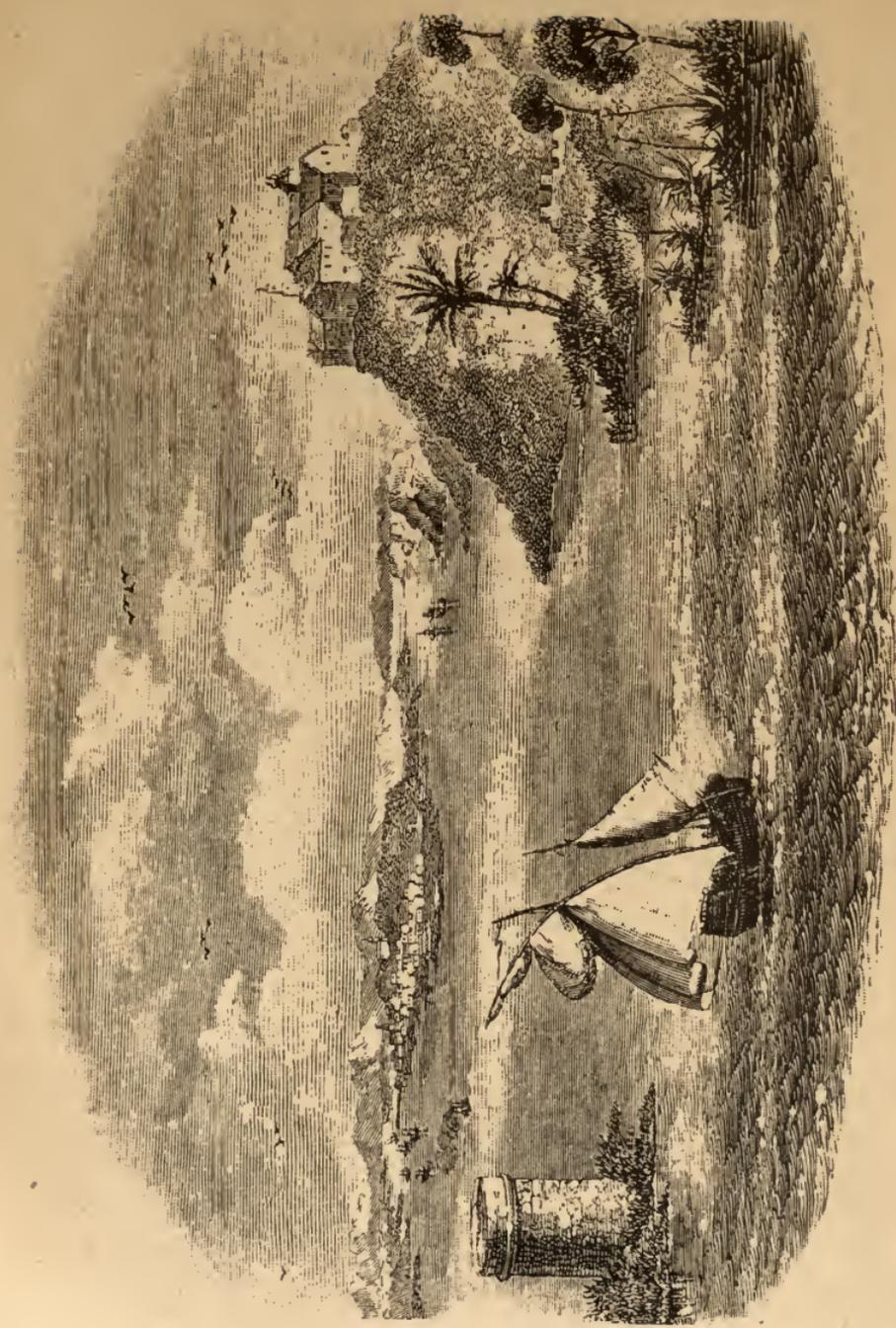
menos temeraria la idea de lanzarse en un mar sin riberas, propuso al rey de Portugal, Juan II, le suministrara barcos y hombres para emprender el descubrimiento de un camino más corto y directo para la India, marchando vía recta al Occidente a través del Atlántico.

La atención de Juan II estaba fija en las costas de Africa, atento a proseguir y activar las expediciones iniciadas en 1419 por el infante don Enrique; sin embargo, no desoyó las proposiciones de Colón, sometiéndolas al dictamen de sus mejores cosmógrafos, quienes, después de haber oído al marino genovés, dieron por ilusorio el proyecto. El rey se conformó con el parecer de sus hombres de ciencia y desahució a Colón, aun cuando en el fondo del alma no dejara de abrigar sus dudas.

No falta quien dice que, enterado el rey de la derrota que Colón pensaba seguir, despachó secretamente una carabela en busca del Nuevo Mundo, viéndola regresar al puerto, después de muchos días, rasgadas las velas y desarbolada a consecuencia de las tempestades sufridas; que no contestó a Colón sino después de haber oído al piloto que mandaba el barco, quien le aseguró que más allá de las islas descubiertas no había sino un mar proceloso y sin límites, por el que era una temeridad aventurarse; que sabedor Colón de esta perfidia y de que algunos políticos aconsejaban al rey «entretuviera con esperanzas a aquel *aventurero*», indignóse ante tales intrigas y, no ligándole ya ningún lazo a Portugal por haber muerto su esposa, abandonó secretamente aquel reino en 1484, llevando consigo a su hijo Diego.

No por ello se desanimó el insigne navegante. Volvió sus ojos a España y determinó buscar amparo en los reyes de Castilla, quienes tenían fama de amantes de las grandes empresas y de protectores de la marina y del comercio.

Por fin, según la hermosa comparación de M. de Belloy, «como esas aves viajeras que uno ve cernerse largo tiempo »indecisas en un mismo espacio y que parten de repente »cual flechas en una dirección que ya no torcerán, así Colón »acababa de orientar su vuelo».



Panorama de la Rábida

CAPÍTULO II

LLEGADA DE COLÓN A ESPAÑA. — APOYO QUE LE PRESTA
FRAY JUAN PÉREZ DE MARCHENA. — OBSTÁCULOS QUE
SE LE PRESENTAN. — LOGRA LA PROTECCIÓN DE LOS
REYES CATÓLICOS.

Es general creencia que Colón desembarcó en el puerto de Palos, aunque es también probable lo hiciera en el de Santa María, pues en el estío de 1485, bajo un ardiente sol que abrasaba los campos de Andalucía, presentáronse dos viajeros a pie, pobremente vestidos y llenos de sudor y de polvo, a la puerta del convento de franciscanos de Santa María de la Rábida. De los dos viajeros el uno parecía de edad madura y el otro era un tierno jovencito de unos ocho años, que mostraba ser hijo del primero.

Llamó el de más edad a la puerta del monasterio y pidió, no para sí, sino para su débil compañero de viaje, un trozo de pan y una poca de agua. Mientras el niño consumía aquel frugal refrigerio, acertó a pasar el padre guardián del convento, quien, fijándose en el majestuoso y grave continente del viajero, en su expresiva y dulce al par que penetrante mirada, en su noble fisonomía, y hasta en el traje, que aun cuando modesto, deslucido y estropeado por las fatigas de un prolongado viaje, denotaba cierta distinción, acercóse a él y le interrogó con dulzura acerca del objeto que hasta allí le guiara, y sobre los antecedentes de su vida. Entonces supo que aquellos dos viajeros eran Cristóbal Colón y su hijo Diego, los cuales se

dirigían a la próxima ciudad de Huelva, donde residía un cuñado del primero.

Llamábase el guardián Fr. Juan Pérez de Marchena, y era hombre tan piadoso como ilustrado. Por sus profundos conocimientos en la ciencia y las letras hubiera podido desempeñar eminente papel en la Iglesia o en el mundo y aun en la misma corte de los Reyes, pero su modestia y su amor a la soledad habíanle hecho rechazar los honores que le brindaba la reina Isabel, prefiriendo el silencio del claustro donde podía dedicarse a la oración y al estudio, y cultivar, sin más guía que su propia inteligencia, la astronomía y la cosmografía, que le atraían irresistiblemente.

La agradable e instructiva conversación del extranjero sedujo al P. Marchena y llevóle a ofrecerle franca hospitalidad en el monasterio, que Colón aceptó agradecido. Pronto se comprendieron el religioso y el huésped, quien confió al primero el secreto de sus atrevidos planes y grandiosos proyectos; y como al P. Marchena, durante sus profundos estudios y por su trato con entendidos marinos del puerto de Palos, habíale preocupado hondamente muchas veces el problema de aquellos mares inexplorados, misteriosos, inmensos, poblados de fantasmas y de terrores, que se extendían al Oeste de Europa y de Africa, comprendió la trascendencia, la grandiosidad y quizá la posible realización de los estupendos propósitos del genovés.

— Es imposible — decía Colón — que esos mares no tengan límites y que estén absolutamente desiertos: es una errónea creencia del temor o de la ignorancia. Navegando siempre vía recta hacia adelante, sin considerar las distancias, arrojando todos los peligros, encontraríanse indudablemente otras tierras hoy desconocidas, pobladas por gentes que ignoran la luz del Evangelio, permaneciendo sumergidas en los abismos de la mentira, o cuando menos se llegaría a las costas orientales de Asia, al país de las especias, del oro y de los diamantes. ¡Dénseme barcos y tripulaciones, y yo me lanzaré sin vacilar en ese mar misterioso!

Escuchábale el buen religioso entre convencido y asombrado, y en su entusiasmo no pudo hacer menos que ofre-

cerle su amistad y su protección, prometiendo introducirle y recomendarle en la corte de sus soberanos. La religión comprendió al genio. Mucho contribuyeron a confirmar al P. Marchena en el elevado concepto que había formado de Colón y de sus gigantescos propósitos, el piloto Velasco y el médico Garcí Fernández, de Palos, el uno con su práctica, el otro con su ciencia.

Aunque maravillado de los proyectos de Colón, Fray Juan Pérez de Marchena no creyó oportuno aquel momento para recomendarle a los Reyes Católicos, preocupados entonces con la conquista de Granada, y le retuvo algún tiempo. Parece irrecusable que Colón estuvo en casa de D. Luis de la Cerda, primer duque de Medinaceli, los dos años que tardó en tener su primera entrevista con los Reyes Católicos, y que habló a D. Luis de su proyecto y logró convencerle en términos de inclinarle a facilitar las tres o cuatro carabelas que creía necesarias; pero luego no las obtuvo por causas que no son de este lugar.

Tiénese por fabulosa la especie lanzada por algunos autores de que un piloto de Huelva, llamado Alonso Sánchez, navegando por Canarias cerca del año 1484, fuese arrojado por una tormenta hasta las costas de la isla de Santo Domingo, y que al volver a la isla Tercera comunicase a Colón su viaje y el derrotero. Según testimonio de Fray Bartolomé de las Casas, que vió unos libros de memorias escritos por el mismo Colón que trataban de los indicios que había tenido de tierras al Occidente, citábase en ellos a un Pedro de Velasco, vecino de Palos, quien le afirmó en el monasterio de la Rábida haber descubierto la isla de Flores; a otros dos marineros españoles, que en un viaje a Irlanda, desviados de su derrotero, avistaron una tierra que creyeron ser la Tartaria, y era indudablemente Terranova; y que los vascongados pretenden también que un paisano suyo, llamado Juan de Echaide, descubrió los bancos de Terranova muchos años antes que se descubriese el Nuevo Mundo. Pero esto sólo probaría que los marinos de la costa Cantábrica y los andaluces eran intrépidos navegantes que no temían engolfarse en el Océano, y que Colón no desdeñó oír unas relaciones que confirmaban sus proyectos.

Viendo el P. Marchena, en 1486, que la guerra contra los moros no llevaba trazas de terminar, alentó a Colón a que se dirigiera a Córdoba, donde se hallaba entonces la corte, dándole cartas de recomendación para el confesor de la Reina, Fray Fernando de Talavera, Prior del convento de Jerónimos de Prado, en Valladolid. Pero éste, aunque docto en las ciencias eclesiásticas, carecía de los conocimientos necesarios para comprender el asunto que se le recomendaba, y lo creyó irrealizable sueño; pensó que su amigo el Guardián de la Rábida se había dejado sorprender por un alucinado, y viendo al solicitante pobremente vestido, alejó al extranjero con buenas palabras, persuadido de que prestaba un gran servicio a los Reyes ahorrándoles escuchar los descabellados proyectos del genovés.

No desmayaron por esto ni Colón ni su protector el P.^o Marchena y aguardaron otra ocasión más propicia. Entretanto Colón halló algunas personas que le escucharon, logrando interesar al gran cardenal D. Pedro González de Mendoza, a quien llamaban el tercer rey de España, el cual accedió a oír a Colón. Era el cardenal varón juicioso e ilustrado, y aunque al principio le asustó una teoría que en opinión suya encerraba ideas heterodoxas, vencieronle la elocuencia de Colón, la fuerza de sus razones, la grandeza y la utilidad del designio y la religiosidad del extranjero, y consintió en pedir para Colón una audiencia con los Reyes, que obtuvo fácilmente, apoyado por Monseñor Geraldini, Nuncio apostólico.

Presentóse el extranjero con su modesta gravedad a presencia de los Reyes, y aunque al principio se mostraba Fernando frío y cauteloso, pero no indiferente, a medida que Colón habla, nace la simpatía, desborda la emoción y el Rey se siente arrastrado. Isabel, por su parte, entusiasta de los grandes pensamientos, acoge con benevolencia y patrocina desde el primer momento los propósitos de Colón. Pero como se trata de un proyecto que requiere conocimientos científicos y geográficos especiales, habrá que someterle al examen de una asamblea de hombres ilustrados.

Verificóse la conferencia en el convento de Dominicos



Colón en la corte de los Reyes Católicos

de Salamanca, bajo la presidencia de Fray Fernando de Talavera, tomando parte en ella distinguidos personajes e ilustres sabios, profesores de geografía, de astronomía y de matemáticas, muchos de ellos dignatarios de la Iglesia y doctos religiosos.

Admirable de prudencia y de moderación, de lógica y de lucidez estuvo Colón en los debates. Pero ante tales jueces, preocupados en resolver un asunto de cosmografía por medio de argumentos metafísicos, era seguro su fracaso; tras de larguísimas sesiones y de interminables aplazamientos, la conferencia optó por la negativa, condenando el proyecto por quimérico e impracticable. Desde entonces el vulgo supo que un extranjero pretendía probar que la tierra era redonda como una naranja; que existían países en donde los hombres caminaban con los pies arriba y la cabeza hacia abajo, y que navegando siempre recto hacia Poniente, se volvería por Oriente; por lo cual, le tenían por un fanático, un soñador o un loco. No faltaba, empero, quien, conociendo el valor de los elocuentes ratiocinios de Colón, se mostrara entusiasta de sus proyectos, distinguiéndose entre todos el religioso dominico Fray Diego de Deza, profesor de Teología y maestro del príncipe D. Juan, más tarde inquisidor y arzobispo de Sevilla, quien fué uno de los más entusiastas protectores de Colón para con los Reyes.

Transcurría el tiempo sin que Colón obtuviera una respuesta a su proposición, y entretanto, para atender a su subsistencia y a la de su hijo, «vendía libros de estampa o hacía cartas de marear», como dice Fr. Bartolomé de las Casas. Algunos magnates le protegían y los Reyes librábanle de vez en cuando algunas cantidades para su manutención y solían expedir reales cédulas para que en sus viajes se le hospedase gratuita y decorosamente. Pero cansado, al fin, de tanta demora, en 1491 instó a la corte para que se le diese una contestación definitiva, oyendo con tristeza y pesar que el consejo de Salamanca había declarado su plan quimérico e irrealizable.

Más desesperado que abatido dispúsose Colón a abandonar a España para ir a presentar su proposición al rey Carlos VIII de Francia, y al efecto encaminóse al con-

vento de la Rábida con intento de despedirse del P. Marchena y recoger de paso a su hijo Diego, que allí dejara.

Grande fué el disgusto de Fr. Juan Pérez de Marchena al ver que su amigo regresaba tan desalentado y con propósito tan funesto para su patria; y tan a pechos tomó el asunto, que, rogando a Colón aplazara su partida por unos cuantos días, escribió personalmente a la reina Isabel, e invocando sus títulos de antiguo confesor, pidióle una audiencia. Catorce días después llegó la respuesta, en la que la Reina ordenaba a su antiguo confesor se presentara en su campo ante los muros de Granada, dejando a Colón esperanzado para que demorase su marcha.

Media noche era cuando se recibió el mensaje, e inmediatamente mandó Fr. Pérez ensillar su mula y salió secretamente para el real de Santa Fe, donde se hallaban los Reyes. Admitido a la presencia de la Reina, habló con tal elocuencia y con tanto entusiasmo en pro del proyecto de Colón, que Isabel, convencida por sus razones, mandó llamar al marino genovés, librándole una respetable cantidad para que pudiera presentarse en la corte convenientemente equipado.

Probablemente llegó Colón al real de Santa Fe en los mismos días de la rendición de Granada, ya que nos hace saber que vió poner las banderas reales en las torres de la Alhambra y salir el Rey moro a las puertas de la ciudad y besar las manos a sus Altezas y al Príncipe, que murió antes de subir al trono. Cuando todo era júbilo por la feliz terminación de aquella prolongada y cruenta guerra, presentóse el futuro almirante a los Reyes, ante los cuales expuso las razones y fundamentos de su plan, manifestó la convicción que abrigaba de arribar a la India por Occidente, describió con elocuente frase la opulencia de los reinos de Cipango y de Cathay, tal como los describían Marco Polo y otros navegantes de la Edad Media en las relaciones de sus viajes, y representó cuánta gloria y cuán noble orgullo reportaría a los monarcas a quienes se debiera la propagación de la fe católica entre los infieles de tan remotos países.

Acogido el proyecto de Colón con benevolencia por parte de Fernando y con entusiasmo por la reina Isabel,

nombróse inmediatamente una comisión para ajustar las condiciones en que debería realizarse. Pero entonces las dificultades surgieron a causa de Colón, quien impuso a los Reyes condiciones que los llenaron de asombro. Y como dice García Hernández, «aquel hombre humilde, »objeto poco ha en la Corte de burla y de escarnio, aquel »pobre mendigo, que no ha mucho pedía pan para su hijo »a las puertas de un convento y había debido recibir dinero »de D.^a Isabel para vestir *honestamente*, se levanta de im- »proviso cien codos sobre su estatura» y confiado en el éxito y en la magnitud de su empresa, pide para sí y sus herederos el título de Almirante del mar Océano, con todas las facultades y preeminencias del de Castilla, el virreinato y el gobierno general de todas las islas y tierra firme que en aquellas aguas encuentre o gane; el diezmo, deducidos los gastos, de todas las mercaderías que por cualquier título se adquirieran, incluso las especias, el oro, la plata y la pedrería, y el derecho para todas las expediciones que en adelante se hagan de pagar la octava parte del costo y retirar otro tanto del producto.

Tales condiciones parecieron exorbitantes e inadmisibles, hasta por los mismos amigos de Colón, y los cortesanos y magnates, entre ellos el arzobispo Talavera, tacháronlas de «exigencias ofensivas al trono e intolerables en un miserable y extraño aventurero». Aconsejóse a Colón que las moderase; pero él se negó a ello con inflexible entereza, en vista de lo cual rompiéronse las negociaciones, y Colón se dispuso a alejarse de España.

Al saber la noticia D. Luis de Santángel, escribano de ración de la Corona aragonesa, entusiasta partidario de Colón y sobre todo amante de las grandezas de España, presentóse a la reina Isabel en unión de Alonso de Quintanilla, Contador mayor de Castilla, la marquesa de Moya, D.^a Beatriz de Bobadilla, íntima amiga de la reina, y otras personas de grande influjo, pintándole con vivos colores la gloriosa empresa que dejaba escapar de sus manos y, de consideración en consideración, indújola a que aceptara las rechazadas bases. Mucho insistió Santángel en recomendar las prendas que concurrían en Cristóbal Colón, e hizo presente a la Reina que si mucho pedía el ge-

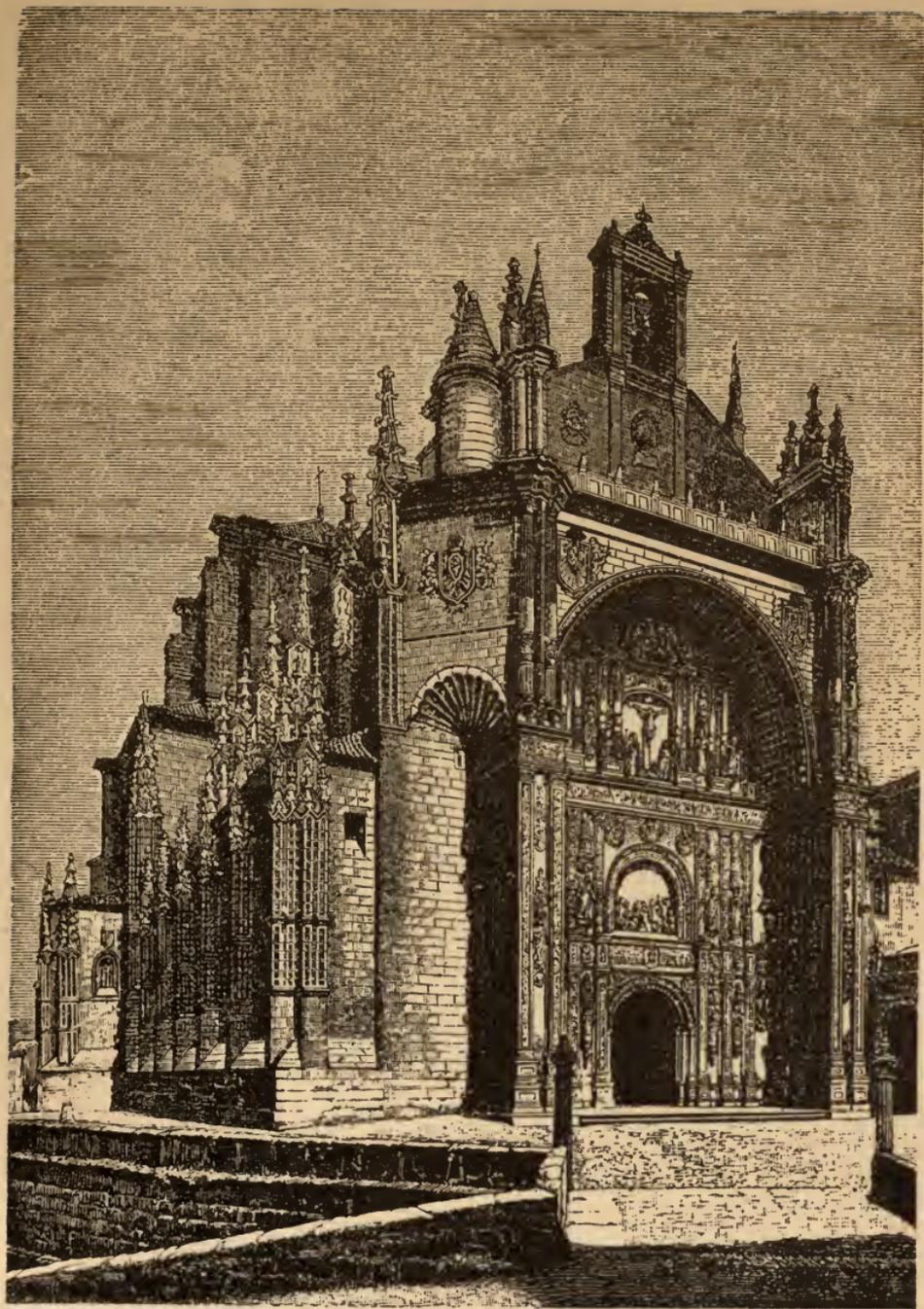
novés, mucho prometía también, y que había la ventaja de que cuando se diera lo que pedía, lo tendría ya bien merecido, pues no sería almirante ni virrey hasta haber cumplido lo que ofrecía.

La reina agradeció el celo de Santángel, examinó de nuevo el proyecto y se manifestó desde luego dispuesta a pasar por lo que Colón pedía; pero Fernando, menos resuelto o más receloso, vacilaba, alegando el estado precario del tesoro a consecuencia de los gastos de la guerra. *«Pues bien, dijo la reina, no expongáis el tesoro de vuestro reino de Aragón; yo tomaré esta empresa a cargo de mi Corona de Castilla, y cuando esto no alcanzare, empeñaré mis alhajas para ocurrir a sus gastos.»* Esta respuesta llenó de júbilo a Santángel, quien, hincándose de rodillas, besó las manos de Isabel, ofreciéndose a prestarle el millón que se necesitaba y rogándole enviara sin pérdida de momento por Colón, que ya debía de estar camino de Francia.

Despachóse un correo con objeto de alcanzar a Colón, que había ya salido de Granada, lográndolo el mensajero en el puente de Pinos; y haciéndole retroceder de orden de Su Alteza, condújole a Santa Fe, donde le aguardaban los Reyes. Al verle la Reina, ordenó a su secretario Juan de Coloma que ajustara con él las capitulaciones, y en su consecuencia, en 17 de Abril de 1492 concluyóse un tratado entre los Reyes de España y Cristóbal Colón, cuyas principales cláusulas eran las siguientes:

Primero: Se concedía a Colón el título de Almirante en todas aquellas islas y tierra firme que por su mano e industria se descubriesen o ganasen en el mar Océano, para durante su vida, y después de muerto, a sus herederos y sucesores de uno en otro perpetuamente, con todas aquellas prerrogativas y preeminencias pertenecientes a dicho cargo, tal como los gozaba el Almirante mayor de Castilla y los demás predecesores suyos.

Segundo: Se nombraba a Cristóbal Colón Virrey y Gobernador General de todas las dichas islas y tierra firme que descubriere o ganare en el mar Océano, dándole facultad de elegir, para el gobierno de cada una de ellas, a tres personas para cada oficio, de entre las cuales



Iglesia de San Esteban (Santo Domingo) en Salamanca,
donde fué examinado por los doctores el proyecto de Colón

deberían escoger los Reyes el que más fuere de su agrado.

Tercero: Se hacía merced a Colón de la décima parte, deducidas las costas, sobre el valor de todas las mercaderías, incluso oro, plata, piedras preciosas, etc., que se compraren, trocaren, hallasen o adquiriesen dentro de los límites de dicho Almirantazgo, para que hiciese de ella lo que le pluguiere, quedando las otras nueve partes para los Reyes.

Cuarto: Se concedía a Colón facultad de conocer como juez en todos los pleitos que pudieran originarse dentro de los límites de su Almirantazgo, a consecuencia de las mercaderías destinadas a aquellas tierras y procedentes de otros mercaderes.

Quinto: Que en todos los buques que se armaren para dicho trato y negociación, pudiese Cristóbal Colón, si así lo deseaba, contribuir y pagar la octava parte de todo lo que se gastare en el armazón, así como tener y retirar la octava parte del provecho que resultase de ella.

El día 30 de Abril de 1492 expidiéronse a Colón los despachos de Almirante, Virrey y Gobernador de las islas y tierra firme que descubriese, y en igual fecha, debido a la maravillosa actividad de la reina Isabel, se ordenaba a los vecinos de Palos que en el término de diez días tuviesen aparejadas y armadas dos carabelas, para salir con aquél a donde se le ordenaba; pues los vecinos de Palos, a causa de haber hecho no se sabe qué, en menoscabo de los intereses de la Corona, estaban obligados a equipar y armar cada año dos carabelas para el servicio real. Preveníaseles, además, que Colón anticiparía a los tripulantes el sueldo de cuatro meses, regulándolo por el que se acostumbraba pagar en aquella costa a la gente de mar que fuese en buques de guerra.

Otras cédulas de importancia se expidieron el propio día 30 de Abril. En una se ordenaba a todos los Consejos y Justicias de España diesen o hiciesen dar a Colón, a precios razonables, sin ponerle embargo ni dilación alguna, cuanto le fuere menester para abastecer las tres carabelas, ya fuesen víveres, pólvora y pertrechos de guerra, jarcias u otros efectos marítimos, o ya carpinteros y maestros. En otra se disponía que los almojarifes de

Sevilla permitiesen sacar y llevar sin derechos cuantos artículos se comprasen para la nueva armada. En otra se daba a cuantos se embarcasen en las tres naves la seguridad de que no serían perseguidos por sus anteriores delitos hasta dos meses después de su regreso a la Península; cédula que tendía a superar las grandes dificultades que se presentarían a Colón para encontrar marineros que se atrevieran a seguirle en una empresa tan arriesgada y en cuyo éxito nadie creía. Merced a éstas y a otras concesiones vencióse en parte la repugnancia de los marineros andaluces, tardando sin embargo tres meses en estar dispuesta la flotilla.

Muchas fueron las dificultades con que hubo de luchar Colón, y si al fin logró dominarlas fué merced al concurso de los hermanos Pinzón, ricos y hábiles navegantes de Palos, quienes disponían de buques y fondos y ejercían grande influjo sobre la marinería. A lo que parece, fué Martín Alonso Pinzón quien principalmente le sacó de apuros, y según dice García Hernández, testigo de vista, Pinzón aparejó dos navíos y los dió a Colón para servicio de Sus Altezas. Al otro navío se le obligó a juntarse a los demás en cumplimiento de la orden de 20 de Junio.

Hasta el día 2 de Agosto no quedó aprestada y abastecida la pequeña flota, compuesta sólo de tres carabelas: la *Santa María*, la mayor de todas, que había de ir mandada por el Almirante; la *Pinta*, a cargo de Martín Alonso Pinzón, el mayor de los tres hermanos, y la *Niña*, de velas latinas, confiada al mando de Vicente Yáñez Pinzón, el que, según Herrera, pagó por Colón la octava parte de los gastos de la empresa. Además de los tres capitanes, había en ellas cuatro pilotos, uno de los cuales era Francisco Martín Pinzón, que iba con su hermano Martín Alonso; un inspector general, un alguacil mayor, un escribano real, un cirujano, un médico, algunos amigos y criados, y 90 marineros; entre todos unas 120 personas.

Con tales elementos emprendió Colón su primer viaje en busca de lo desconocido.

CAPÍTULO III

PRIMER VIAJE DE COLÓN. — SUS DESCUBRIMIENTOS Y SU VUELTA A ESPAÑA

El viernes 3 de Agosto de 1492, media hora antes de salir el sol, dió Colón la orden de partida, gritando con aire de triunfo:

— ¡En nombre de Jesucristo, partamos!

Y la pequeña flota fué a situarse en la barra de Saltes, isla formada por dos brazos del Odiel, frente a Huelva. A las ocho de la misma mañana emprendió desde allí rumbo a las islas Canarias, y muchos de los que con pena les vieron hacerse a la vela; creían que no volverían a saludarlos en aquellas playas: tampoco iban muy contentos los que marchaban, temerosos al lanzarse a lo desconocido.

Para ser más fieles en nuestro relato, vamos a servirnos del *Diario* del propio Almirante.

Impulsadas las carabelas por favorable brisa durante el primer día, hicieron proa al Sudoeste cuarta Sur, continuando sin novedad el día siguiente, sábado: el domingo 5 habían recorrido más de cuarenta leguas.

Refrescó sensiblemente la brisa el lunes, siendo causa de que a la *Pinta* se le soltara o desencajara el timón, a lo que parece por malas artes de los dueños de la misma carabela, quienes iban forzados y pretendían con ello estorbar el viaje. Martín Alonso Pinzón arreglólo por de pronto como pudo, atando con cuerdas las piezas soltadas,

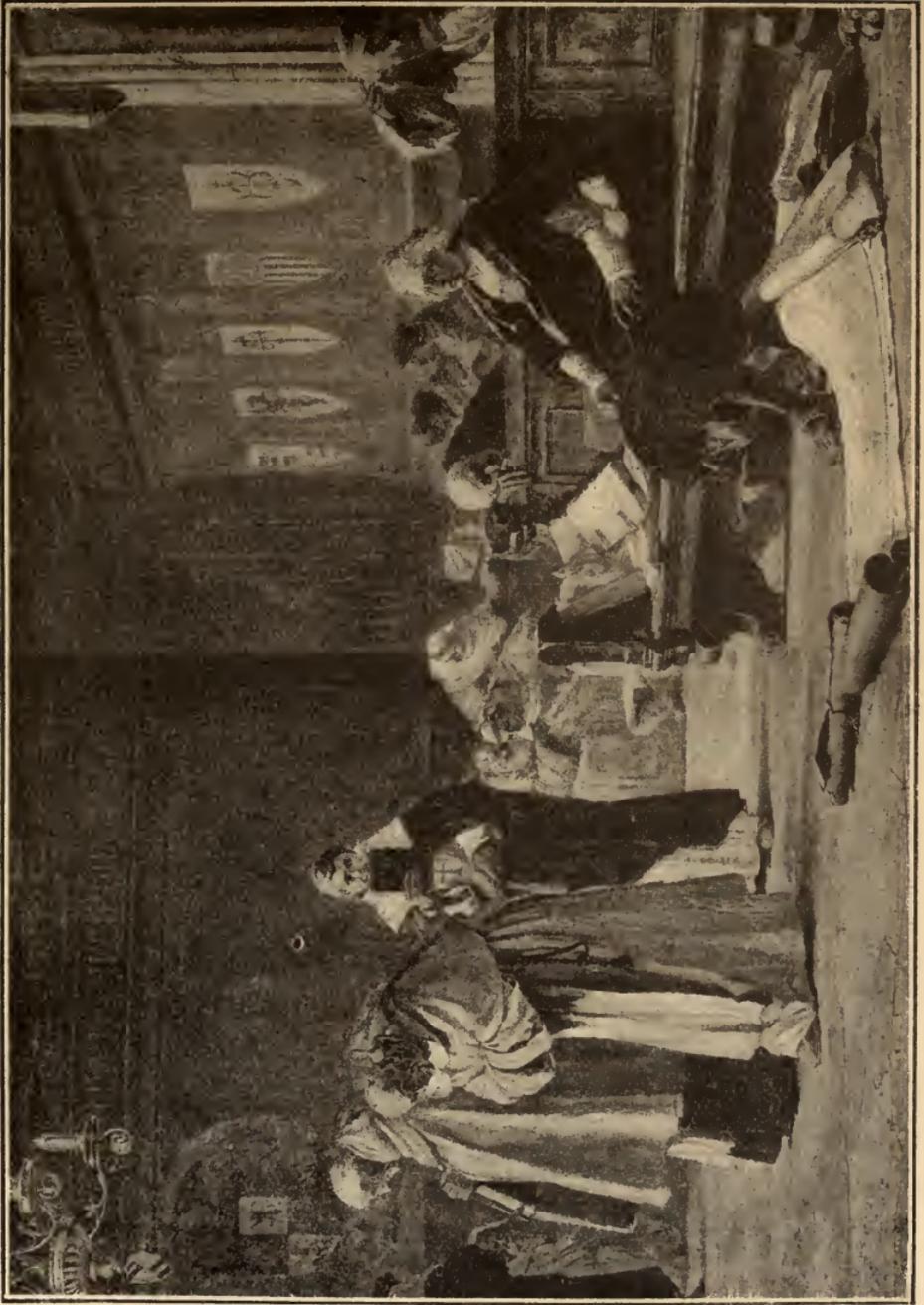
y se prosiguió el viaje. Al otro día desprendióse de nuevo el timón, y, aunque reinaba mar gruesa, arreglóse lo mejor posible y se hizo rumbo a Canarias por orden de Colón, a pesar del contrario parecer de los otros capitanes, llegando a la vista de la Gran Canaria el 8 de Agosto.

Hasta el siguiente día no pudo tomar tierra la *Pinta*. La *Santa María* y la *Niña* arribaron ya de noche a la Gomera, y a poco volvió Colón a la Gran Canaria, con propósito de componer y reformar aquel malhadado barco, que convirtió de latino en redondo, reforzándolo de manera que le hizo capaz de resistir las más bravías tormentas. Logrado su objeto, regresó con la *Pinta* a la Gomera, de donde salió la flotilla el 6 de Septiembre, después de proveerse de leña, carnes y agua.

Los tripulantes de un barco procedente de la isla de Hierro dijéronle que por aquellos parajes cruzaban tres carabelas portuguesas con intento de apresarle, único expediente que se le ocurriera al rey de Portugal para desahogar la cólera que le había producido la salida de Colón del puerto de Palos. Semejante noticia no hizo retroceder al Almirante, y si se detuvo tres días en aquellas islas debióse sólo a las persistentes calmas que le mantenían inmóvil en aguas de la Gomera, desde donde sus marineros contemplaban aterrorizados las erupciones volcánicas del Pico de Tenerife.

En la noche del 8 pudo por fin, a favor de un viento Nordeste, lanzar sus carabelas por el desconocido piélago, con rumbo fijo a Occidente, y si vió retratada la alegría en unos pocos, observó en cambio pintados el temor y la zozobra en el rostro de muchos. Entonces se le ocurrió una precaución acertada: abrió dos cuentas sobre las leguas que en adelante anduviese, una para sí y otra para sus compañeros, apuntando en ésta cada día menos leguas de las que se adelantaran, con objeto de que si no se descubría tierra a la distancia calculada y prometida, tardaran más sus gentes en advertir el error, desconfiar de su pericia y abandonarse a una funesta desesperación.

A medida que avanzaban por lo desconocido, comenzaron los marineros a lamentarse al recuerdo de su



El Congreso de Salamanca

patria, que no creían volver a ver, y algunos murmuraban y se quejaban de haber emprendido semejante viaje. El 11, llevando recorridas ya más de 120 leguas, vieron flotar sobre las olas un gran trozo de mástil, encuentro que les fué poco agradable, porque demostraba que otros habían ya recorrido aquel camino con suerte desgraciada.



Las carabelas *Pinta* y *Niña*

Al anochecer del 13, cuando tenían ya adelantadas más de 200 leguas, advirtió Colón por primera vez la declinación al Noroeste de la aguja magnética, y al amanecer del 14 la declinación al Nordeste, fenómeno que, al par que le sorprendió, dejóle sumergido en dudas y cavilaciones.

El 16, a unas 300 leguas de Canarias, empezaron a sentirse aires templadísimos y favorables, y entraron en un inmenso mar cubierto de algas marinas, que tienen

trescientos pies y aun más de longitud y flotan sobre las aguas. Colón y sus gentes tomaronlas por hierbas terrestres arrastradas por la fuerza de los vientos, lo cual hizo concebir a los segundos la esperanza de que la tierra no estaba lejos.

El 17 se convirtió en congoja la esperanza, al notar los pilotos el cambio de las agujas y saberlo los marineros. «Nordesteaban las agujas una gran cuarta», dice Colón, y viendo el efecto que esto producía, ordenó a los pilotos volviesen a observarlas al amanecer; pero como entonces las encontraron en su estado normal, procuró el Almirante calmar el temor y la inquietud de todos, suponiendo que no era el imán de la brújula el que variaba, sino la estrella del Norte la que se movía al rededor del Polo, cosa que quizá no creía, pero que le convenía creyeran los demás. Con ello logró tranquilizar los ánimos de todos.

El capitán de la *Pinta* vió al día siguiente bandadas de aves volar en dirección a Poniente, de lo cual infería que la tierra no podía estar lejos y hasta confiaba en verla aquella misma noche, lo que manifestó a Colón, adelantándose a todos en su velera nave, pues el viento era favorable.

Tan constantes eran los vientos propicios de Levante, que empezaban a inspirar temores a los marineros, pues decían que sin los vientos de Poniente no podrían regresar a la patria. El día 22 tuvieron viento contrario y el 23 se levantó la mar sin viento, lo cual les llenó de asombro. Los marineros se habían ya insolentado con el Almirante, amenazándole de muerte, porque el viaje les parecía demasiado largo y llamábanse a engaño, pues a pesar de que todos los días se les hacía fijar la atención en indicios que se tenían como de próxima tierra, ésta no parecía nunca, y les desesperaba tanta esperanza fallida, por lo que se revolvían contra Colón, que procuraba calmarlos, ya con blandas, ya con severas amonestaciones.

Però aun tenían que sufrir otro desengaño. El 25 hablaban desde sus buques respectivos Pinzón y el Almirante acerca de una carta de navegar que ambos habían examinado, conviniendo los dos en que se hallaban en el

punto de Occidente donde estaban marcadas unas islas, como a unas cuatrocientas setenta leguas de las Canarias. Colón atribuía el hecho de no haber encontrado tierra, primero a que por causa de las rompientes que observaron el 19 habían debido modificar su dirección al Oeste, y después a que no habían andado las leguas que decían los pilotos. Volvió Colón a estudiar la carta, y al atardecer oyó gritar a Pinzón, que se hallaba en la popa de su buque: «¡Albricias, albricias, tierra, tierra!», lo cual fué causa de alarma y júbilo general. Púsose el Almirante de rodillas, entonando el *Gloria in excelsis Deo*, y le imitaron Pinzón y su gente, así como la tripulación de la *Santa María*, mientras los marineros de la *Niña*, subidos al mástil de su buque, repetían que se veía tierra en lontananza. Colón, creyendo que la tierra estaba a unas veinticinco leguas al Sudoeste, torcía a Sudoeste; pero al siguiente día hubieron de convencerse de que desgraciadamente todo había sido vana ilusión de Martín Alonso, que tomó por la tierra unos celajes, siendo esto nuevo motivo de inquietud y de quejas, aunque no de tumultos ni amenazas.

Volvió Colón a navegar al Oeste, y a pesar de que adelantaban poco, por el escaso viento que reinaba, el 1.º de Octubre se encontraban a más de setecientas leguas de las islas Canarias. El 6 no quiso atender a Pinzón, cuyo parecer era inclinarse al Sudoeste, porque creyó que éste iba en busca de la isla de Cipango y él quería llegar cuanto antes a tierra firme. El 7 pareció cambiar de idea. Aquel día, al salir el sol, llevando las carabelas un buen andar, la *Niña*, que iba delante, hizo señal de que veía tierra, siendo esto nuevo motivo de alegría seguido de nuevo desencanto. Temiendo Colón que, de prolongarse aún mucho el viaje, volviera a alborotarse la gente, y convencido de que lo que más importaba era arribar a una playa, aunque fuese la de una pequeña isla, hizo rumbo al Oestesudoeste, al ver que en aquella dirección volaban grandes bandadas de aves que venían del Norte.

El día 10 de Octubre, cuando tenían recorridas más de mil leguas, realizáronse los temores que abrigaba Colón con respecto a sus hombres, a quienes ya nada podía tranquilizar ni infundir esperanzas al ver la gran dis-

tancia recorrida, fijos en la creencia de que aquel viaje sería eterno. Los pilotos querían bolinear; pero Colón se negó a ello, y entonces los murmullos convirtiéronse en abierta rebelión y en amenazas contra aquel extranjero pretencioso que los había arrastrado lejos de su patria, a la cual no verían nunca más.

La tripulación de los tres barcos andaba en esto de acuerdo; los tres hermanos Pinzón, aunque parecían mantenerse neutrales, nada ignoraban de cuanto se tramaba, y en vez de ahogar el movimiento, lanzáronse finalmente en la contienda, declarándose con sus hombres en plena rebelión. Todo el mundo, pilotos y marineros, exigían de Colón, con las armas en la mano, el inmediato regreso a España. ¡El Almirante hallábase solo contra todos! Parece que en aquellos momentos, agobiado Colón, pidió tres días de plazo para descubrir la suspirada tierra, aun cuando, según él mismo cuenta, lo que hizo fué esforzarlos lo mejor que pudo, encareciéndoles los provechos que de la expedición recogerían, y añadió que era inútil quejarse, pues había salido para ir a las Indias y no pararía hasta encontrarlas, con la ayuda de Dios. La confianza del Almirante en el éxito de su empresa había aumentado, al par que eran más claros los indicios de la próxima tierra. Además de las muchas aves campestres que cruzaban el mar, los marineros de la *Pinta* vieron cañas y palos labrados al parecer con hierro, y hierbas terrestres; los de la *Niña* recogieron un palillo cargado de escaramujos.

La noche del día 11, estando Colón a las diez en el castillo de popa, parecióle ver una luz a lo lejos, y no queriendo dar crédito a sus ojos, llamó al repostero Pero Gutiérrez, quien aseguró que también la veía, y al veedor de la armada, Rodrigo Sánchez de Segovia, que no pudo ya verla, a pesar de lo cual afirmóse el convencimiento del Almirante de que estaba cerca de costas habitadas. Limitóse, empero, a encargar a los suyos, después de la *Salve*, que hiciesen buena guardia en el castillo de proa y mirasen bien por la tierra, pues el primero que la descubriera tendría un jubón de seda, además de los diez mil maravedís de juro que los Reyes le tenían señalados.

A las dos de la madrugada del viernes 12 de Octubre de 1492, dió la voz de ¡*Tierra!* un marinero llamado Rodrigo de Triana, según unos, y, según otros, Juan Rodríguez Bermejo, marinero de la *Pinta*. La tierra descubierta era la isla de Guanahaní, una de las Lucayas; no las Indias buscadas por Colón, sino un nuevo continente. Imposible describir el entusiasmo de aquellas gentes, la inmensa alegría, la indecible admiración que les causaba la tierra a que se aproximaban. A dos leguas de ella estaban cuando la vieron por vez primera, y al abordar en ella no cesaban de admirar la espléndida y rica vegetación que a sus atónitos ojos se presentaba, la raza de color cobrizo que la poblaba, y la distinta vida que allí mostraban la naturaleza y el hombre. No menor admiración y respeto sentían entonces por Colón, al que hacía pocos días habían abrumado a recriminaciones y llenado de ultrajes.

¿Qué pasaría en el ánimo de Colón al ver realizados sus sueños, coronada por el éxito su temeraria empresa? Difícil es decirlo: su primer impulso fué caer de rodillas, y, alzando al cielo sus manos temblorosas de júbilo, al par que abundantes lágrimas de reconocimiento surcaban su atezado rostro, transfigurado por el entusiasmo, entonó el *Te-Deum*, al que respondieron gozosas las tripulaciones de los tres buques.

No olvidó Colón el deber que le imponían sus cargos de Virrey, de Gobernador y de Almirante. Saltó a tierra, acompañado, entre otros, de Martín Alonso y Vicente Yáñez Pinzón y del Escribano y Veedor de la armada; y una vez en la playa, enarbolado el estandarte real y dos banderas de la Cruz Verde que llevaban en todos los navíos, desenvainó la espada y tomó posesión de la isla en nombre de sus Reyes, de cuya ceremonia levantó acta el Escribano.

Terminada la ceremonia, ordenó a los carpinteros de abordo cortaran dos troncos de árbol y formaran una gran-cruz, y prosternándose en tierra, en lo que le imitaron todos sus compañeros, pronunció aquella célebre plegaria, repetida luego en todos los posteriores descubrimientos, por Hernán Cortés, Vasco Núñez de Balboa, Pizarro, etc.

«¡Señor! — dijo. — ¡Dios eterno y todopoderoso, que

»por tu Verbo sagrado creaste el firmamento, la tierra
 »y el mar, bendito y glorificado sea tu nombre por todas
 »partes, sea exaltada tu majestad por haberte dignado
 »permitir que por medio de tu humilde siervo sea conocido
 »e invocado tu santo nombre en esta otra parte de la
 »tierra!...»

Acababa de descubrirse un nuevo mundo.

* * *

Los indígenas de la isla, que observaron la ceremonia desde cierta distancia, habían ido aproximándose poco a poco. En un principio, al ver llegar las carabelas, tomaronlas por animales extraños; pero luego, cuando la mayor parte de las tripulaciones hubieron bajado a tierra, creyéronles dioses o seres superiores descendidos de los cielos. Alentados por la expresión de benevolencia y serenidad que observaron en el rostro de Colón y sus acompañantes, fueron acercándose hasta el punto de tocar los vestidos y las armas de sus nuevos huéspedes y prosterñáronse temblorosos ante aquellos extraños visitantes. El Almirante les dejaba hacer y sonreía al ver el candor de aquellos salvajes. Por primera vez podían contemplarse y admirarse aquellas dos razas, formando rudo contraste el color blanco, la poblada barba, los ricos trajes y las relucientes armas de los españoles, con la tez cobriza, el rostro lampiño, el desnudo cuerpo y las sencillas armas de los salvajes. ¿Qué impresión mutua recibieron unos y otros al contemplarse? El propio Colón lo dice en los siguientes párrafos, que extractamos de su diario del 15 de Octubre:

«Yo, dice, porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra santa fe con amor que no por fuerza, les dí a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas, muchas de poco valor, con que hubieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos adonde nos estábamos nadando, y nos traían papagayos

»e hilo de algodón en ovillos y azagayas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Mas

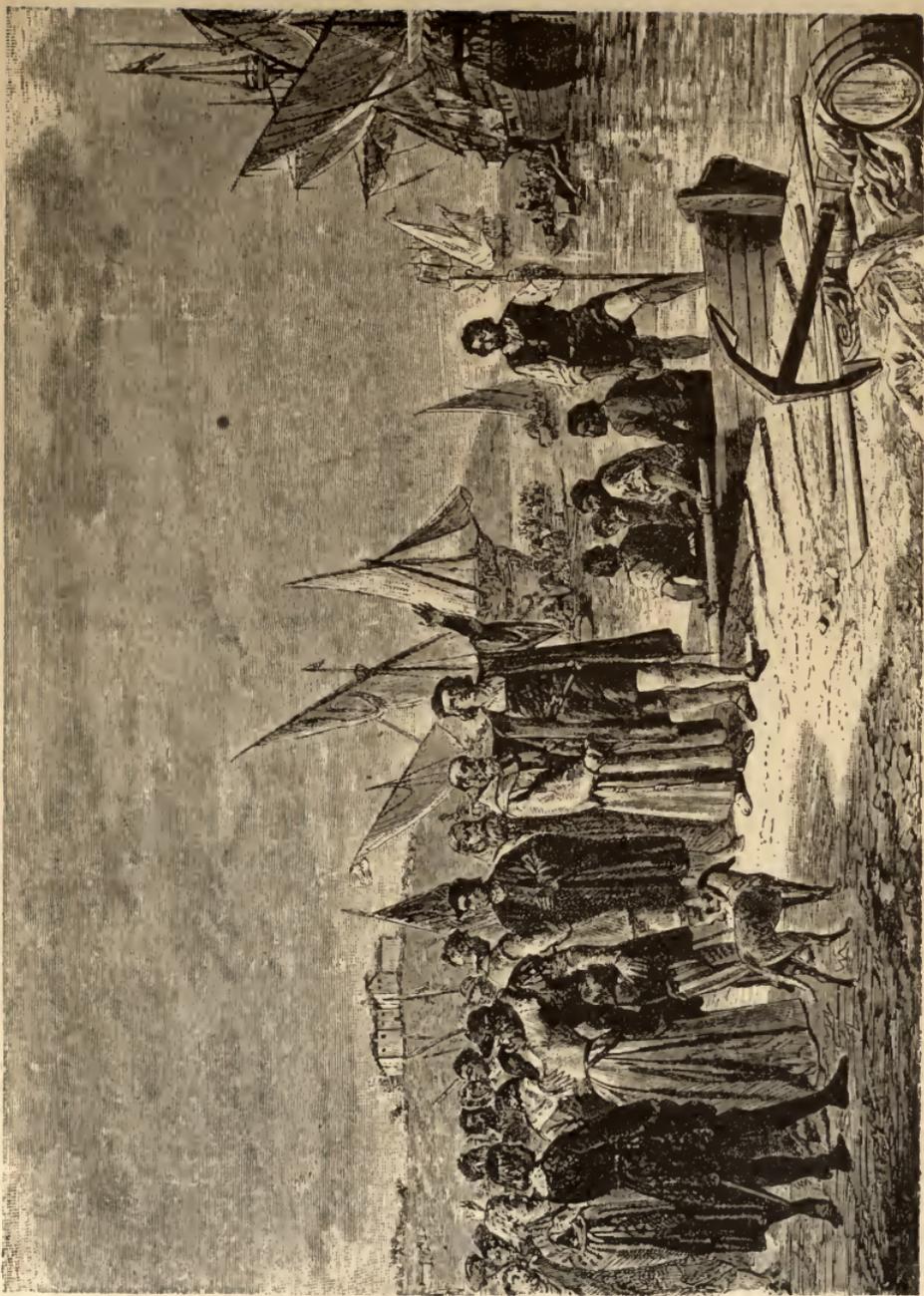


Facsimile de un grabado que figura en la portada de un folleto italiano impreso en Florencia en 1493, representando el desembarco de Colón en América

»me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años: muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos, y muy buenas caras: los cabellos gruesos casi como sedas de cola de caballos, y cortos:

»los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos
 »pocos detrás que traen largos, que jamás cortan: dellos
 »se pintan de prieto, y ellos son de la color de los cana-
 »rios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco
 »y de colorado. Ellos no traen armas ni las conocen, por-
 »que les mostré espadas y las tomaban por el filo, y se
 »cortaban con ignorancia. No tienen algún fierro; sus
 »azagayas son unas varas sin fierro, y algunas de ellas
 »tienen al cabo un diente de pez, y otras de otras cosas.
 »Ellos todos a una mano son de buena estatura de gran-
 »deza, y buenos gestos, bien hechos; yo vide algunos que
 »tenían señales de feridas en sus cuerpos y les hice señas
 »qué era aquello, y ellos me demostraron como allí venían
 »gentes de otras islas que estaban cerca y les querían to-
 »mar, y se defendían, y yo creí e creo que aquí vienen de
 »Tierra Firme a tomarlos por captivos. Ellos deben ser
 »buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy
 »presto dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente
 »se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta
 »tenían. Yo, placiendo a Nuestro Señor, llevaré de aquí
 »al tiempo de mi partida seis a V. A. para que deprendan
 »fablar. Ninguna bestia de ninguna manera vide, salvo pa-
 »pagayos en esta isla. Ellos vinieron a la nao con alma-
 »días que son hechas del pie de un árbol, como un barco
 »luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy a maravilla
 »según la tierra, y grandes que en algunas venían cuarenta
 »o cuarenta y cinco hombres, y otras más pequeñas, hasta
 »haber de ellas en que venía un solo hombre. Remaban
 »con una pala como de hornero, y anda a maravilla, y
 »si se le trastorna, luego se echan todos a nadar, y la en-
 »derezan y vacían con calabazos que traen ellos.

»Y yo que estaba atento y trabajaba de saber si ha-
 »bía oro, y vide que algunos de ellos traían un pedazuelo
 »colgado en un agujero que tienen a la nariz, y por señas
 »pude entender que yendo al Sur o volviendo la isla por
 »el Sur, que estaba allá un rey que tenía grandes vasos
 »de ello y tenía mucho. Trabajé que fuesen allá, y des-
 »pués vide que no entendían en la ida. Determiné de aguar-
 »dar hasta mañana en la tarde y después partí para el
 »Sudoeste, que según muchos dellos me enseñaron, de-



Embarco en Palos



»cían que había tierra al Sur y al Sudoeste y al Noroeste, »y que estas del Noroeste los venían a combatir muchas »veces, y así ir al Sudoeste a buscar el oro y piedras preciosas.

»Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles »muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio »muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, »que es placer de mirarla; y esta gente harto mansa, y »por la gana de haber de nuestras cosas, y temiendo que »no se les ha de dar sin que den algo y no lo tienen, to- »man lo que pueden y se echan luego a nadar; mas todo »lo que tienen lo dan por cualquier cosa que les den; que »hasta los pedazos de las escudillas y de las tazas de vi- »drio rotas rescataban, hasta que vi dar diez y seis ovillos »de algodón por tres *ceotis* de Portugal, que es una blanca »de Castilla, y en ellos habría más de una arroba de al- »godón hilado. Esto defendiera y no dejara tomar a na- »die, salvo que yo lo mandara tomar todo para V. A. si »hubiera en cantidad. Aquí nace en esta isla, mas por el »poco tiempo no pude dar así del todo fe, y también »aquí nace el oro que traen colgado a la nariz; mas por »no perder tiempo quiero ir a ver si puedo topar a la isla »de Cipango.»

Como hemos dicho antes, aquella isla se llamaba Guanahani y Colón la bautizó con el nombre de San Salvador, aunque Navarrete, siguiendo la opinión de Cibbs, cree que la isla en que ancló Colón no fué San Salvador, sino la Turk's Island. Era una de las Lucayas, rodeada de las innumerables islas del Banco de Bahama, que Colón creyó eran las 7,488 indicadas por Marco Polo, y navegó por entre ellas, encontrando siempre nuevas maravillas, en busca de su deseada Cipango, desde la cual llegaría en diez días a Quimsay, y después de presentar al gran Kan las cartas de sus reyes, regresaría con la respuesta, cargado de gloria por haber llegado a la India por opuesto camino.

Durante su excursión por el archipiélago de las Lucayas, Colón reconoció algunas islas, a las que dió los nombres de *Santa María de la Concepción*, *Fernandina* e *Isabela*, cuyas producciones y habitantes eran completamente

parecidos; pero como no encontraba ni las riquezas ni los florecientes pueblos que imaginara, preguntaba por señas a los isleños de dónde sacaban el oro, a lo que contestaban ellos también por señas que de otras regiones lejanas y le señalaban el Sur.

Cuando Colón descubrió la isla de Cuba, con su espléndida vegetación, creyó haber llegado a Cipango, y quedó encantado de sus aves, sus frutos y sus flores. Al espectáculo del día sucedían las hermosas noches tropicales, en que las estrellas brillan en toda su pureza sobre los embalsamados bosquecillos. En todas partes creía Colón ver las Indias, y el oro y las especias, interpretando los nombres que pronunciaban los salvajes de modo que correspondiesen con los citados por los navegantes.

La isla de Cuba, la mayor del archipiélago de las Antillas, fué la quinta que visitó Colón. Empleó varios días en costear la parte de la isla que en un principio se ofreciera a sus ojos; bajó a tierra cada vez que percibía lo que llamaremos pueblos; pero a la vista de los españoles, los habitantes huían a los bosques y a los montes. Las casas estaban hechas con ramas de palmera en forma de pabellones y diseminadas debajo de copudos árboles, mejor edificadas que las que visitara hasta entonces, y de extremada limpieza, hallando en algunas groseras figuras y máscaras de madera muy ingeniosamente esculpidas.

Como en todas las cabañas observara utensilios de pesca, creyó que la costa estaba sólo habitada por pescadores, que proveían de pescado a las ciudades del interior. Después de recorrer la costa al Noroeste, llegó Colón a la vista de un gran promontorio, al que dió el nombre de *Cabo de las Palmas*, a causa de los magníficos árboles que lo cubrían. Allí supo que al otro lado de la bahía se hallaba un río distante sólo cuatro jornadas de *Cubanacán*, nombre con que los naturales designaban una comarca del centro de Cuba, y que Colón confundió con el de *Koublai-kan*, el soberano tártaro, afirmándose en su primera idea de que Cuba era la tierra firme y formaba parte del gran continente asiático, hallándose a corta distancia de los Manchures y del Cathay (China), objeto supremo, último

destino de su viaje. El príncipe que decían reinaba en la comarca vecina podía ser algún potentado influyente, por lo que determinó enviarle algunos presentes. Con este propósito escogió a Luis de Torres, judío converso que conocía el hebreo, el caldeo y un poco el árabe, creyendo que con una u otra de estas lenguas podría entenderse con el príncipe oriental: acompañábanle otro español y dos indios, a los que proveyó de collares y de bujerías de Córdoba y de otras bagatelas para sus gastos de viaje, recomendando a todos se informaran con cuidado de cuanto concerniese a la situación de ciertas provincias, puertos y ríos del Asia, cuyos nombres figuran en las obras de Marco Polo, y se asegurasen de si abundaban en el país las drogas y las especias.

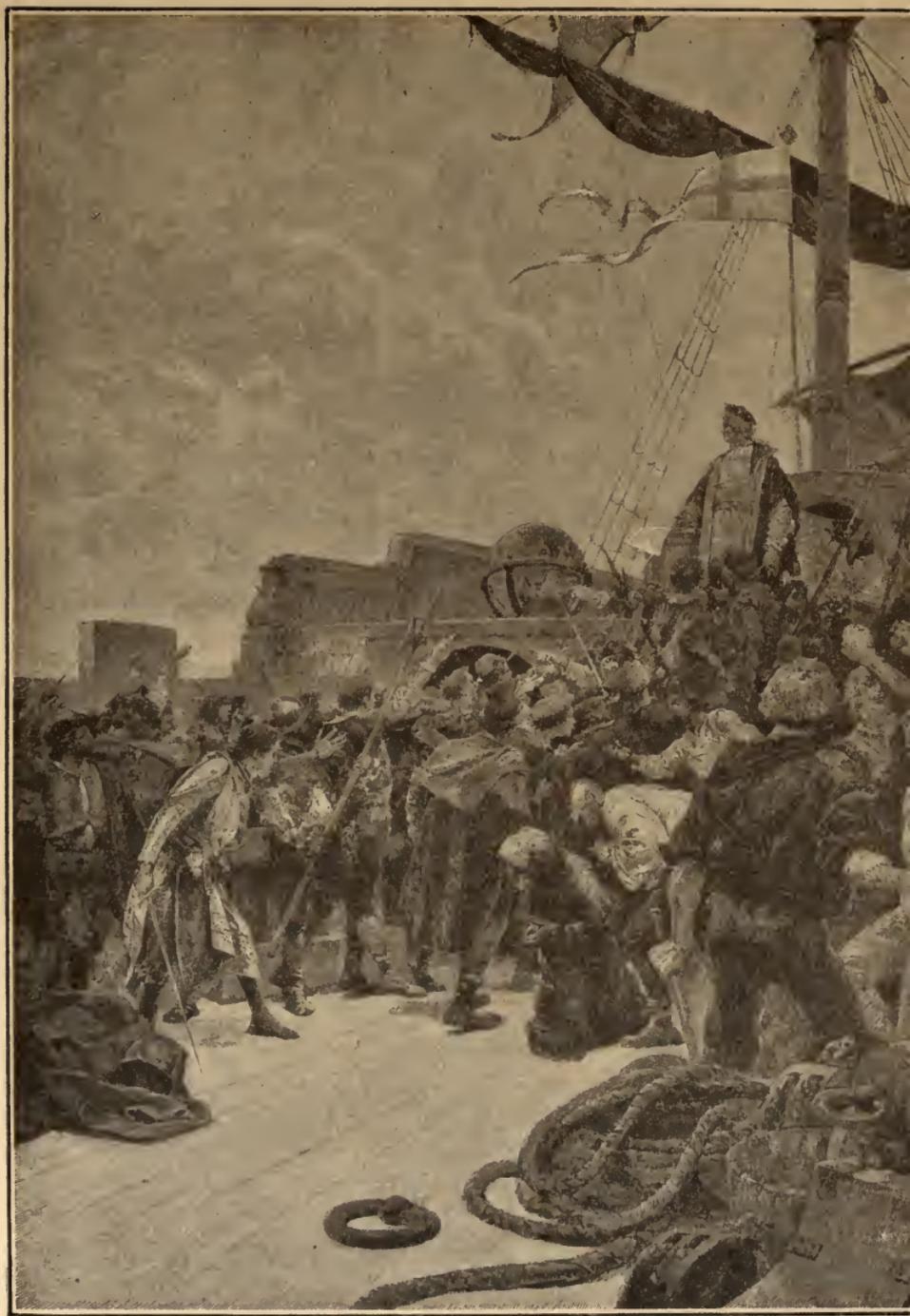
Como se ve, Colón creía haber llegado al Asia a través del Atlántico, y su gran preocupación era el presumido imperio del Gran Kan, situado en el continente asiático. Testimonio de esta preocupación es el siguiente pasaje del historiador Bernáldez: «He recibido al almirante en mi casa, cuando volvió a Castilla, llevando por devoción, cual tenía por costumbre, el cordón de San Francisco y un vestido que, por el corte y el color, era casi enteramente parecido al hábito de los religiosos de la Observancia. El mismo me contó cómo había concebido la primera idea de *buscar las tierras del Gran Kan, navegando al Occidente.*» Por tal modo se creía en Asia, hallándose en Cuba, que estando en la desembocadura del río Mares, en dicha isla, dice él mismo en su diario: «Cierto que esto es la tierra firme y que me hallo sobre el camino de Zayto y de Quinsay, a cien leguas poco más o menos del uno y del otro.»

Los dos españoles enviados por Colón al interior de la isla regresaron a los pocos días sin haber encontrado nada de lo que buscaban. Llegaron a un caserío y fueron recibidos con asombro y bondad por los insulares que lo habitaban, y aunque trataron de entablar conversación con aquellos tímidos salvajes, no consiguieron hacerse comprender, por lo que el intérprete lucayo hubo de servir de orador: hizo un discurso regular, a la manera india, exaltando el poder, las riquezas y la magnificencia de los

hombres blancos, y los pobres indios, maravillados y creyendo que aquéllos descendían de los cielos, besáronles pies y manos, diéronles a comer de lo que tenían, y luego los más notables del pueblo lleváronles en brazos a la principal casa, dándoles asientos para que se sentaran, lo cual hicieron todos los habitantes entonces a la redonda, sentándose en el suelo. Los dos españoles les mostraron la canela, la pimienta y demás especias que el Almirante les diera, y los indios respondieron por signos que las había muy cerca de allí, del lado Sudoeste. Convencidos de que los indios no tenían ciudades, regresaron los dos españoles, y durante el camino no encontraron ningún pueblo que estuviera compuesto de más de cinco casas. Vieron muchas especies de árboles y flores odoríferas; diferentes variedades de pájaros distintos de los de España; pero no encontraron más cuadrúpedos que unos perros que no ladran. También vieron mucho algodón, tanto en la planta como en rama, hilado y trabajado.

Todo esto lo hemos extractado del diario del propio almirante, el cual añade que esas gentes lo daban todo a vil precio, hasta el punto de cambiar una gran cesta de algodón por un cabo de cinta o cualquier otra cosa. Todos iban desnudos. A la ida y a la vuelta los dos cristianos vieron muchos naturales del país que iban y venían llevando en la mano pequeños hachones *formados*, dicen las primeras relaciones, *de cierta hierba seca enrollada dentro de una hoja de la misma hierba*, que encendían por uno de los extremos, poniéndose inmediatamente el otro en la boca; luego aspiraban hacia dentro y expelían fuera el humo. Al cilindro le llamaban *tabaco*, nombre que se ha dado después a la propia planta.

Es la primera mención que se hace del tabaco y del fumar. El P. Las Casas habla con más extensión de esta costumbre en su *Historia general de las Indias* (manuscrita). Vió introducirse poco a poco entre sus compatriotas la costumbre de fumar, y se detiene en ello más que Colón, no sabiendo explicarse qué gusto ni qué provecho encontraban en ello: dice que con el uso del tabaco los indios adormecen sus carnes, y que el humo les embriaga casi y les impide sentir la fatiga.



La rebelión a bordo de la nao *Santa María*

Nunca hubiera sospechado Colón, cuando con tanto afán buscaba el oro, que el uso de aquella planta importada a Europa llegara a convertirse en un vicio casi general del que el viejo mundo sacaría montones de oro, sólo con el producto del impuesto con que todos los Gobiernos han gravado el tabaco en provecho del Tesoro de sus respectivas naciones.

Detúvose Colón muy poco en Cuba, por haberle indicado los naturales que del Este sacaban el oro, y dándose otra vez a la vela, descubrió entre otras islas la de Haití, a la que dió el nombre de la *Española* y actualmente se llama de *Santo Domingo*, una de las más bellas del mundo y destinada, sin embargo, a ser de las más infelices. Los habitantes eran buenos y hospitalarios; aunque al principio huían despavoridos a los bosques, cobraron confianza al ver el buen trato y los regalos que los blancos habían dado a una joven indígena, y acudieron a cambiar su oro, sus pescados, sus frutas, sus aves y cuanto poseían, por cuentas de vidrio, anillos de cobre y aun trozos de platos y de escudillas que tomaban por preciosas joyas.

El afán de oro que demostraba Colón no era debido a su ambición personal, sino al deseo de poseerlo en gran cantidad para libertar los Santos Lugares del yugo sarraceno, rescatar el Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo y emprender de nuevo las Cruzadas. Por esto recabó del cacique Guacanagari, que mandaba en aquella costa y era uno de los más poderosos del país, que le indicara el paraje de la isla donde en mayor abundancia se encontraba el precioso metal, a lo que le contestaron que era un país montuoso llamado por ellos *Ciba*, que el Almirante creyó ser su codiciada Cipango, y no era al parecer sino Méjico, cuya conquista estaba reservada a otro.

Cuando Colón iba a hacerse a la vela para aquel suspirado país del oro, ocurrióle un lamentable percance: sea por descuido o por ignorancia del que gobernaba el timón de la capitana, mientras el almirante descansaba en su camarote, la *Santa María* fué a dar contra un escollo, abriéndose por cerca de la quilla, y hubiera perecido toda la gente de a bordo sin el pronto auxilio de la tri-

pulación de la *Niña* y de los indígenas, quienes botaron al agua varias canoas, consiguiendo salvar la tripulación y los objetos de algún valor del buque náufrago. Colón se mostró muy agradecido a Guacanagari, el cual lloraba de placer por haber contribuído a salvar al cacique de los blancos.

Entretanto Alonso Pinzón se había marchado con la *Pinta*, a causa de desavenencias ocurridas entre él y Colón, quizá porque el marino andaluz se creía rebajado al ver que un extranjero se atribuía toda la gloria del descubrimiento, y según otros porque Pinzón desaprobó una de las disposiciones del Almirante. Al verse Colón con tan poca gente y tan escasos medios para conquistar países tan vastos como los que se descubrían, resolvió regresar a España con objeto de proveerse de hombres y barcos y dar la feliz noticia a sus soberanos, dejando en aquella isla parte de sus marineros, ya por no haber cabido todos en la *Niña*, bien porque fuesen aprendiendo la lengua de los indios y familiarizándose con ellos. El cacique Guacanagari le prestó gustosamente algunos de sus súbditos para que le ayudaran a construir una pequeña fortaleza, hecha con tierra y madera que sacó del buque encallado, cuyos cañones puso en ella y mandó disparar algunos tiros para amedrentar a los *Caribes*, que ocupaban parte de la isla.

El obsequioso cacique le hizo suntuosos regalos, entre ellos oro en coronas, en pepitas, en planchas y en polvo, papagayos y otras aves, así como hierbas aromáticas y medicinales, además de otros objetos, permitiéndole también se llevara a varios indios que quisieron irse con él. Colón recomendó mucho a los 39 hombres que allí dejaba que procurasen hacerse amar de los indígenas y no les molestasen ni vejarian, y despidiéndose de sus compañeros y del complaciente cacique, hizose a la mar el 4 de Enero de 1493, prometiendo volver a verlos pronto.

Pocos días después de su salida de Haití encontró el Almirante la carabela *Pinta*, comandada por Alonso Pinzón, quien aseguró que había salido contra su voluntad y dió explicaciones a Colón, el cual supo disimular su resentimiento: navegaron en consecuencia juntas las dos

naves más de un mes con dirección a España, hasta que se levantó una terrible borrasca que las obligó a separarse una de otra, siguiendo cada una rumbo distinto. Colón tocó en las Azores, en donde los portugueses trataron de aprisionarlo junto con la mitad de su tripulación, obedeciendo a órdenes recibidas del rey de Portugal, quien no podía perdonar al Almirante el haberle arrebatado un descubrimiento del que no supo o no quiso aprovecharse. Pero cuando Colón recaló en Lisboa y avisó al rey don Juan II de su arribo, éste disimuló su pesar y su envidia y le acogió con admiración, teniendo con él las más finas atenciones y haciendo justicia a sus méritos como navegante.

Después de permanecer allí unos días, hízose a la mar, llegando Colón con toda felicidad al puerto de Palos. A las pocas horas llegó también Alonso Pinzón con la *Pinta*, habiendo tenido que recalar en Bayona de Galicia, y como venía bastante delicado de salud, se encerró en su casa, donde murió a los pocos días, con lo que perdió la marina española uno de sus más diestros y arrojados pilotos.

Grande fué la alegría de parientes y amigos de los que con Colón se habían embarcado, al verlos regresar a todos sin novedad, manifestándola con muchos y tiernos abrazos cuando el Almirante saltó a tierra con sus compañeros. Todos le miraban asombrados, así como los raros objetos que consigo traía como muestra de las producciones y habitantes de los países que había descubierto. Las campanas de la población tocaban a vuelo, y el pueblo todo acompañó al ilustre viajero y sus marinos a la iglesia mayor, donde se dieron gracias al Todopoderoso por el feliz éxito de la empresa.



Primer desembarco en América

CAPÍTULO IV

LLEGA COLÓN A BARCELONA, DONDE LE RECIBEN LOS REYES CATÓLICOS. — SEGUNDA EXPEDICIÓN. — NUEVOS DESCUBRIMIENTOS. — CONTRATIEMPOS Y DISGUSTOS. — REGRESO A ESPAÑA.

Uno de los primeros cuidados del ilustre navegante fué dirigirse a la Rábida para gozar con la compañía de su fiel amigo Fr. Juan Pérez de Marchena y para cumplir varios piadosos votos que hiciera durante su penosa y arriesgada expedición. Y no sólo visitó distintos santuarios en cumplimiento de sus promesas, sino que hizo un nuevo voto: que con las riquezas que adquiriese en siete años, alistaría cuatro mil caballos y cinco mil peones, y otros tantos en los cinco años sucesivos para rescatar el Santo Sepulcro.

No permaneció allí muchos días el Almirante. Los Reyes deseaban verle y él también anhelaba tener cuanto antes el placer y el orgullo de ofrecer a los pies de sus soberanos el fruto de su atrevida empresa y el testimonio de sus cálculos, con las pruebas de la existencia de los territorios por él descubiertos. Fernando e Isabel le aguardaban en Barcelona, y Colón partió inmediatamente para dicho punto.

Todo su viaje fué una serie continuada de triunfos, y tardó casi un mes en llegar a Barcelona, porque durante su marcha la muchedumbre se agolpaba en los caminos para ver y admirar al hombre insigne y los curiosos objetos

que consigo llevaba, y le aclamaban y obstruíanle el paso, imposibilitándole de avanzar con la premura que él deseaba. Lo que sobre todo llamaba la atención de las multitudes eran los salvajes isleños medio desnudos y engalanados a la original manera de su país, así como las aves y cuadrúpedos traídos de aquellos remotos lugares, hasta entonces desconocidos en Europa. En las ciudades por donde pasaba llenábanse de gente las calles; y balcones, ventanas, azoteas y torres coronábanse de curiosos y admirados espectadores.

Abrían aquel extraño más que pomposo cortejo marineros de la *Niña* armados, escoltando el estandarte real de la expedición llevado por un piloto. Seguían luego otros marineros, cargados unos con ramas de árboles desconocidos, de enormes calabazas, de gigantescas cañas, de arborescentes helechos; otros llevaban algodón en rama, cocos y otros productos; algunos ostentaban coronas de oro, brazaletes, cinturones, coronas de plumas, hermosas conchas, lanzas y espadas de madera dura, arcos y flechas sin acerada punta. Animales desconocidos, algunos vivos, la mayoría disecados, y entre los gritos y algarabía de cuarenta clases de papagayos, que se agitaban en sus perchas y charloteaban en lengua bárbara, veíanse dos monstruos de horrible aspecto, atados a robustas estacas, dos iguanas, muerta una por el propio Almirante y la otra por Martín Alonso Pinzón, cuyo aspecto aterrorizaba a la curiosa muchedumbre. Iban a continuación siete indios, pues de los demás unos habían perecido en la travesía y otros quedado enfermos en Pálos, engalanados con sus adornos nacionales y cuidadosamente pintarrajeados de blanco y rojo, precediendo al estado mayor de la expedición y al Almirante que, vestido cual correspondía a su alta dignidad, montaba un hermoso caballo que manejaba con soltura. Detrás de él, sus tres escuderos esforzábanse en contener a la multitud anhelosa de precipitarse a su paso.

Aclamado por la voz del pueblo, como embajador del Cielo, el descubridor del Nuevo Mundo llegó a Barcelona el 15 de Abril de 1493, siendo recibido en medio del general entusiasmo por una diputación de la Corte enviada al

efecto, y escoltado a caballo por la juventud principal de la ciudad.

Sentados en su trono, bajo soberbio dosel, aguardábanle los Reyes en su palacio, en una vasta sala a la vista de todo el pueblo, ricamente engalanada para dar mayor brillo a la recepción. Presentóse modesto en su magnífico traje, y, fiel a las leyes de la etiqueta, adelantóse a besar la mano de los Reyes, doblando la rodilla ante los augustos monarcas; pero éstos, olvidando todas las leyes de la etiqueta española, se habían levantado y salido al encuentro del insigne navegante, no permitiendo que éste cumpliera tal acto de vasallaje, y la reina Isabel, cual transportada de santo entusiasmo, mostróle un rico sillón que cerca del trono estaba, diciéndole con inspirado acento:

«Don Cristóbal Colón, cubrios ante vuestros Reyes y sentaos cerca de ellos. Sentaos, Almirante del Océano y Virrey del Nuevo Mundo.»

El pueblo aplaudió, transportado de entusiasmo: momento solemne y sublime aquél, en que un extranjero, desdeñado antes de propios y extraños, despreciado de los poderosos magnates, ridiculizado de los humildes e ignorantes y protegido sólo de la reina de Castilla, podía presentarse ante su augusta protectora y decirle a la faz de todo el mundo: «Señora, mis esperanzas se han cumplido, mis planes se han realizado; vengo a mostrar mi gratitud a vuestra generosidad y a ofrecer al dominio de vuestro cetro y de vuestra corona regiones, tierras y habitantes hasta ahora desconocidos del mundo antiguo; a ofreceros una conquista que no ha costado hasta ahora a la humanidad, ni un crimen, ni una vida, ni una gota de sangre, ni una lágrima; a vuestras plantas presento los testimonios que acreditan el feliz resultado de mi expedición y el homenaje de mis más profundos respetos a unos soberanos a quienes tanta gloria en ello cabe.»

Grandes deseos mostraron los Reyes de oír de labios del insigne navegante la relación de cuanto le había ocurrido en su atrevida expedición, y él la refirió con todas las circunstancias, en términos claros y sencillos, atribu-

yendo a Dios toda la gloria y alabando a Nuestro Señor que le había permitido llevar la luz del Evangelio a pueblos sumergidos en las sombras de la muerte, pero que parecían muy bien dispuestos para recibir la salvadora doctrina del Cristianismo. Las palabras de Colón embargaban de júbilo a la reina Isabel, y cuando aquél hubo terminado su relación, prosternáronse los Reyes y todos los presentes, entonando un *Te-Deum*, cantado por todo un pueblo, en acción de gracias por el feliz éxito de tan señalada empresa.

Durante la permanencia de Colón en Barcelona, prodigáronle los Reyes y la corte las más señaladas y honrosas distinciones. El rey Fernando no salía de palacio sin llevar a su izquierda al grande Almirante: la Reina por su parte creóle nuevos blasones, autorizándole para añadir al primitivo de familia, el escudo real de Castilla y de León, con la leyenda:

*Por Castilla y por León
nuevo mundo halló Colón.*

Confiriéronle los monarcas el almirantazgo hereditario y perpetuo; ratificáronle las prerrogativas que le concedieron el año anterior y diéronle el privilegio de usar el título de *Don*, que aún no había degenerado en palabra de mera cortesía, como dice un escritor moderno.

La noticia del descubrimiento de vastos territorios situados más allá del Atlántico causó gran sorpresa y admiración en toda Europa; todos envidiaban la gloria del atrevido navegante y la fortuna de los Reyes de España. Sin embargo, Colón continuaba creyendo que las tierras descubiertas formaban parte del vasto continente asiático, y la mayoría de los sabios de aquella época adoptaron tan equivocada hipótesis, dándoles el nombre de *Indias Occidentales*, para distinguirlas de las *Orientales*, y llamando indios a los indígenas del Nuevo Mundo.

Entretanto, preparábase otra segunda expedición con objeto de proseguir los descubrimientos, y para ello arbitráronse mayores medios y recursos que en la primera. Se creó un Consejo de Indias, cuya dirección se concedió.

al arcediano de Sevilla, D. Juan de Fonseca; establecióse en Sevilla una lonja y en Cádiz una aduana dependiente de ella; prohibióse ir a las Indias ni tampoco comerciar en ellas sin licencia de las autoridades puestas por el Gobierno; se hizo provisión de caballos, cerdos, gallinas y otros animales domésticos, de plantas, granos y semillas para transportarlos y aclimatarlos en las nuevas regiones; de mercancías, espejos, dijes y bujerías para traficar con los naturales; se declaró libres de derechos los artículos necesarios para proveer a la armada; obligóse a todos los dueños de barcos en los puertos de Andalucía a tenerlos dispuestos para la expedición; se alistaron artesanos y mineros para que ejerciesen sus artes y oficios y los enseñasen a los indígenas. No olvidaron los Reyes los intereses de la Religión y nombraron doce eclesiásticos, que, en calidad de misioneros, propagasen la fe entre aquellos gentiles. Recomendóse mucho al Almirante que procurara se tratase a los indígenas de aquellos países con toda consideración y benignidad, castigando severamente a los que los molestaran o vejasen en lo más mínimo.

Para fortalecer sus derechos y afirmar más la conquista impetraron los Reyes una bula del entonces papa Alejandro VI, quien no vaciló en otorgarla en 3 de Mayo, confirmando a los Reyes de Castilla en el derecho de posesión de las tierras ya descubiertas y de las que en lo sucesivo se descubriesen en el Océano Occidental; pero, para evitar cuestiones entre españoles y portugueses, trazó el Pontífice una línea imaginaria de polo a polo, declarando pertenecer a los españoles todo lo que descubriesen al Occidente, y a los portugueses lo que ellos descubrieran al Mediodía.

La envidia y los celos de los portugueses, que no podían ver sin inquietud el engrandecimiento marítimo de España, llevaron al rey D. Juan II a discurrir los medios de entorpecer o desconcertar los descubrimientos de Colón, haciendo armamentos que los Reyes Católicos consideraron sospechosos, moviéndoles a enviar como embajador a Lisboa a D. Lope de Herrera, con órdenes secretas y facultades para obrar según lo exigieran las circunstancias.

Comprendiendo el astuto D. Juan que no le convenía indisponerse con los españoles, envió una embajada a Barcelona, comprometiéndose a no dejar salir en el término de dos meses ninguna escuadra de su reino y proponiendo que la línea divisoria de las posesiones de España y Portugal fuera el paralelo de las Canarias, o sea al Norte para los españoles, al Sur para los portugueses. Entretanto adelantaban rápidamente los preparativos para la segunda expedición. No consistía al presente la dificultad en encontrar gente que quisiera embarcarse, como la primera vez, sino en desembarazarse de los muchos que lo solicitaban, atraídos por el espíritu aventurero de la época y por el afán de recoger oro y riquezas en un país donde la codicia podía desarrollarse. Entre los alistados se encontraban toda clase de personas. Allí estaba el hidalgo de elevados sentimientos que iba en pos de aventuradas empresas; el altivo navegante que deseaba coger laureles en aquellos mares desconocidos; el vago aventurero que todo se lo promete de un cambio de lugar y de distancia; el especulador ladino, ansioso de aprovecharse de la ignorancia de las tribus salvajes; el pálido misionero de los claustros, consagrado al servicio de la Iglesia y devotamente celoso de la propagación de la fe; todos animados y llenos de vivas esperanzas.

Entre todos se distinguía Alfonso de Ojeda, hijo de una noble familia de Andalucía, quien, aunque joven, gozaba ya fama de generoso y esforzado caballero, de genio fogoso y vivo, tan fácil en irritarse como en perdonar y uno de los héroes que por sus hazañas estaba destinado a adquirir gran renombre entre los primeros descubridores del Nuevo Mundo.

Componíase la armada de diez y siete buques, entre grandes y pequeños, llevando a su bordo unas mil quinientas personas; y dispuesto todo, dióse Colón a la vela en la bahía de Cádiz el 25 de Septiembre de 1493, enarbolando su pabellón, al lado del estandarte real, en el mayor de todos los buques, en la urca *Marigalante*, a la que dió este nombre el Almirante para testimoniar su fiel y tierna devoción a la Virgen María, madre de Dios, bajo cuya protección quiso poner su segundo viaje.

Sin más contratiempo que alguna pasajera borrasca, siguió Colón desde Canarias el rumbo del Sudoeste, con el intento de encontrar las islas de los Caribes, de que tanto le hablaron los indios de la Española; y aun cuando los capitanes y los pilotos se creían lejos de tierra, el Almirante, guiado por su maravilloso presentimiento, por la variación de las brisas, el color de las olas y otras señales por él observadas, en la tarde del 2 de Noviembre aseguró que no estaba lejos la tierra; y efectivamente, el día 3, domingo, toda la armada vió con alegría y abordó con entusiasmo en una isla, a la que Colón dió el nombre de *Dominica*. Como viera que no reunía condiciones de buen anclaje, pasó a otra que creyó desierta, de la que, según costumbre, tomó posesión en nombre de sus soberanos, llamándola *Marigalante*, todas las cuales forman parte del grupo de las Antillas. Continuó su exploración, y descubrió otra, que bautizó con el nombre de *Guadalupe*, cumpliendo la promesa hecha a los religiosos del convento de este título en Extremadura. En ella hallaron pequeñas poblaciones rústicas, cuyos habitantes huían a la vista de los españoles, abandonando a sus propios hijos, y grande fué el asombro y el terror de los nuestros al hallar en las chozas huesos y cráneos humanos, que al parecer les servían de vasos y utensilios domésticos, así como brazos y piernas a medio devorar. Esto, unido a las explicaciones de algunas mujeres que cogieron, convencieronles de que se hallaban en una isla de caníbales, los cuales emprendían largas expediciones con sus canoas contra los habitantes de otras islas, a quienes hacían prisioneros y les servían de pasto para sus atroces festines. Algunas de dichas mujeres eran infelices cautivas de los antropófagos y otras se presentaron a los españoles a pedirles amparo y protección.

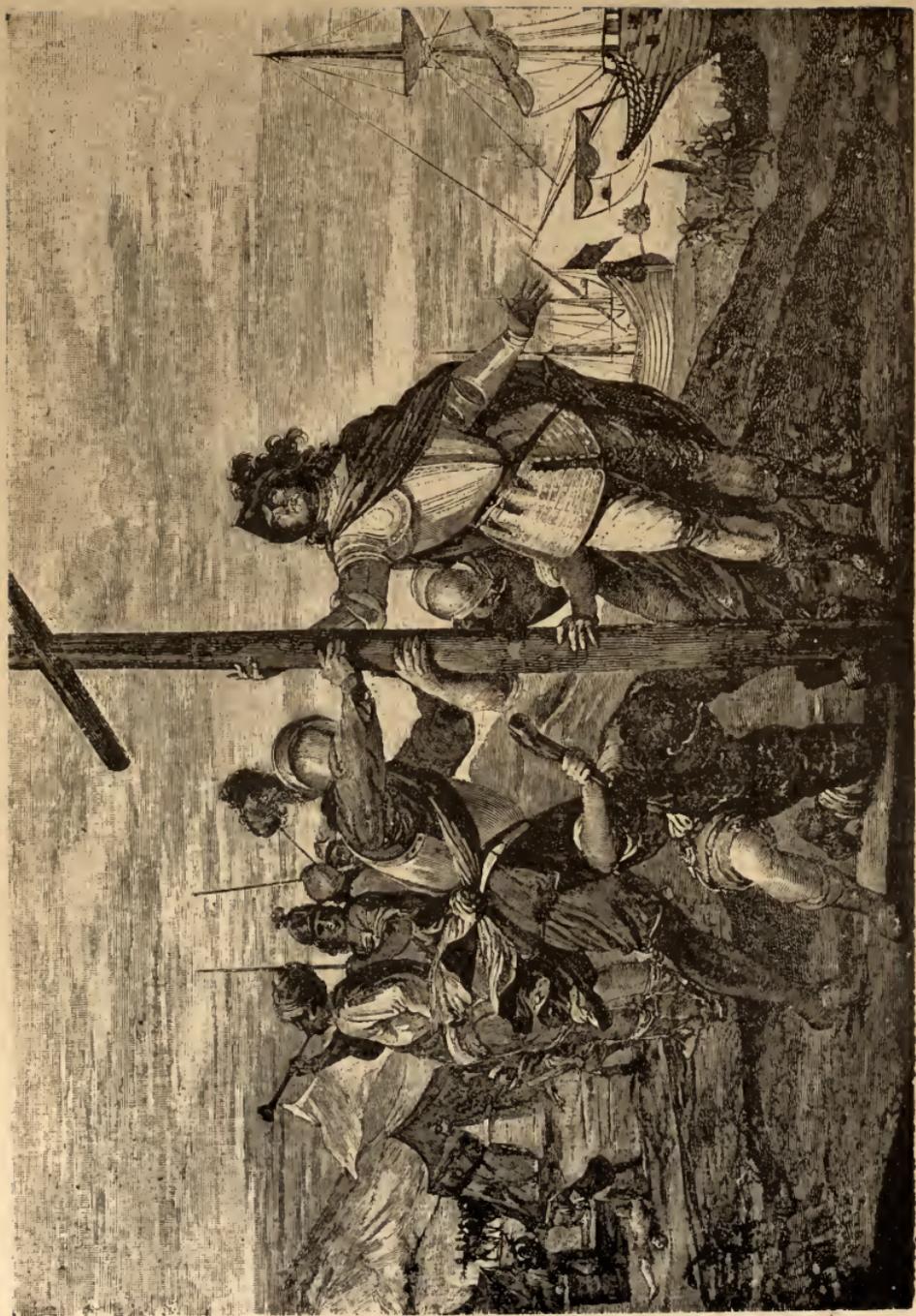
Necesitábase mucha prudencia para recorrer aquellos lugares, y por haberlo olvidado Diego Márquez, capitán de una carabela, que con ocho hombres se internó en la isla, ocasionó algunos días de mortales angustias al Almirante y a sus compañeros al ver que no comparecían. En vano fué disparar cañonazos, destacar partidas que sonaran trompetas y hacer otras llamadas y señales, que

no contribuyeron más que a aumentar el horror de la situación.

¿Qué les habría sucedido a Diego Márquez y a sus ocho hombres? Fácil era de presumir si, a lo que se creía, habían caído en manos de los antropófagos. El intrépido Alonso de Ojeda, acompañado de algunos de los más resueltos, recorrió profundos valles y empinados montes, descargando arcabuces y haciendo resonar clarines, volviendo con el desconsuelo de no haber hallado huellas de Márquez y sus compañeros, a quienes, a excepción del Almirante, acostumbrado a esperar contra toda esperanza, creían muertos y devorados por los feroces caníbales. Ya Colón había dado orden de partida, pues sólo por ellos había aguardado la flota muchos días, cuando, con regocijo de todos, se los vió aparecer, extenuados, macilentos, en lastimoso estado, revelando en sus demacrados rostros los trabajos sufridos. Habíanse extraviado en aquellos frondosos bosques y llegaban acompañados de algunos niños y mujeres que encontraron en el camino; por suerte no vieron ningún hombre, pues todos habían salido a una de sus expediciones. Colón, aunque regocijado interiormente por la vuelta de los extraviados, mostróse severo, arrestando a Márquez y castigando a sus compañeros, en la necesidad de mantener la disciplina.

Deseoso el Almirante de abordar de nuevo en la Española y conocer los progresos hechos por la colonia del fuerte de Navidad que allí dejara en su primer viaje, navegó costeando por el Noroeste de la Guadalupe, posesionándose, al paso, de varias islas, a las que puso por nombres *Montserrat*, *Santa María la Redonda*, *Santa María de la Antigua*, *San Martín*, *Santa Cruz* y otras, algunas de las cuales encontraron desiertas, por haberse los caribes comido a los habitantes. Aquí sostuvieron los españoles un combate con una canoa de feroces caribes, que iban armados de arcos y flechas envenenadas; peleaban las mujeres lo propio que los hombres, cuyo aspecto era feroz y horroroso, porque los colores con que se pintaban el círculo de los ojos daban a su rostro una expresión siniestra y repugnante.

Colón envió una carabela hacia unas islas que se di-



Colón plantando la cruz en América

visaban, y al regreso dijeron que se descubrían más de cincuenta, a la mayor de las cuales se le dió el nombre de *Santa Ursula*, y a las demás el de las *Once mil vírgenes*. Sin reconocerlas en aquella ocasión, siguió su rumbo hasta arribar a una isla grande, revestida de hermosas florestas y circundada de muy seguros puertos, cuyos habitantes huyeron a los bosques al divisar la escuadra. *Boriquen* llamaban a esta isla los naturales, y Colón le puso el nombre de *San Juan Bautista*, siendo la que hoy se denomina *Puerto Rico*.

Sólo dos días permanecieron en aquella isla, después de los cuales diéronse de nuevo a la vela, arribando el 22 de Noviembre al extremo oriental de Haití o la Española, con tanto afán buscada por el Almirante, quien, sin hacer gran caso de algunos indios que le invitaban a ir a tierra de parte de un cacique, ofreciéndole mucho oro, continuó su rumbo, llegando al anochecer del 27 frente al puerto de Navidad, donde dejara once meses antes una colonia española en una pequeña fortaleza construída con el concurso de los mismos indios. ¿Por qué no contestaba esa fortaleza a los cañonazos de la escuadra anunciando su vuelta? ¿Por qué no se veía luz en la costa, ni se percibía ruido, ni se advertía señal alguna de vida, permaneciendo todo en silencio y en la obscuridad?

Con el corazón oprimido, presa de dolorosa congoja, envió una lancha a tierra para saber lo que ocurría, y lo primero que vieron los marinos que la tripulaban fué un cadáver, cuyo estado de putrefacción no permitía distinguir la raza, atado a dos troncos de árbol dispuestos en forma de cruz. Luego encontraron otro y otro, hasta que, finalmente, la barba que uno de ellos conservaba todavía no les dejó lugar a duda acerca de lo ocurrido, convenciéndose de que todos aquellos crucificados eran españoles. Sepulcral silencio reinaba en torno de aquellos cadáveres, y cuando la lancha regresó a bordo, Colón quedó aterrado ante la relación que le hicieron: no habían encontrado más que ruinas y huellas de haber sido incendiado el fuerte y muertos sus moradores.

¿Qué había sucedido? He aquí lo que pudo sacar en

limpio de lo que le refirieron algunos indios en medio de inacabables reticencias.

Las gentes que dejara allí Colón, en su mayoría indóciles, turbulentas y soeces, como casi todas las que llevaba en su primera expedición, habían irritado con su tiranía y sus desórdenes a los pacíficos súbditos de Guacanagari, despreciando las órdenes y desconociendo la autoridad de Diego de Arana, a quien Colón nombrara su lugarteniente. Sólo pensaban en satisfacer su avaricia y sus brutales pasiones, no respetando a las mujeres e hijas de los naturales, apoderándose de sus adornos y de cuanto se presentaba a su rapacidad, no acertando a comprender los infelices y despojados indios cómo aquellos hombres, a quienes creían bajados del cielo, podían entregarse a tales excesos. A pesar de esto, el cacique Guacanagari sufría con paciencia las violencias y atropellos de aquella gente, aguardando siempre la vuelta de su amigo. Pero, relajada la disciplina de los españoles y deseoso cada cual de recoger mucho oro, dividiéronse en partidas y abandonaron el fuerte en su mayoría, incluso los dos jefes Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo, quienes, después de matar a un indígena, pasaron con diez de sus compañeros a los estados del cacique de Cibao, Caonabo, que significa *Señor de la casa de oro*, de quien dependían las minas de oro. Este cacique, caribe de nacimiento, tan feroz como valiente, los condenó a muerte, y, temeroso por sus riquezas, resolvió exterminar a todos los extranjeros. De acuerdo con el cacique de Marión o Maireni, reunió mucha gente, y atravesando los montes, presentóse ante el fortín de los cristianos, en el que sólo habían quedado Diego de Arana y diez de los suyos, a los cuales sitiaron, y aprovechando el que los españoles, fiados en sus trincheras, no ponían centinelas, Caonabo y los suyos dieron el asalto, despedazando horriblemente a los defensores del fortín e incendiándolo después. Guacanagari salió con sus súbditos en defensa de sus aliados y huéspedes los españoles, pero derrotado por sus salvajes vecinos y herido él mismo en una pierna por una piedra que le arrojó el feroz Caonabo, tuvo que retirarse dejando en el campo a muchos de los suyos.

Tal fué el relato de los indios acerca del trágico fin del primer establecimiento europeo que hubo en el Nuevo Mundo.

Aunque Colón no diese entero crédito a lo que le refirieron y dudara de la lealtad de Guacanagari, no quiso prenderle y castigarle, como le aconsejaban algunos de sus consejeros. Invitado por el propio cacique, fué a visitarle, hallándole efectivamente en cama, herido al parecer, y si bien lloró al ver al Almirante y contarle el desastre de la guarnición española, muchos sospecharon que Guacanagari tenía alguna parte en la matanza de los españoles; pero a pesar de las sugerencias del padre Boil, Colón no quiso malquistarse con su aliado que aún era poderoso en el país y de quien tantas pruebas de amistad recibió la vez primera. A pesar de sus heridas, el cacique fué a bordo de la escuadra, maravillándole el crecido número de buques que la componían. En el buque almirante se hallaban las infelices libertadas de manos de los caníbales, y sin que nadie lo viera, el astuto cacique les hizo seña, y a la noche siguiente huyeron todas a nado a reunirse con él. Colón envió un mensajero a reclamarlas, pero éste no halló a nadie. El mismo Guacanagari había desaparecido, confirmando así las sospechas de los que le creían cómplice en la matanza de los españoles.

A pesar de ello quiso Colón dejar en aquella isla un establecimiento formal, una ciudad que asegurara su posesión, una ciudadela avanzada de la civilización española. Pero allí el aire era malsano y fué preciso buscar otro sitio apropiado, a cuyo objeto hicieronse varios reconocimientos hasta dar con uno que ofrecía cómodo puerto, excelente clima y desde el que se descubrían fértiles llanuras y poblados bosques, no lejos de las montañas de Cibao, en las que existían ricas minas de oro. Allí desembarcaron, a fines de Diciembre de 1493, los menestrales, artesanos y labradores que con la escuadra iban, cansados de un viaje de casi tres meses. También se desembarcaron los instrumentos de cada oficio, así como los animales, plantas y semillas, que ya empezaban a deteriorarse, y los cañones y provisiones de todas clases

para el mantenimiento y defensa de la colonia, que se encerraron de momento en casas de madera construídas a toda prisa.

Luego, con suma actividad, construyeron una ciudad, la primera fundada por los españoles en el Nuevo Mundo; levantáronse casas de piedra, madera y otros materiales y se erigió un templo, pues el ideal de Colón era ganar almas para Jesucristo, dando el Almirante a aquella ciudad el nombre de *Isabela*, en honor de la reina de Castilla. En los alrededores de la naciente ciudad los sembrados y plantíos prosperaban en condiciones nunca vistas y la fecundidad del suelo parecía increíble.

Mas en breve desarrolláronse entre los nuevos colonos enfermedades contagiosas, debidas a las privaciones sufridas en una larga navegación y a la dura vida que habían llevado a bordo y a que no estaban acostumbrados, a la mala calidad de algunos alimentos, a los trabajos de edificación y plantación y a las emanaciones de un suelo virgen y de un clima cálido y húmedo. Hasta el propio Colón estuvo algunas semanas en cama, sin que se abatiera su espíritu ni dejara de atender a los cuidados de su gobierno.

Mas en vista de los peligros que amenazaban a la naciente colonia y de que la estación era favorable para el viaje de regreso, decidió Colón enviar a España la mayor parte de los buques, porque se necesitaban medicinas, ropas y alimentos y hacían falta armas y caballos para someter a los indios. Pero ¿cómo enviar a España los buques vacíos, con más la triste nueva del asesinato de la guarnición que quedara en la Española? ¿Qué dirían los Reyes y el pueblo? Resuelto, pues, a no enviar así la escuadra, despachó a los dos jóvenes caballeros Ojeda y Gorbálán para que fueran a explorar las montañas de Cibao, distantes sólo unos tres o cuatro días de viaje. Ambos emisarios partieron en distinta dirección, atravesando Ojeda el país gobernado por el terrible Caonabo: en una parte de él halló cabañas desiertas, en otras indios que los recibieron con sospechosa amabilidad; vadeó auríferos ríos, pasó por desfiladeros y rocas resplandecientes de oro y regresó a la Isabela trayendo



Primera misa celebrada en América

piedras jaspeadas con ricas venas de oro, polvo del mismo metal regalado por los indios y hasta grandes trozos de oro virgen hallados en los cauces y lechos de los torrentes, alguno hasta de más de 250 gramos de peso.

Es natural que esto reanimara el abatido espíritu de los colonos y aun del propio almirante, que así podía enviar a España nuevas muestras de sus prometidas riquezas, con que ir manteniendo el entusiasmo y la pública esperanza. Despachó, pues, para España nueve de sus buques, al mando de Antonio de Torres, al cual entregó un *Memorial* fechado a 30 de Enero de 1494, que debía de entregar en propias manos de los Reyes: también hizo embarcar en los buques a los hombres, mujeres y niños que había cogido en las islas habitadas por los antropófagos, con la esperanza de que se les instruyese en la religión y, una vez cristianos, pudiesen regresar y servir de intérpretes y misioneros en su propio país. La flota se dió a la vela el 2 de Febrero de 1494, y su llegada a España hizo renacer de nuevo el entusiasmo público, que poco a poco se fué entibiando y cedió su lugar a la desconfianza, ora porque las remesas no correspondían a las ponderadas riquezas que se les hiciera esperar, ora porque se iban recibiendo desagradables noticias del estado lastimoso en que se hallaba la colonia.

Después que hubo partido la flota, los que acompañaron a Colón en su segundo viaje, gente aventurera, codiciosa, díscola, viciosa y turbulenta en su mayor parte, que sólo habían ido allí en busca de tesoros, manifestaron su descontento, que se convirtió en breve en sedición, alentada y dirigida por Bernal Díaz, quien, mientras Colón se hallaba enfermo, imaginó abrir una a manera de información en contra del Almirante, haciendo firmar a los testigos que éste engañaba a los Reyes y que nada había que esperar en aquella isla sin recursos. Restablecido de pronto el Almirante y enterado de la conjura, puso preso al principal autor, sobre el cual encontráronse pruebas de la traición escritas de su puño y letra. Colón, en vez de pasarle inmediatamente por las armas, contentóse con enviarle a España junto con las piezas del proceso para que los Reyes hicieran justicia.

Luego, para apaciguar a los descontentos, dejó el mando de los cinco buques que le quedaban a su hermano don Diego, y poniéndose a la cabeza de aquéllos, internóse hacia los montes de Cibao. Pero aquellos hombres, ávidos de oro y de placeres, disgustaban a los naturales y acusaban al Almirante de los males que padecían y de los que causaban, a lo cual instigábalos el padre Boil, monje benedictino de Montserrat, primer misionero, hombre inquieto, que se volvió más adelante a España con los descontentos, levantando calumnias contra el Almirante.

Entretanto los infelices isleños exacerbábanse cada día más contra los que en un principio habían creído bajados del cielo, y aliándose todos bajo las órdenes de Caonabo, el más poderoso entre los caciques de la isla, opusieron con todas sus fuerzas a las tropelías y ultrajes de los españoles. Esto produjo una guerra de venganza, en la que las gentes de Colón, abusando de las ventajas y de la superioridad que les daba la civilización y valiéndose de sus terribles auxiliares los perros adiestrados, los cuales hacían fácil presa en aquellas gentes desnudas e ignorantes, vencieron sin grande esfuerzo a los indígenas e hicieron prisionero al temido Caonabo, quien murió en el camino mientras se le trasladaba a España.

El Almirante castigó con severidad a los causantes de aquella insurrección, fusilando a algunos y enviando a otros a España; sometió luego a los insulares, quedando al parecer restablecida la tranquilidad. En esta ocasión, revestido el Almirante del carácter de conquistador, impuso gravísimos tributos a las regiones sometidas. En la de las minas, todo individuo mayor de catorce años había de pagar cada trimestre la medida de un cascabel flamenco lleno de polvos de oro, y en los distritos distantes de las minas, cada habitante debía pagar una arroba de algodón por trimestre. La contribución de los caciques era mucho mayor: el hermano de Caonabo quedó obligado a pagar cada tres meses una calabaza de oro, que ascendía a 150 pesos. Al entregar el tributo se les daba como recibo una medalla de cobre, que debían llevar colgada del cuello, quedando sujetos a prisión y cautivos cuantos no iban provistos de tal documento.

Estas exacciones exasperaban a los naturales, y a fin de tenerlos sujetos hizo levantar Colón muchas fortalezas en la isla. El Almirante quería sacar abundantes riquezas para enviarlas a España y satisfacer así las esperanzas públicas.

Quiso el Almirante que todos los colonos trabajaran, incluso los hidalgos, y esta medida le atrajo la enemiga de unas gentes que sólo habían ido allí a amontonar oro sin esfuerzos y sin freno y a quienes costaba mucho sujetarse a la sombra de disciplina que Colón estableciera. Unos y otros, así los que allá quedaban, en especial el P. Boil, como los que a España habían venido castigados, esforzábanse en disminuir el crédito del Almirante, y aunque Fernando e Isabel inclinábanse a tenerle algunas consideraciones, creyendo que no debía ser juzgado como gobernador de un país ordenado, sino como conquistador de gentes salvajes, tales y tan graves fueron las culpas que se le imputaron, tachándole de cruel, despótico y además ambicioso, que sólo miraba a su provecho y no al de España, que aprovechando la ocasión de cercenarle las concesiones que se le prometieron cuando se consideraba un sueño su empresa, permitióse se estableciera en la Española todo el que quisiese y pudiera emprender nuevos descubrimientos. Envióse además a Juan de Aguado, con carácter de comisario regio, para que se informase de las acusaciones, del estado de la colonia y de los motivos de aquellas turbaciones.

Pero Aguado, a su llegada, abusó de sus poderes, sólo por tener el gusto de atormentar a Colón y agravar los males que aquel grande hombre padecía, por lo que viendo el Almirante la imprudente conducta de aquel hombre y no queriendo sujetarse a un proceso que le exponía a perder su gloria, por los falsos testimonios de sus enemigos, únicos a quienes oía el mal intencionado comisario, resolvió regresar sin tardanza a España para dar personalmente sus descargos a los Reyes, y salió a toda prisa de Haití el 1.º de Marzo de 1496.

Inexperto en los vientos y deseoso de explorar otros caminos, tomó diferente derrotero del que adoptara la vez primera, por lo que tuvo que sufrir una travesía difi-

cilísima y lenta, a causa de un error de cálculo, arrojando peligros, trabajos y privaciones, incluso el hambre, y llegando a Cádiz finalmente el 11 de Junio, donde desembarcó vistiendo el hábito de terciario franciscano. El macilento rostro del Almirante y sus compañeros, la escasez de los objetos que traían y las acusaciones y rumores que contra él habían corrido, causaron triste y desagradable impresión en el ánimo de los españoles. El cura Bernáldez, en cuya casa estuvo aposentado Colón en su tránsito por Andalucía, refiere curiosos pormenores acerca de la sensación que causó su venida, así como sobre los objetos que en esta ocasión traía consigo.

Con su amigo el guardián de la Rábida dirigiéronse a Palos y de allí al monasterio, donde pasó largos días en la oración y el recogimiento, aguardando la orden de presentarse ante los Reyes.



Recibimiento de Cristóbal Colón por los Reyes Católicos en Barcelona

CAPÍTULO V

COLÓN LOGRA DESVANECER LOS CARGOS QUE SE LE IMPUTABAN. — TERCERA EXPEDICIÓN. — DESCUBRIMIENTOS. — TURBULENCIAS EN LA ESPAÑOLA. — BOBADILLA. — COLÓN VUELVE A ESPAÑA ENCADENADO.

Por fin llegó la orden para que Colón se trasladara a Burgos, donde se hallaban los reyes Fernando e Isabel, ante los cuales se presentó sin arrogancia, pero también sin falsa humildad, no como un acusado, sino como servidor leal e irreprochable. La sencilla exposición de los hechos, su franco lenguaje y los testimonios que aportaba de cuanto decía, tocaron el corazón de los Reyes y desvanecieron fácil y prontamente las acusaciones y cargos que sus enemigos habían acumulado contra el Almirante. Ambos monarcas mostráronse desde luego dispuestos a proporcionarle todo lo necesario para la colonización de lo ya descubierto y para una tercera expedición que debía explorar otras comarcas cuya existencia daba por cierta.

Múltiples causas, que no nos es dable enumerar, contribuyeron a entorpecer y aplazar tan buenos propósitos. Los gastos ocasionados por las anteriores expediciones, el sostenimiento de la colonia, las guerras de Italia, etcétera, etc., tenían agotado el tesoro, y además, el artificioso obispo Fonseca, que tenía la dirección de los negocios de Indias, hombre venagativo y enemigo de Colón a causa de algún disgusto que entre ambos mediara, no

perdonaba medio para neutralizar los esfuerzos de los Reyes y para estorbar los planes del Almirante. Pero la Reina, que no había perdido la confianza en Cristóbal Colón, le dijo: «No os desaniméis; mi voluntad es que se prosiga esta empresa y sostenerla, aun cuando no se obtengan de ella más que piedras y peñascos. No me detengo en el gasto y considero como bien empleado cuanto he gastado y gaste en lo sucesivo, porque creo que nuestra santa fe se extenderá y aumentarán nuestros reinos.» Y añadió luego: «Los que denigran la empresa no son amigos de mi corona real.»

Sin embargo, los preparativos para aquella tercera expedición continuaban con desesperadora lentitud, y la flota tardó cerca de dos años en estar dispuesta. Colón entretanto continuaba recibiendo de los Reyes las más altas distinciones y mayores honras y mercedes que las que antes le dispensaran. Confirmáronle los privilegios concedidos anteriormente; diéronle licencia para que hiciese el reparto de las tierras de Indias bajo determinadas condiciones; nombraron adelantado de Indias a don Bartolomé Colón, hermano del Almirante, y a los hijos de éste, D. Diego y D. Fernando, se les nombró pajes de la Reina; al propio tiempo diéronle facultad para fundar uno o más mayorazgos.

Los Reyes habían decidido enviar a Santo Domingo una recluta de 330 hombres, compuesta de cuarenta caballeros, cien infantes, sesenta marineros, veinte artífices en oro, cincuenta labradores y veinte artesanos de distintas profesiones. Además se enviarían religiosos, médicos, cirujanos y boticarios, para estudiar, conocer y curar las enfermedades que tantas vidas habían segado: este enganche extendióse después a 500 personas más, con orden al tesorero de la hacienda de Ultramar para que pagase los libramientos del virrey o de su lugarteniente. Permittedse además a cuantos quisieran pasar a las Indias sin sueldo alguno, embarcarse en la flota con la seductora perspectiva de que tendrían el tercio de todo el oro que descubriesen y sólo pagarían al tesoro real la décima parte de todos los demás beneficios de su comercio: eximióse de derechos las mercancías y objetos

que se embarcasen, y se dió permiso al Almirante para extraer en cinco meses 550 cahices de trigo y 50 de cebada, libres también de todo derecho, así como otras varias órdenes y provisiones conducentes a alentar la expedición.

Todas estas ventajas veíanse paralizadas por los trabajos de zapa de los enemigos y envidiosos de Colón, quienes explotaban con pérfida habilidad el triste estado de los que volvían para desanimar a los que querían partir. Por esto, a pesar del empeño y de los esfuerzos de los Reyes, era tal el descrédito en que habían caído las expediciones al Nuevo Mundo y tal la desconfianza en los resultados, que, apenas se encontraba quién quisiera acompañar a Colón en su tercer viaje. Esta consideración movió quizá a los Reyes a acordar una funesta medida, que fué verdadero manantial de corrupción y de desórdenes en la colonia y germen de los disgustos y amarguras que sufrió Colón y que acarrearón su ruina: nos referimos al indulto concedido a los delinquentes que fuesen por cierto tiempo a servir a la isla Española a sus expensas, así como la conmutación de las penas por delitos, en destierro a las Indias por determinado número de años. Este fatal error llevó a los criminales del viejo mundo a infestar las regiones del nuevo, contrastando con las instrucciones religiosas, morales y humanitarias que la reina Isabel diera a Colón sobre el modo de tratar a aquellos habitantes, adelantándose en su claro talento a proscribir la esclavitud que siglos después debían de abolir la religión y la filosofía.

Por fin, después de muchos entorpecimientos y dilaciones, pudo Colón hacerse a la mar desde el puerto de Sanlúcar, el 30 de Mayo de 1498, al mando de una flotilla compuesta de seis naves con harto escasa tripulación. Estas seis carabelas, que al partir se encomendaban a la Santísima Trinidad, iban en busca de nuevas tierras, no de islas, sino de un continente que el Almirante estaba seguro de encontrar, sondeando al Mediodía los desconocidos espacios del Océano, y al que prometió dar el nombre de *Trinidad*.

Con objeto de proveer a las necesidades de los que le

aguardaban en Santo Domingo, les envió tres de sus buques, y con los otros tres emprendió su rumbo hacia la zona desconocida. Sobreponiéndose a los atroces dolores de un ataque de gota que paralizaba sus movimientos, Colón, que preveía desconocidos peligros, manteníase en pie a fuerza de heroísmo, con objeto de sostener la moral de los suyos ante la implacable coalición de los conjurados elementos. Después del interminable mar de algas, penetró en la región entonces ignorada de las calmas, que aunque desdeñada hoy por los barcos de vapor, fué durante siglos el terror de los más finos veleros.

«El primer día, dice el propio Almirante en la relación de su tercer viaje, un sol que no templaba el velo del más ligero vapor, parecía tostar la atmósfera. Todo ardía; el alquitrán se licuaba. Felizmente, al siguiente día espesas nubes cubrieron el cielo, cayendo algunos chaparrones en grandes gotas. Sin embargo, el calor era sofocante, y bajo la influencia de aquel ardor unido a la humedad, alterábanse los víveres rápidamente; introducíase la corrupción en las salazones: la manteca se derretía como en el fuego; el trigo se arrugaba y parecía tostado; la madera de las duelas se secaba, y no estando el conjunto de los toneles sostenidos por los aros, el vino y el agua se salían por extensas grietas. A pesar del peligro, nadie osaba bajar a la bodega a reparar los toneles y a cuidar los víveres, tan asfixiante era el calor. Esta incandescencia duró ocho días, sin que fuese posible sustraerse a ella, por la falta absoluta de vientos.»

Tal estado de cosas fué causa de que enfermaran la mayoría de sus compañeros, lo cual le obligó a variar de rumbo en busca de climas más templados, gracias a un buen viento del Este que duró diez y siete días y le permitió dirigirse a Poniente. Pero las tripulaciones estaban sedientas y los víveres podridos no eran suficientes para alimentarlas, reinando a bordo extremado apuro.

Por fin, el 31 de Julio descubrieron una nueva isla, a la que dió el nombre de *Trinidad*. Los escasos habitantes que se dejaron ver, huyeron a la aproximación de los españoles, sin que fueran óbice a detenerlos ni las amistosas señales del Almirante ni los relucientes objetos que

para atraerlos se exponían a sus miradas. En vano Colón, mientras proseguía sus exploraciones, intentó alcanzar a aquellos fugitivos indígenas, a los que ni de lejos conseguía ver, porque éstos con su fino oído y la sutileza de su olfato, adivinaban a los extranjeros aun antes de verlos y se ocultaban a sus miradas.

Durante sus exploraciones encontraron los buques españoles una violenta corriente, que producía atronador ruido, agitando el mar por modo tal que temieron iban a perecer, dando el Almirante a tan peligroso sitio el nombre de Boca de Serpiente. Era la desembocadura del Orinoco, de una extensión como de cincuenta leguas, sembrada de islas y de islotes de distintas extensiones que ocultan la vista del río y aparentan ser la tierra firme.

Colón presentía la proximidad del continente, y al observar que el agua era dulce afirmóse en su creencia y dirigió el rumbo hacia el Estenordeste hasta llegar a distinguir un terreno sin árboles y cultivado. Pero imposibilitado el Almirante de salir del buque a causa de una oftalmía cruel que le aquejaba, envió a tierra un destacamento al mando del virtuoso Pedro de Terreros, el cual fué el primero que tomó posesión en nombre del Virrey Almirante, en 5 de Agosto de 1498.

Pero Colón no imaginaba que aquel continente fuese un nuevo mundo, sino que continuaba en la idea fija de que constituía la extremidad occidental del Asia, confirmandole aún más en su opinión la gran cantidad de oro y perlas que en los sitios de la costa donde desembarcaba ofrecíanle los naturales a cambio de chucherías; después de navegar algunos días por el golfo de Paria, encontrando al paso varias islas, entre ellas las de Cubagua y la Margarita, desembarcó otra vez en Haití, enfermo y casi ciego.

A su llegada a la Española, la encontró Colón en el más lastimoso estado, presa de terrible desorden, que era incapaz de contener el Adelantado D. Bartolomé Colón, hermano del Almirante y gobernador de la isla en ausencia de éste. Las medidas tomadas por D. Bartolomé, en cumplimiento de las órdenes de su ilustre hermano, habían despertado entre los hidalgos y los españoles

holgazanes y libertinos, odio feroz contra ambos hermanos, del que se aprovechó un traidor llamado Roldán para sublevar a la colonia contra sus jefes. La isla estaba dividida en bandos que luchaban encarnizadamente entre sí, aparte de la sangrienta guerra que debían de sostener con los naturales del país.

Grandes trabajos y humillaciones arrojó el Almirante para reducir a los revoltosos, capitaneados por Roldán, a quien fué a ver personalmente en el puerto de Azua, cuartel general de los rebeldes. Estos impusieron denigrantes condiciones, que Colón se vió obligado a subscribir en bien de la paz y tranquilidad de la colonia, plegándose a las arrogantes exigencias de su antiguo criado. Una de las concesiones que hizo a los rebeldes para contentarlos fué distribuirles terrenos en cuyo cultivo pudieran emplear determinado número de indios, con arreglo a la facultad que los Reyes le dieran: recurso funesto que menoscabó su autoridad y fué el origen del célebre sistema de los *repartimientos* de que tanto se abusó después.

Concedió permiso a cuantos quisiesen volver a España para que pudieran embarcarse en los cinco buques que puso a su disposición, y con ellos envió, junto con un poco de oro, perlas y muestras de los productos indígenas, una relación en la que exponía circunstanciadamente, sin ambajes ni fórmulas diplomáticas, la crítica situación en que se hallaba, las medidas que se había visto obligado a tomar y una descripción de los nuevos países descubiertos en su tercer viaje, pidiendo con verdaderas instancias se le enviaran algunos religiosos de mérito y un juez hábil capaz de hacer observar la legalidad y respetar el derecho. Confiaba Colón que todo ello había de servir para justificarle por completo, no sólo ante los Reyes, sino también ante sus enemigos.

Cuando todo parecía tranquilo en la Española recibíense noticias de que los insulares se han levantado en armas, y D. Bartolomé Colón vese obligado a separarse de su hermano para ir a sofocar la rebelión; y cuando Santo Domingo ha quedado sin defensa, sábese que al otro lado de la isla se han presentado cuatro carabelas,

al mando del antiguo protegido del Almirante, Alonso de Ojeda, convertido entonces en alma de Fonseca.

Sin tener en cuenta los privilegios solemnemente otorgados por los Reyes a Colón, Ojeda acaba de explorar la costa de Paria, en el golfo de las Perlas, de donde viene cargado de oro y de esclavos, y alentado por el éxito, embriagado de orgullo, piensa en apoderarse del gobierno de la isla y ofrece a los descontentos desembarazarlos de la tiranía de los Colón. Con una banda compuesta de los más audaces penetra en Santo Domingo y se dirige a la morada de los tímidos y de los pacíficos, tratando de obligarlos a engrosar su partido.

Roldán, no queriendo entrar en tratos con Ojeda, arrojóse a los pies del Virrey, y después de obtener su perdón, sólo pensó en expulsar de la isla a aquel peligroso rival. Viva fué la lucha entre los dos adversarios, dignos uno de otro por la astucia, la audacia y la fuerza física, consiguiendo por fin el primero que el agente de Fonseca se reembarcara con sus hombres, quedando restablecida la tranquilidad después que Roldán hizo abortar una conspiración fraguada por sus antiguos cómplices, a cuyos principales jefes castigó implacablemente.

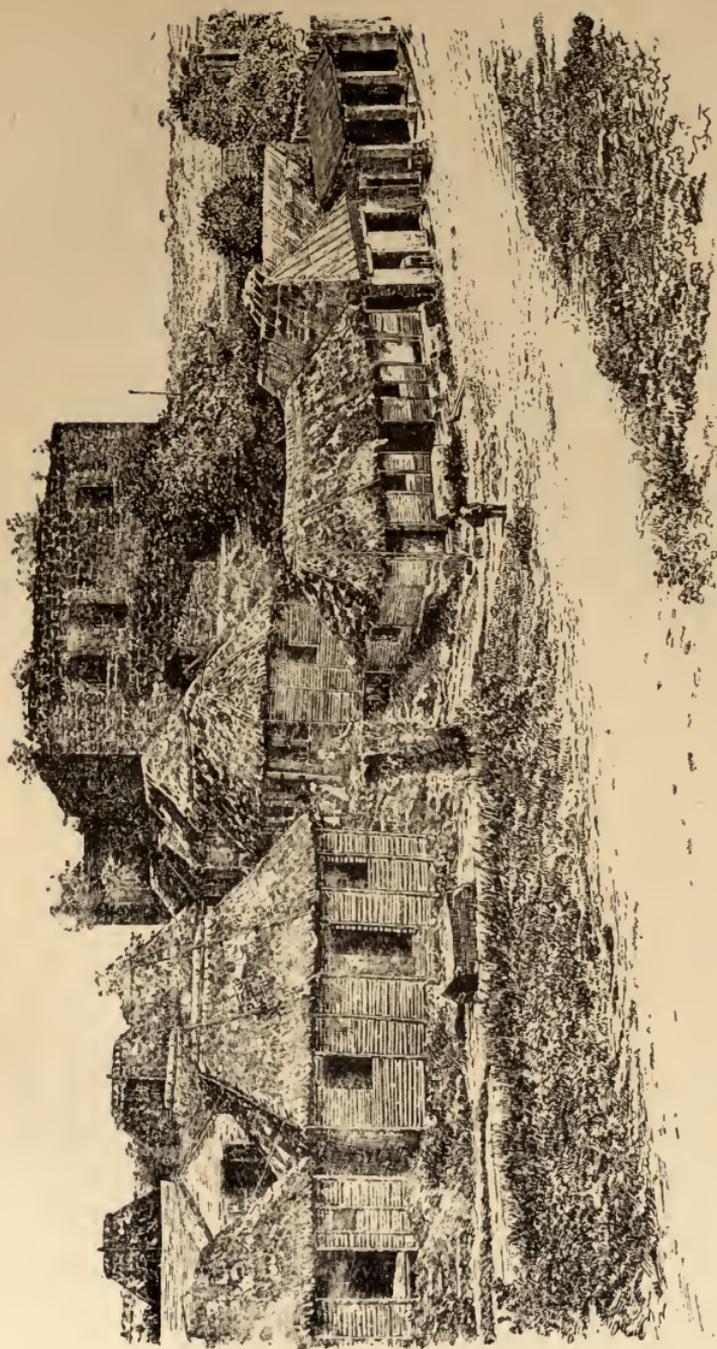
Pero no habían terminado para Colón las tribulaciones y los desengaños, pues a pesar de su mundo y de su experiencia no conocía aún a los hombres. A las quejas de los descontentos siguieron las intrigas de los cortesanos y de los envidiosos, quienes se servían de los desórdenes de la colonia para esparcir las más injuriosas imputaciones contra Colón y su hermano, a los que acusaban de opresores de españoles e indios, de que convertían en provecho propio los públicos intereses, suponiéndolos desleales y acusándolos de abrigar el pensamiento de erigirse un señorío independiente en los dominios de las Indias. No faltaban envidiosos de su fama que, ambicionando ocupar su puesto, trabajaban incesantemente empleando todo género de artificios para hacer sospechoso a Colón y desconceptuarle ante los Reyes.

Aquellos a quienes Colón había enviado a España vengábanse con menos disimulo, pidiendo a voz en grito ante el propio rey Fernando, cada vez que éste salía de

la Alhambra, se les satisficieran las pagas que, según decían, les había quedado a deber el Almirante, llegando las calumniosas voces a tomar tal incremento, que los hijos de Colón D. Diego y D. Fernando, pajes de la Reina, fueron insultados por la plebe, que les llamaba hijos del embaucador aventurero.

A pesar de todo, la reina Isabel mantenía la confianza que depositara en su ilustre protegido, aun cuando recelaba si en el carácter de Colón habría algo que le hiciera poco a propósito para gobernador y excitara las antipatías de sus subordinados. Pero la noticia de la llegada de dos carabelas con 300 esclavos indios cambió la faz de las cosas en menoscabo de Colón, aun cuando el historiador francés, M. Roselly de Lorgues, hace notar que en esto se ha cometido un error histórico debido al modo superficial como se ha tratado siempre la historia del descubridor del Nuevo Mundo, pues según sus investigaciones concienzudas, las medidas que se tomaron contra Colón llevaban la fecha de 21 de Marzo y 21 y 26 de Mayo de 1499, y la llegada de las carabelas cargadas de esclavos tuvo lugar en Diciembre del propio año. Lo que, según él, perdió a Colón fué el viaje de la reina Isabel a Sevilla, donde todos los funcionarios superiores de la marina y de las colonias, apoyados por la burocracia entera, sólo tenían una voz para clamar contra el almirante de las Indias, y donde la opinión pública era unánime en acusar a Colón, asegurando que éste, despreciando la libertad de los indios, había regalado a cada castellano algunos indígenas para que los convirtieran en dinero vendiéndolos en los mercados de Andalucía.

Sea de ello lo que fuere, el alma generosa de Isabel rebelóse ante tamaña inhumanidad y ante tal desprecio de las órdenes que repetidas veces diera a Colón y a cuantos tenían mando en las nuevas regiones, y exclamó en un transporte de indignación: «¿Y cómo se atreve Colón a disponer así de mis súbditos? ¿Quién le ha dado permiso para tener semejantes liberalidades?» E inmediatamente hizo pregonar en Sevilla, Granada y otras ciudades esta orden formal: «Quienquiera haya recibido esclavos del Almirante devuélvalos inmediatamente, bajo



SANTO DOMINGO. — Casa llamada del Almirante, en la cual habitó Colón

pena de la vida, para que sean restituidos a las Indias.»

Desde aquel momento se condenaba a Colón sin haberle oído, lo cual constituía el triunfo de sus enemigos y por consiguiente del ordenador Juan de Fonseca. Fué precisa toda la consideración en que la Reina tenía los servicios del Almirante, para que por aquel solo hecho no decayese totalmente de su gracia. Pero como las quejas contra Colón eran tantas, la Reina se creyó en el deber de enviar por segunda vez un comisario regio, no ya contra el Virrey, sino encargado de averiguar quiénes se habían levantado contra él y contra las justicias reales y proceder contra ellos con todo rigor.

Esta delicada misión se confió al comendador de Calatrava D. Francisco de Bobadilla, que gozaba de gran crédito en la corte y era muy estimado de Fonseca. Los Reyes le nombraron gobernador de Indias, investiéndole de la suprema autoridad y de la más amplia jurisdicción en lo civil y en lo criminal; expidieron provisión para que se le entregasen fortalezas, casas, navíos, armas, pertrechos, mantenimientos, caballos y demás que sus Altezas poseían en aquellos dominios, y le dieron carta de creencia para el Almirante. Sin embargo, el cumplimiento de esta comisión aplazóse algún tanto, quizá porque la Reina quiso dar treguas para ver si podía evitar una medida que tanto le repugnaba.

Muy perplejo se halló Fernando al nombrar esta comisión, vacilando entre un sentimiento justo de lo que merecían los servicios y carácter de Colón y el deseo de despojarle con delicadeza de los poderes que le había dado. Pero las mismas cartas del Almirante fueron al fin un pretexto y no le pareció oportuno desaprovecharle. Colón le había suplicado repetidamente que le enviase alguna persona de probidad y talento, un entendido jurisconsulto que ejerciese las funciones de juez, pero cuyos poderes fuesen tan limitados que no menoscabasen su propia autoridad como virrey. Suplicóle también que nombrara un árbitro imparcial, que diese su fallo en las disensiones con Roldán. Fernando quiso satisfacer sus deseos, mas reuniendo aquellos dos oficios en uno; y

como la persona que nombrara había de decidir en materias enlazadas con las funciones más altas del Almirante y sus hermanos, diósele poder para que si los hallaba culpables, se apoderara él mismo del gobierno, modo muy singular de asegurar su imparcialidad.

Pero Bobadilla demostró con sus actos ser uno de los enemigos encarnizados y encubiertos de Colón. A su llegada a la Española convocó a todos los colonos en la plaza de la iglesia, y, una vez reunidos, hizo leer por un notario el mandato real, después de cuya lectura exigió con amenazador acento la inmediata libertad de los acusados que estaban presos.

Diego Colón, que representaba a su hermano el Almirante, ausente a la sazón, arguyó que los poderes del Virrey eran superiores a los del enviado real y negóse en absoluto a entregar los presos sin autorización de aquél, lo cual enfureció por modo tal a Bobadilla, que exclamó: «Yo os haré conocer que vos y él debéis obedecerme.» Y lanzó al asalto de la fortaleza a los marinos que había traído de España. Hecho esto, ya no se detuvo en tan indigno camino: poseído de orgullo y furioso por la resistencia, apoderóse por fuerza de la casa del Almirante, saqueó sus papeles, destruyó los legajos preparados para la defensa de su gobierno, confiscó sus muebles, se apoderó de los caballos y de cuanto en la casa había, y por último, sin ninguna formalidad, hizo prender a D. Diego y encerrarlo en una de las carabelas, con orden de encadenarle.

Antes de que se le encarcelara, D. Diego tuvo tiempo de enviar un mensaje a su hermano participándole lo que sucedía; el Almirante se puso inmediatamente en camino para Santo Domingo, y poco antes de llegar a dicha ciudad encontró a un mensajero de Bobadilla, quien le presentó la célebre carta credencial, concebida en los siguientes lacónicos términos:

«Don Cristóbal Colón, nuestro almirante del mar
»Océano, hemos ordenado al comendador Francisco de
»Bobadilla, portador de la presente, os diga de parte
»nuestra ciertas cosas de que está encargado. Os roga-
»mos prestéis fe y creimiento, y obréis en consecuencia.»

Después de esta lectura y de la relación que de los sucesos le hizo el mensajero, triste y abatido continuó Colón su camino, a caballo, sin escolta, casi sin servidores, ceñido el cuerpo con el cordón de San Francisco y llevando por única arma su breviario.

Advertido Bobadilla de su llegada, quedó estupefacto, sin poder dar crédito al relato de su mensajero, pues no podía comprender que Colón se sometiera tan fácilmente, teniendo como tenía medios para resistirse. Pero su sorpresa duró poco, y dió la inicua orden de que se encadenara de pies y manos al inmortal descubridor del Nuevo Mundo. Trajeron las cadenas, pero nadie, ni aun los carceleros, se atrevían a infligir tal ultraje al grande hombre, por lo cual no podía cumplirse la bárbara orden del gobernador, cuando se presentó un indio estúpido o rencoroso, el propio cocinero del Almirante, quien se ofreció alegremente a cargar con aquella vergüenza, y con impudente presteza remachó los grillos de su amo. Según Las Casas, que le conoció, llamábase Espinosa.

A los pocos días llegó D. Bartolomé Colón, a quien su hermano exhortó a someterse sin resistencia; y sin ninguna forma de proceso, sin que se dignaran decirle por qué, redujosele a prisión y cargaronle de cadenas a bordo de una carabela, teniendo incomunicados entre sí a los tres hermanos. El comisario Bobadilla formó un registro de cuantas injurias y cuantas calumnias quisieron formularle los enemigos del ilustre preso y sin oír los descargos de éste dispuso enviarle a España aherrojado y custodiado por una guardia, en unión de sus hermanos, embarcándolos a bordo de la carabela *La Gorda*, custodiados por el oficial Alonso de Vallejo.

En cuanto *La Gorda* se hubo alejado de la isla, Vallejo, que había tenido que disimular su cólera ante el ultraje y la infamia cometidas con el célebre navegante, comunicó sus impresiones al capitán del buque, el viejo marino Andrés Martín, quien también se hallaba indignado al ver preso y con grillos al vencedor del mar de las Tinieblas, y ambos a dos, llenos de respeto, presentáronse a Colón proponiéndole desembarazarle de sus cadenas. «No, contestó el Almirante con dignidad, agradezco

»vuestra buena intención, pero mis soberanos me han
»escrito que me sometiese a todo lo que Bobadilla me
»ordenase en su nombre; y pues él me ha cargado con
»estos hierros, yo los llevaré hasta que ellos ordenen que
»me sean quitados, y los conservaré siempre como un
»monumento de la recompensa dada a mis servicios.»

Y según dice su hijo Fernando, los tuvo siempre col-
gados en su gabinete y pidió que cuando muriese los
enterrasen con él.



Bosque virgen

CAPÍTULO VI

EFEITOS DE LA LLEGADA DE COLÓN A ESPAÑA. — SU ENTREVISTA CON LOS REYES. — NICOLÁS DE OVANDO, GOBERNADOR DE LAS INDIAS. — CUARTO Y ÚLTIMO VIAJE DE CRISTÓBAL COLÓN.

Rápida fué la travesía, cual si los Cielos se complaciesen en abreviar la cautividad del ilustre marino. El 20 de Noviembre llegó a la rada de Cádiz, y la opinión pública, al verle en aquel estado, sufrió una de esas reacciones tan frecuentes cuando se extrema la persecución contra un personaje que ha prestado eminentes servicios, máxime cuando se trasluce la venganza y el odio personal. El interés y la compasión que por todas partes excitaba el ilustre preso, aumentaban la indignación hacia el hombre que con tal inhumanidad había tratado al ilustre navegante que acababa de dar a España un vasto imperio colonial, y los mismos que antes declamaban contra el Almirante eran ahora los primeros en alzar el grito contra su odioso perseguidor.

Entretanto Colón hizo remitir una extensa carta a D.^a Juana de la Torre, virtuosa señora que había sido nodriza del hijo de la Reina y gozaba para con ésta de merecido crédito. La corte de los Reyes residía entonces en Granada, y cuando D.^a Juana dió a conocer la carta de Colón a la Reina, ésta se conmovió profundamente y no ocultó su indignación al ver de qué manera se habían cumplido sus órdenes y abusado de su con-

fianza. Inmediatamente los Reyes se apresuraron a enviar a Cádiz un correo extraordinario, ordenando se pusiera al punto en libertad al ilustre cautivo y se le entregaran dos mil ducados de oro para atender a sus primeras necesidades y a las de sus hermanos: al propio tiempo el correo entregó al Almirante una carta de la reina Isabel, que ésta había hecho firmar también por el rey Fernando, deplorando una ofensa que personalmente les alcanzaba.

Colón partió para Granada, y el 17 de Diciembre de 1500, ocho años después del descubrimiento del Nuevo Mundo, presentóse ante los Reyes, acompañado de sus dos hermanos. La recepción fué aparatosa, pero más patética y no menos tierna que la que los Reyes hicieron al ilustre marino en Barcelona. Fué una pública reparación de la injusticia cometida, en nombre de los Reyes, con un hombre al que tanto se debía, y los monarcas no ocultaron su amargo disgusto por los insultos que le infligiera su indigno enviado. El Almirante habló poco en presencia del Rey, de quien sabía no estaba mucho de su parte; pero luego, en la audiencia particular que le concedió la reina Isabel, destruyó en pocas palabras todas las acusaciones de sus enemigos. Las lágrimas de Isabel confundieronse con las de Colón y fueron un bálsamo consolador para el corazón del desgraciado almirante.

Ambos monarcas prometieron a Colón ser sus más decididos protectores y hacer imparcial justicia con sus enemigos, devolviéndole entretanto todos sus honores, a excepción del título y mando de virrey y gobernador de las Indias, quizá porque no les pareció prudente enviarle de nuevo donde tantos enemigos tenía.

Por lo que leemos en los escritos contemporáneos, nada contribuyó tanto a justificar al Almirante como las noticias recibidas de Santo Domingo referentes a la conducta de Bobadilla, quien ante todo esforzóse en aumentar el odio que en la isla sentían por Colón. A excepción de algunos oficiales, el resto era un amasijo de la más vil canalla y de gran número de criminales, salidos de las prisiones de Castilla, sin modales, sin religión, que sólo

habían ido allí para enriquecerse, persuadidos de que las leyes no rezaban con ellos. Además, había gente de todas las provincias de España, entre las cuales existen siempre insuperables antipatías, fuente de disputas y divisiones, funestas siempre, máxime en una colonia de reciente creación en la que de ordinario existen descontentos. El nuevo gobernador, adoptando una conducta del todo opuesta a la del Almirante, cometió grandes faltas; púsose de parte de los bribones, vejando en todas ocasiones a las gentes honradas y tratando a los insulares fuera de toda prudencia y equidad. Tantos excesos cometió en pro de los españoles y contra los pobres naturales que puede decirse sometió la isla entera a la más dura esclavitud, lo cual en nada favorecía ni acrecentaba el afecto al cristianismo y el dominio de los Reyes Católicos.

Súpose en la corte la manera como se trataba a los habitantes de la isla, y ello provocó la indignación de los soberanos, que ya tenían resuelto llamar a Bobadilla, como justa satisfacción debida al Almirante. Para suceder a Bobadilla acordaron los Reyes valerse de un hombre de carácter templado y de reconocida prudencia y sagacidad, capaz de restablecer sólidamente la tranquilidad de la colonia y de la isla, eligiendo a D. Nicolás de Ovando, comendador de Lárez, de la orden de Alcántara, hombre íntegro y virtuoso, a quien no obstante faltábase el temple y la grandeza de alma que son necesarios para ciertos cargos y situaciones críticas.

Diéronle orden de equipar una flota de treinta y dos naves, en la que debían de embarcarse dos mil quinientos hombres, sin contar la tripulación, muchos de ellos pertenecientes a las más distinguidas familias de Castilla, pues la reina Isabel tenía el firme propósito de excluir del Nuevo Mundo a todos los que no fuesen castellanos. Dióse a Ovando la orden de que en cuanto llegase enviara a España a Bobadilla para ser juzgado, se indemnizara a Colón y a su hermano de los bienes de que les despojó Bobadilla, y se les asegurara la posesión y libre goce de sus legítimos derechos y rentas. Isabel declaró libres a los indios y ordenó al gobernador y a todas las

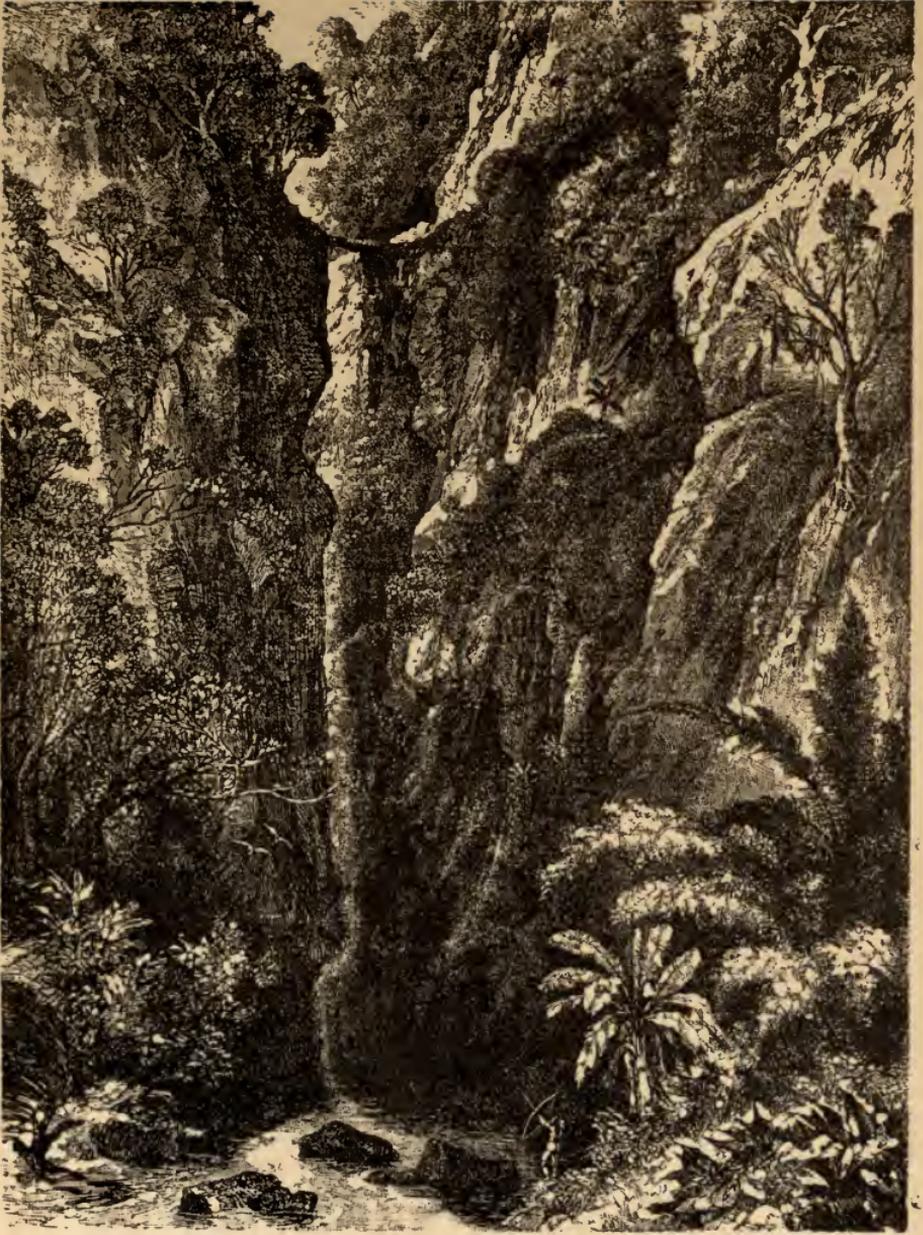
autoridades de la Española los respetaran y tratasen como a buenos y leales vasallos de la Corona.

Tardó, sin embargo, la flota en estar dispuesta, y Ovando no se embarcó hasta el 15 de Febrero de 1502 en Sanlúcar. A los pocos días de navegación, cerca de Canarias, arrostró una horrible borrasca que dispersó la escuadrilla y echó a pique uno de los mayores buques tripulado por cincuenta hombres. Los demás barcos volvieron a reunirse felizmente en la Gomera, en donde compraron un navío para reemplazar al que se había sumergido, tripulándolo con españoles de los que residían en Canarias. Luego dividió Ovando su escuadra en dos secciones, poniendo bajo sus órdenes la que creyó mejor velera y dejando la otra al mando de Andrés de Torres.

El 15 de Abril llegó a Santo Domingo, y Bobadilla, que fué a recibirle en la playa y le condujo a la fortaleza, quedó no poco sorprendido al verse tan pronto reemplazado en sus funciones y abandonado de todos, al par que se reconocía a Ovando como nuevo gobernador. Roldán, juez supremo, y sus principales cómplices, fueron también procesados, y Ovando los redujo a todos a prisión y los distribuyó entre los varios buques de la escuadra para que fuesen reconducidos a España.

Entretanto Cristóbal Colón, a pesar de sus años y de sus enfermedades, de las persecuciones y de los disgustos, pensaba que aún podía prestar algunos servicios a los reyes de España y en particular a su constante protectora la reina Isabel, y que no debía renunciar a su gloriosa carrera de descubrimientos ni a su afán de más de treinta años de llegar a las Indias sin doblar el Africa, y más que nada debía intentar la realización de su dorado sueño, el rescate del Santo Sepulcro de Jerusalén, a cuya empresa se creía obligado a incitar a sus soberanos y a cuyo objeto pretendía se dedicaran las ganancias y el fruto de sus descubrimientos levantando un ejército de cincuenta mil soldados de a pie y cinco mil caballos.

La llegada del español Rodrigo de Bastidas a la ensenada donde después se fundó el puerto de Nombre de



El Río Negro en Guadalupe

Dios, en el golfo de Darién, y el descubrimiento del camino de las Indias por el cabo de Buena Esperanza, hecho por el portugués Vasco de Gama, estimularon a Colón, quien se ofreció con juvenil ardor a emprender un nuevo viaje para comprobar sus cálculos y conjeturas. En este viaje debía acompañarle su segundo hijo Fernando, el mismo que después fué su fiel historiador, y su hermano Bartolomé, el Adelantado, quien, aun cuando se resistió mucho, acabó al fin por ceder a los ruegos del Almirante. El otro hermano de éste, D. Diego, había abrazado el estado religioso.

Diéronle gusto los Reyes y le escribieron una afectuosa carta asegurándole el cumplimiento de sus promesas, y que por juro de heredad perpetuarían en su familia todos sus honores y privilegios; pero no dejó de sorprender que para esta expedición no se le proporcionaran más que cuatro carabelas con ciento cincuenta tripulantes, miserable armamento comparado con la magnífica escuadra que se diera a Ovando. Mas acostumbrado el insigne marino a desafiar los peligros del mar y a acometer arriesgadas empresas con escasos recursos, aceptó los barcos que se le ofrecían y emprendió su cuarta y última expedición, haciéndose a la vela en Cádiz en 9 de Mayo de 1502.

Favorecida constantemente por un tiempo propicio, la flota llegó a la Martinica el 15 de Junio, y al día siguiente a la Dominica, a Santa Cruz y a Puerto Rico. Según Wáshington Irving y otros escritores, los Reyes habían prohibido a Colón tocar en la Española; pero según Navarrete, la instrucción que los Reyes dieron al Almirante sólo decía: «*Habéis de ir vuestro viaje derecho, si el tiempo no os feciere contrario*, a descubrir las islas e Tierra Firme, etcétera.» Sea como fuere, la necesidad de tomar agua y reparar algunas averías de sus buques obligó a Colón a echar anclas a la vista de Santo Domingo y pedir a las autoridades le permitieran recalar por averías en la ciudad que él había fundado.

Mas ¿quién lo creyera? El gobernador Ovando se negó bruscamente a permitir a Colón lo que hubiera concedido al más obscuro piloto: no quiso dar momentáneo abrigo al

mismo hombre sin el cual no habría isla para los españoles ni gobierno para él. El Cielo se encargó de castigar tamaña ingratitud; Colón, que, en sus profundos conocimientos meteorológicos, había observado en el horizonte señales de próxima tormenta, vengóse a su manera de Ovando, aconsejándole no permitiera aparejar la flota que en aquellos momentos se disponía a partir para España, llevando a su bordo a Bobadilla y los revoltosos de la Española, algunos hidalgos al parecer descontentos y desengañados, pero en realidad ahitos de oro. Además de los tesoros mal adquiridos de Bobadilla y sus secuaces, embarcó Ovando otras riquezas, entre ellas la famosa pepita de oro, la mayor que la historia haya mencionado, cuyo peso era de tres mil seiscientos escudos de oro.

Al verse rechazado Colón de Santo Domingo y seguro como estaba de la proximidad de la tormenta, buscó refugio para su flotilla, que halló en una pequeña ensenada bastante abrigada y en la que aguardó que pasara el huracán. Empero el nuevo gobernador, lo propio que los marinos y los pasajeros, rieronse de las predicciones del «falso profeta», como le llamaban, insinuando que se hallaba en la edad en que el hombre empieza a chochar, y salió la flota, compuesta de diez y ocho buques.

No tardaron los pilotos en observar las seguras señales de próxima tormenta; pero ya no era dable retroceder. Desencadenóse la tempestad con sin igual furor, y no es para descrita la angustia experimentada por pasajeros y tripulantes al obtener el convencimiento de que no había salvación para los buques. Todo eran lamentaciones y gritos que se perdían confundidos con el fragor del trueno, los bramidos del mar y los silbidos del huracán. Catorce o quince naves se tragarón las embravecidas olas, entre ellas las en que iban Bobadilla y demás enemigos de Colón, pereciendo multitud de españoles y perdiéndose más de 200,000 castellanos de oro. Sólo dos o tres barcos medio sumergidos consiguieron arribar a Santo Domingo, mientras el más pequeño, *La Aguja*, continuaba su viaje hacia España, donde llevó la noticia

del desastre y la parte que pertenecía al Almirante, consistente en unas cuatro mil onzas de oro. Pasada la tormenta, Colón, que casi había presenciado el desastre desde el sitio en que se abrigara, dióse a la vela, alejándose de aquella inhospitalaria tierra.

La corriente ecuatorial que había descubierto en su anterior viaje arrastróle hacia la costa meridional de Cuba, luego una serie de tempestades internáronle de nuevo en alta mar, donde permaneció ochenta días sin ver el sol ni las estrellas, con sus buques medio destruidos, las velas desgarradas, enfermos muchos de sus tripulantes y descorazonados los demás. Cuando el Almirante pudo aproximarse a tierra, hallóse en las costas del continente, a la altura del cabo de Honduras. Después de descubrir la Guayana y atravesar el golfo de Honduras, en vez de hacer rumbo hacia Occidente, como le indicaban los naturales que traían de allá el oro, lo cual le hubiera conducido a las costas mejicanas, tomó al Sur, y el 14 de Septiembre de 1502 había explorado aquella costa hasta el cabo Gracias a Dios.

Con la idea constante de descubrir una comunicación con el mar de las Indias, arribó al golfo de Darién, con grandes trabajos exploró la costa meridional e hizo varios viajes al interior en busca del paso que había soñado, sin lograr lo que buscaba y sin llegar a saber que se hallaba en el istmo de Panamá, que separa el golfo de Méjico del Océano Pacífico, y que detrás de aquellas montañas se extendía el por él suspirado mar del Sur.

«En este reconocimiento, dice un ilustrado escritor, adquirió únicamente la triste prueba de que el paso que había imaginado no existía, y no tuvo el consuelo de poder decir que si se había frustrado su esperanza era porque la misma Naturaleza se ha engañado en sus esfuerzos, puesto que parece haber intentado abrir uno, y no ha podido conseguirlo.»

Siguió la costa al Este, y el 2 de Noviembre ancló en un puerto seguro y cómodo, rodeado de tierras cultivadas y de graciosas habitaciones, sombreadas por magníficas palmeras y árboles frutales. Allí estuvieron algunos días a causa de la lluvia, y el día 9 volvieron a hacerse

a la mar, ganoso el Almirante de proseguir la exploración de la costa.

Según cuenta M. Roselly de Lorgues, moderno historiador de Cristóbal Colón, tres días después la fuerza del viento le obligó a refugiarse en una estrecha cala, cuya entrada, más angosta aún, sólo ofrecía la ventaja de detener las oleadas. Las carabelas estaban tan próximas a la orilla, que los marineros podían bajar a tierra de un salto: durante nueve días les retuvo el mal tiempo en aquella cala, a la que el Almirante dió el nombre de *el Retrete*.

Los indígenas, pacíficos y confiados, lleváronles víveres y objetos de oro y les trataron familiarmente durante los canjes de productos, que Colón hacía vigilar. Desgraciadamente, alentados por la facilidad de saltar a tierra, algunos marineros, burlando la vigilancia de los oficiales, escapáronse por la noche y fueron a las cabañas donde tan hospitalariamente se les recibiera de día, y tanto por sus violencias como por su rapacidad irritaron a los habitantes, quienes, furiosos, atacaron entonces las carabelas. Penetrado de dolor, Colón hizo todo lo posible para evitar la efusión de sangre, ensayando todos los medios para apaciguarlos; pero los indios, atribuyéndolo a impotencia, enardecieronse, les arrojaron flechas y se prepararon para el abordaje, en vista de lo cual el Almirante hizoles un disparo con una pieza de grueso calibre que les apuntó el primer artillero Mateo, cuyos efectos les hicieron huir temblando a ocultarse en los montes.

El cuarto viaje de Colón fué una continuada serie de sufrimientos. Con escasas excepciones, durante cuatro meses los vientos contrarios, las lluvias torrenciales, los bruscos cambios de temperatura habían agotado las fuerzas y abatido la moral de las tripulaciones, y todos pedían a gritos el regreso a España. A esto debía añadirse el mal estado de los buques, la escasez de los víveres, todo lo cual decidió al Almirante a retroceder y a visitar las minas de oro de Veragua, de las cuales los indígenas daban noticias fabulosas.

Una vez fuera del puerto fué su intento hacer rumbo

al Oeste; pero una violenta tempestad llevóle mar adentro, arrastrado y combatido por enormes oleadas. Para colmo de infortunio, Colón cayó gravemente enfermo, permaneciendo durante nueve días entre la vida y la muerte. Combatida la flotilla por contrarios vientos, errando al azar, expuesta a cada instante a sumergirse o a estrellarse contra los escollos, las cuatro carabelas eran juguete de las encrespadas olas.

«El mar, dice el hijo del Almirante, tenía el color de sangre y parecía hervir como caldera sobre un gran fuego. Jamás se había visto el cielo con un aspecto tan espantoso: durante un día y una noche ardió como un horno.»

Los fenómenos meteorológicos adquieren en las regiones intertropicales inmediatas a la corriente ecuatorial, una fuerza y una majestad desconocidas en nuestras regiones. Por esto los relámpagos se sucedían sin interrupción, y la atmósfera era tan ardiente, que el propio Colón, a pesar de su extrema postración, incorporábase en el lecho para ver si aún existían los mástiles y las velas de su buque. A tales fenómenos sucedieron impetuosas lluvias, tan espesas, que parecían haberse abierto las cataratas del cielo, durando por espacio de ocho días.

Combatidos por tan continuadas tormentas, los buques se hallaban en lastimoso estado, habiendo perdido ya dos veces lanchas, anclas y cables; las tripulaciones no podían ya resistir al insomnio, la fatiga y el temor de verse sepultados en el mar. Pero aún no había llegado lo más terrible. El martes 13 de Diciembre de 1502, mientras el Almirante, sumido en su lecho de dolor, luchaba con los sufrimientos, un grito desgarrador salió de todas las carabelas, resonando en el alma del moribundo, quien, reanimándose ante el presentimiento del peligro y el inminente temor de la destrucción, saltó del lecho y salió del camarote para hacerse cargo de la situación.

A su escrutadora mirada presentóse un fenómeno horrible. El mar, agitado en un punto del espacio por un movimiento giratorio, hinchábase y levantábase cual montaña, pareciendo unirse con una negra nube que en forma de cono invertido se alargaba hacia el torbellino

de las olas. Era una de esas trombas marinas, entonces muy poco conocidas, y que tantos buques han echado a pique.

Ante tal espectáculo el Almirante quedó perplejo, viéndose impotente para huir de aquel peligro. Pero recordando una religiosa costumbre de los marinos, hizo encender cirios benditos en los fanales de a bordo, ciñóse la espada encima del cordón de San Francisco que siempre llevaba, y tomando el libro de los Santos Evangelios, de pie en la popa de su carabela, de cara a la tromba, leyó con potente voz el evangelio de San Juan: «En el principio era el Verbo, el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.....» y después de pronunciar las últimas palabras..... «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros», lleno de ardiente fe, sacó la espada y con el cortante acero trazó en el aire la señal de la cruz. ¡Oh prodigio! la tromba quedó inmediatamente deshecha y sus restos fueron a perderse en la inmensidad del espacio.

Deshecha la tromba, calmóse el mar, y la flotilla pudo continuar su penosa travesía en medio de los sufrimientos del hambre, porque los escasos víveres de abordo estaban corrompidos. Tanto padecieron en el corto viaje de Portobello a Veragua, que el Almirante llamó a aquella costa la *Costa de los Contrastes*.

Por fin llegaron a Veragua, y D. Bartolomé Colón arriesgóse con algunos hombres resueltos a explorar el interior del país en busca de los más ricos terrenos auríferos, siendo recibido favorablemente por los naturales y el mismo *quibían* (jefe) de la comarca. Pero aquella amable acogida tributada a los españoles era falsa y ocultaba siniestros propósitos, que fueron descubiertos por Diego Méndez, apasionado admirador de Colón, a quien enteró de los proyectos de los conjurados.

Méndez, acompañado del marino Rodrigo de Escobar, arriesgóse a llegar a la vivienda del *quibían* con objeto de enterarse del plan de los conjurados, y aun cuando los naturales opusieronle muchos obstáculos, logró por fin su objeto haciéndose pasar como cirujano que iba a curar las heridas del jefe. Este, disimulando sus verdaderas intenciones de matar a todos los españo-

les, había reunido sus guerreros, en apariencia para combatir al cacique de Cobrava, con quien había tenido algunas escaramuzas y en una de las cuales resultó herido en un muslo.

Cuando Diego Méndez se hubo enterado de cuanto deseaba saber, buscó y halló el medio de salir y escapar de aquel sitio, corriendo a referir al Almirante cuanto había descubierto y asegurándole que estaban todos perdidos si no se apoderaban inmediatamente del *quibián*. D. Bartolomé, con ochenta hombres, encargóse del arresto, que se llevó a cabo con toda felicidad y sin efusión de sangre. Pero cuando se le conducía por el río en una lancha, custodiado por el coloso subteniente Juan Sánchez, quien le llevaba atado con una cuerda cuyo extremo tenía en la mano, aprovechóse de una distracción de su guardián y de un violento salto lanzóse al mar, en cuyo fondo desapareció, haciendo caer al Sánchez, que instintivamente soltó la cuerda.

Furioso y respirando venganza, el *quibián*, que nadaba entre dos aguas como un pez, pudo, a favor de la obscuridad de la noche, reunirse con sus gentes, y fácil es de concebir lo que sucedió después. Diezmados por las emboscadas de los indios, el Adelantado y sus escasos compañeros, casi todos heridos, viéronse acorralados sin salida posible, sumiendo a Colón en terrible ansiedad.

Atormentado el Almirante por la fiebre, abrumado por tantas fatigas y contrariedades, toda esperanza de salvación habíase extinguido en su alma. Pero, armándose de todo el valor que le quedaba, subió al lugar más elevado, pidiendo en vano socorro a los cuatro vientos, rodeado de sus capitanes deshechos en lágrimas. Quebrantado, cayó al pie del mástil y se durmió, y según él mismo escribió a los Reyes, durante su sueño oyó una piadosa voz que le decía:

«¡Oh estulto y tardo a creer y a servir a tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo Él más por Moisés o por David su siervo? Desde que naciste, siempre Él tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que Él fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo, te las dió por

»tuyas; tú las repartiste adonde te plugo, y te dió poder
 »para ello. De los atamientos de la mar oceána, que es-
 »taban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves
 »y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los Cristianos
 »cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo al más alto pue-
 »blo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿Ni por David,
 »que de pastor hizo rey en Judea? Tórnate a Él y conoce
 »ya tu yerro: su misericordia es infinita: tu vejez no
 »impedirá a toda cosa grande: muchas heredades tiene
 »Él grandísimas. Abraham pasaba de cien años cuando
 »engendró a Isaac, ¿ni Sara era moza? Tú llamas por
 »socorro incierto: responde, ¿quién te ha affligido tanto
 »y tantas veces, Dios o el mundo? Los privilegios y pro-
 »mesas que da Dios no las quebranta ni dice después de
 »haber recibido el servicio que su intención no era ésta,
 »y que se entiende de otra manera, ni da martirios por
 »dar color a la fuerza: Él va al pie de la letra: todo lo que
 »Él promete, cumple con acrescentamiento: ¿esto es uso?
 »Dicho tengo lo que tu Criador ha hecho por ti y hace
 »con todos. Ahora medio muestra el galardón de estos
 »afanes y peligros que has pasado sirviendo a otros. Yo
 »así amortecido oí todo; mas no tuve yo respuesta a
 »palabras tan ciertas, salvo llorar por mis yerros. Acabó
 »Él de hablar, quienquiera que fuese, diciendo: No temas,
 »confía: todas estas tribulaciones están escritas en piedra
 »mármol, y no sin causa.»

Esta visión reanimó al Almirante y casi en seguida
 tuvo una prueba sensible de la protección del Cielo. Por
 fin pudieron levar anclas, llevando consigo a los soldados
 arrebatados del poder del enemigo. Pero parecía que los
 vientos espían su salida para desencadenarse con toda
 violencia contra sus buques, que ya no tenían fuerzas
 para resistirlos y veíanse arrastrados tan pronto hacia
 Oriente como hacia Poniente. Por fin llegó a las costas
 de Jamaica con sólo dos buques destartados, y gracias
 a los naturales que, aunque con alguna desconfianza, les
 proporcionaron víveres, pudieron reparar sus abatidas
 fuerzas.

Pero no podían permanecer mucho tiempo allí; era
 preciso arribar a Santo Domingo, pues sus escasos y des-



Selva virgen

contentos compañeros empezaban a insolentarse y trataban de abandonarle para volverse a Europa. Tras de no pocos esfuerzos y contrariedades llegó Colón a Santo Domingo, conducido como náufrago por una carabela que Ovando había enviado en su busca, a ruegos de Diego Méndez, que en una canoa y después de infinitos riesgos consiguió llegar a la Española, donde Ovando le retuvo más de un año.

Por fin el 12 de Septiembre de 1504 salió Colón para siempre de la isla Española, en un mediano buque fletado a sus expensas, y después de un penoso viaje en que sufrió terribles borrascas y privaciones sin cuento, llegó en el más deplorable estado a España en 7 de Noviembre de 1504, fondeando en el puerto de Sanlúcar.

CAPÍTULO VII

MUERTE DE CRISTÓBAL COLÓN. — SU TESTAMENTO. JUICIOS DE ALGUNOS ESCRITORES

A su llegada a España aguardaba al Almirante una horrible decepción. La reina Isabel, su postrera esperanza en pro de los pobres indios, la noble dama que constantemente le había protegido contra el odio de sus enemigos, la gran reina de Castilla se hallaba moribunda.

Diego Méndez, el fiel servidor de Colón, que había salido de Santo Domingo mucho antes que el Almirante siendo portador de la carta que éste había escrito desde la Jamaica a los Reyes Católicos, llegó a España y se encaminó a Medina del Campo, donde la Reina se hallaba enferma; ésta recibió la carta y quiso conocer de labios del mensajero todos los detalles de tan penoso viaje, ofreciendo luego recibir en audiencia a Colón y colmarle de honores.

Cuando Colón llegó a Sevilla reuniósele su fiel Diego Méndez, el cual después de explicarle su entrevista con la moribunda reina, exhortóle a que corriera al lecho de muerte de su noble protectora. Enfermo, pobre y abatido a consecuencia de aquella desastrosa expedición, ¿cómo trasladarse a Medina del Campo? El frío era intenso y Colón incapaz de sostenerse a caballo, por lo que delegó a su hermano D. Bartolomé y a su hijo don Fernando para que fuesen en su lugar; pero en el momento de ponerse en camino recibióse en Sevilla la dolorosa noticia de la muerte de la soberana.

La mayor contrariedad que podía experimentar Colón y la noticia para él más funesta era la muerte de la reina Isabel, que nadie lloró más sinceramente que él. Empero, hombre de fe y de creencias religiosas, procuró mostrarse resignado. «Lo principal es, decía a su hijo D. Diego, »encomendar afectuosamente con mucha devoción el »ánima de la Reina nuestra señora a Dios. Su vida siempre fué católica y santa y pronta a todas las cosas de »su santo servicio y por esto se debe creer que está en »su santa gloria, y fuera del deseo de este áspero y fatigoso mundo.» Luego le recomendaba se esmerara y desvelase en servicio del Rey, procurando ahorrarle disgustos, puesto que «su Alteza es la cabeza de la cristianidad, y como dice el proverbio, cuando está enferma »la cabeza, todos los miembros también lo están».

Como se le debían sumas considerables, escribió varias cartas, sin que el astuto Fernando se dignase darle la menor contestación: limitábase a hacer protestas verbales al hijo del Almirante, aplazando para más tarde las satisfacciones pedidas. Al propio tiempo encargaba Colón a su hermano Bartolomé y a su hijo Fernando para que en unión de su primer hijo Diego, que residía en la corte, gestionasen del Rey se le cumpliesen las estipulaciones, remediase sus necesidades, le repudiese en sus derechos, y proveyese también en muchos asuntos y negocios de Indias que requerían «remedio cierto, presto y de brazo sano». Mas las circunstancias no eran muy favorables, y aunque al Rey no le convenía desatender lo de las Indias, ocupábanle demasiado sus propios asuntos y faltábale tiempo para prestar la atención debida a las justas reclamaciones de Colón.

Suplicó también a su buen amigo y patrono Fr. Diego de Deza, obispo de Palencia, alcanzase del Rey le hiciesen justicia, y decía: «Parece que su Alteza no juzga »a propósito cumplir las promesas que recibí de Ella y »de la Reina (que se halla ahora en el seno de la gloria), »bajo su palabra y su sello. Luchar contra su voluntad »sería luchar contra el viento. He hecho todo lo que debía. »Dejo lo demás a Dios, que me ha sido siempre propicio »en todas mis necesidades.»



Muerte de Cristóbal Colón

Cuando hubieron cesado los rigores invernales, que tan contrarios eran a los padecimientos físicos del Almirante, en particular a los pertinaces ataques de gota que sufría, en la primavera de 1505 pudo trasladarse en una mula a Segovia, donde se hallaba la corte, y el que pocos años antes había entrado en triunfo en Barcelona, acompañado por la nobleza y caballería de España, y aclamado con entusiasmo por la multitud, llegó a las puertas de Segovia melancólico, solitario y desairado, oprimido más por la pasión de ánimo que por los años o las enfermedades. Cuando se presentó en la corte no encontró huella alguna de aquella atención distinguida, de aquella cordialidad bondadosa, de aquella simpatía vivificadora que sus altos servicios y recientes padecimientos merecían. Fernando V había perdido de vista sus pasados servicios, por lo que le parecían importunidad e inconveniencia sus peticiones presentes. Le recibió, pues, con muchas protestas de bondad y con aquella sonrisa fría que pasa por el rostro como un rayo del sol hiemal sin comunicar calor al corazón.

Aseguróle el Rey que no sólo le cumpliría lo pactado, sino que además pensaba remunerarle con más amplios honores en Castilla, lo cual indicaba que Fernando no creía oportuno restablecerle en el gobierno y virreinato de las Indias, quizá por recelar que las continuas insubordinaciones en los países descubiertos debíanse, en parte al menos, al carácter de Colón, cuya quebrantada salud le inhabilitaba para dicho mando.

Pero ninguna razón podía alegar para privarle de las rentas y derechos que le correspondían según el pacto concertado con los Reyes, permitiendo que viviese de prestado y contrajese deudas aquel que le había dado tan ricos territorios. El mismo Colón lo había escrito a su hijo en el seno de la intimidad: «Después de veinte años de servicios y de fatigas, después de tan grandes peligros, no poseo en España un techo para abrigar mi cabeza. Si quiero comer y dormir véome precisado a ir a la hospedería, y la mayoría de las veces no tengo con qué pagar mi escote.»

Sin duda creería el económico Fernando que la re-

compensa concedida y estipulada en el convenio de Santa Fe era excesiva para un súbdito, aun cuando hubiese prestado tan grandes servicios como el Almirante; y olvidando la digna altivez que éste mostró cuando trataron de escatimársela aun antes de llevar a cabo su proyecto, pretendía ahora contentarle con el pago de sus atrasos y rentas, reduciéndole a fuerza de dificultades y obstáculos a que renunciara a sus dignidades y privilegios por otros estados y títulos en Castilla.

Muy triste debía de ser la situación del Almirante cuando, cansado de dilatorias, de evasivas y de inútiles reclamaciones, vióse en el caso de ofrecer, como último recurso, sus servicios a los reyes D. Felipe y D.^a Juana, que acababan de llegar a España, haciéndolo en los siguientes sentidos términos: «Por ende, humildemente suplico a VV. AA. que me cuenten en la cuenta de su leal vasallo y servidor, y tengan por cierto que bien que esta enfermedad me trabaja así agora sin piedad, que yo les puedo aún servir de servicio que no se haya visto su igual. *Estos revesados tiempos y otras angustias en que yo he sido puesto contra tanta razón, me han llevado a gran extremo.* A esta causa no he podido ir a VV. AA. ni mi hijo. Muy humildemente les suplico que reciban la intención y voluntad como de quien *espera de ser vuelto en mi honra y estado como mis escrituras lo prometen.* La Santa Trinidad guarde y acreciente el muy alto y real estado de VV. AA.»

El vigor del espíritu engañaba al Almirante, pues los dolores físicos le acababan, y aun cuando el alma se mantuviese firme, desfallecía el cuerpo y sus días eran muy contados. Convencido al fin de que se aproximaba su última hora, el 19 de Mayo de 1506 otorgó en Valladolid un codicilo en que confirmaba las disposiciones testamentarias hechas en 1502, instituyendo por heredero principal a su hijo D. Diego, y substituyéndole en caso de morir sin sucesión con su hijo natural Fernando, y en caso de fallecer ambos sin hijos, pasase la herencia a su hermano D. Bartolomé y a sus descendientes. «E mando, decía, al dicho D. Diego, mi fijo, o a quien heredare, que no piense ni presuma amenguar el dicho mayorazgo,

»salvo acrecentalle é ponello: es de saber, que la renta
»que él hubiese sirva, con su persona y estado, al Rey e
»la Reina nuestros señores, e al acrescentamiento de la
»Religión cristiana.»

Después de hacer todas sus disposiciones testamen-
tarias, con objeto de dejar arreglados sus asuntos en la



Valladolid. — Casa donde se supone que falleció Colón

tierra, consagróse al cuidado de su alma, recomendando
antes a sus dos hijos y a varios frailes franciscanos que
rodeaban su lecho, que enterraran con él las cadenas
pendientes en su aposento. Luego pidió el Viático y la
Extremaunción, que recibió con toda la unción religiosa
de su alma creyente, y por fin, después de pronunciar
con profundo acento las palabras: «Señor, en tus manos
encomiendo mi espíritu», dió su último suspiro.

Era el 20 de Mayo de 1506, festividad de la Ascensión, a medio día.

Así murió casi olvidado el hombre que había descubierto un nuevo mundo, dado a España inmensos y ricos territorios y mostrado a Europa el camino para nuevos descubrimientos, que no dejaron de aprovechar con fruto otros navegantes y conquistadores.

Los franciscanos cumplieron los postreros deseos del moribundo. Después de amortajarle con el hábito de la Orden Terciaria, colocaron a su lado en el féretro las cadenas con que la envidia y la ingratitude cargaron las manos y los pies del navegante insigne. Hiciéronle solemnes exequias y su cadáver fué depositado en el convento de San Francisco, de Valladolid, en donde permaneció seis años, al cabo de los cuales el anciano Rey, queriendo quizá engañar la pública opinión, borrar el recuerdo de su injusticia para con el héroe y conquistarse el renombre de monarca justo y agradecido, creyó oportuno ordenar que, a expensas de la Corona, se hiciesen pomposas exequias a los restos del Almirante del mar Océano, y que Castilla concediese dos metros de terreno al hombre que le diera la mitad del globo.

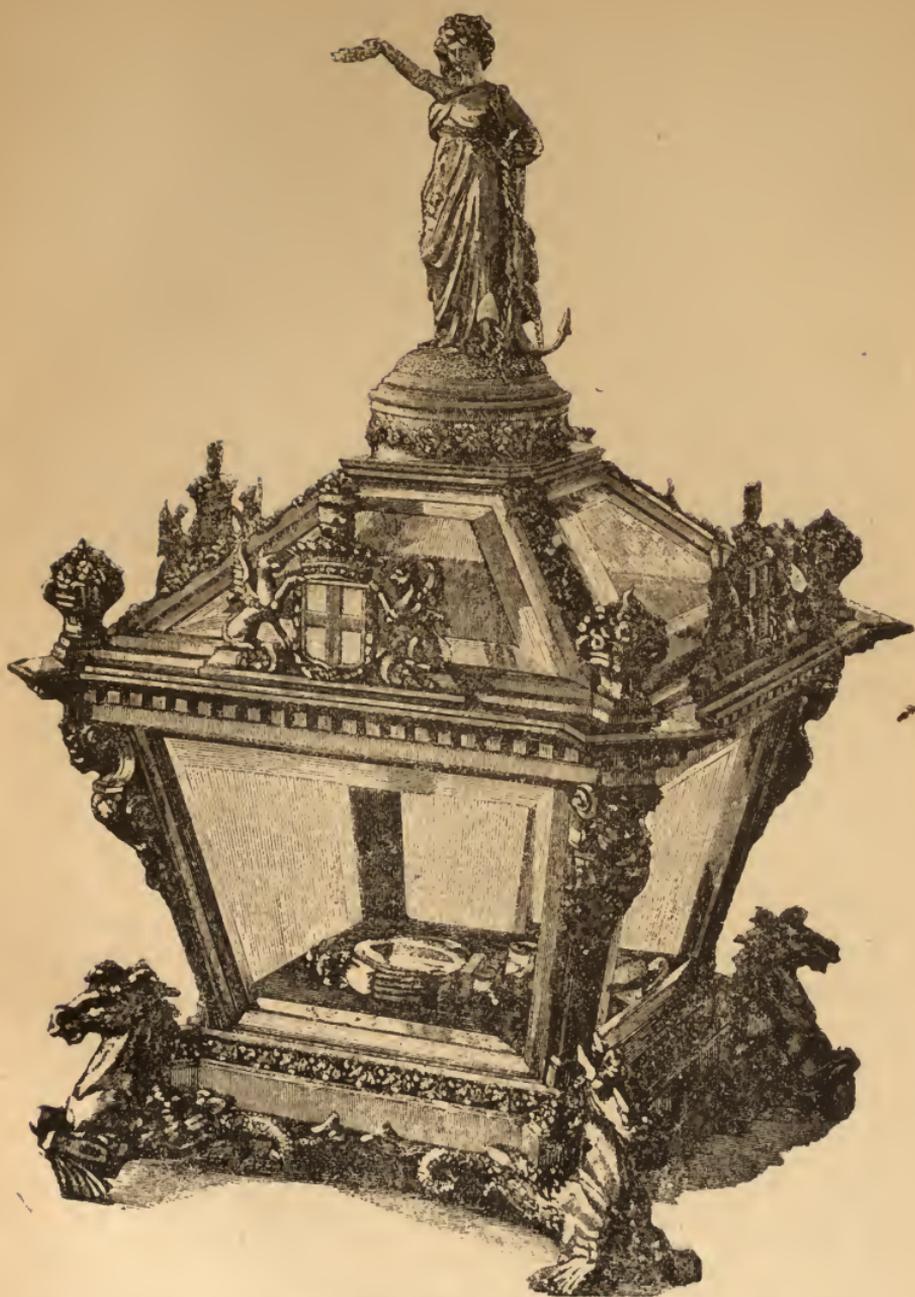
En su consecuencia, los restos del grande hombre fueron trasladados solemnemente a la Cartuja de Sevilla, donde Fernando hizo levantar más adelante un monumento en que se puso la memorable inscripción:

*A Castilla y a León
Nuevo mundo dió Colón.*

Diez años después, recordando que Cristóbal Colón había manifestado el deseo de que se le inhumara en Santo Domingo, teatro principal de los memorables sucesos de su accidentada vida, trasladaron pomposamente sus cenizas a dicha ciudad en una carabela del Estado, depositándolas en la cripta de la catedral. Pero en 1795 Santo Domingo pasó a poder de los franceses, y España hizo transportar triunfalmente a la Habana los restos de Colón. Mas, a lo que parece, los comisarios españoles tomaron un féretro por otro, y el de Cristóbal Colón quedó



Cuadros existentes en la celda de Fray Juan Pérez de Marchena, guardián del convento de la Rábida



Gran urna conteniendo una redoma con algunas partículas de las cenizas de Colón, regalada al Municipio de Génova en 1878

en Santo Domingo, en donde fué descubierto y reconocido auténticamente el 10 de Septiembre de 1877.

Diego Colón hubiera debido suceder a su padre en el virreinato de las Indias y en el diezmo de las rentas; pero arrepentida la Corona de su prodigalidad, le sometió a un proceso, recogiendo las acusaciones más fútiles y vagas con toda la astucia de la ingratitude. Veinte testigos declararon que Colón había tenido noticia del Nuevo Mundo por un libro que había en Roma en la biblioteca de Inocencio VIII; y todo lo que se hizo sirvió sólo para probar cuán injustamente se ha querido usurparle la gloria de sus descubrimientos.

Aquel proceso disgustó mucho a Don Diego, aun cuando se proveyó de los medios que se exigían en España para salir triunfante, casándose con una sobrina del duque de Alba. Pero su causa tuvo peor suerte cuando vino al trono el impasible Carlos V. Don Diego consumió toda su vida en defender la gloria de su padre y su propia virtud; después su hijo Luis renunció a sus pretensiones por la asignación anual de mil doblones y los títulos de duque de Veragua y marqués de Jamaica, que aún conservan sus descendientes.

Fernando Colón, hijo natural de Cristóbal Colón, en su *Vida del Almirante*, cap. 3, hace el siguiente retrato de su padre. — «Cristóbal Colón era alto y bien formado, »frente ancha y nariz aguileña, ojos pequeños y garzos, »tez buena, cabello rubio, aunque la vida de movimiento »y de exposición continua a la intemperie habían atezado »su rostro y encanecido sus cabellos antes de los treinta »años; dignidad y majestad en su presencia, afluencia »en decir, afabilidad y mesura en sus modales, aunque »a veces solía exaltarle la viveza de su imaginación y la »fe en sus altos designios y proyectos; nada aficionado »a diversiones y pasatiempos, porque tenían siempre em- »bargado su espíritu los graves negocios a que consagró »toda su vida.»

Aun cuando en los primeros tiempos después de su muerte no se concedió a Colón todo el mérito a que la importancia de sus descubrimientos le habían hecho acreedor, las generaciones sucesivas han honrado su me-

moria y juzgádole como merecía. Véase lo que dicen algunos de sus historiadores. Washington Irving, en su magnífico libro *Vida y Viajes de Colón*, libro XVIII, capítulo 15, escribe:

«Colón poseía ingenio vasto e inventivo..... Su ambición era elevada y noble. Llenaban su mente altos pensamientos, y ansiaba distinguirse por medio de grandes hazañas..... Caracterizábanle la sublimidad de las ideas y la magnanimidad de espíritu..... Su natural bondad



Caja de plomo conteniendo los huesos de Colón (?)
en la Catedral de Santo Domingo

»haciale accesible a toda clase de sensaciones agradables
»de los objetos exteriores..... Era devotamente piadoso:
»mezcló la religión con todos los pensamientos y acciones de su vida, y brilla en sus más secretos y menos meditados escritos..... Acometía todas sus grandes empresas en el nombre de la Santísima Trinidad y recibía los Santos Sacramentos antes de embarcarse..... creía firmemente en la eficacia de votos, penitencias y peregrinaciones y apelaba a ellos en tiempos de dificultades y peligros..... Dicha hubiera sido para España que los que siguieron las huellas de Colón hubieran tenido su sana política y liberales ideas. El Nuevo Mundo hubiérase poblado entonces de pacíficos colonos y civilizádose por

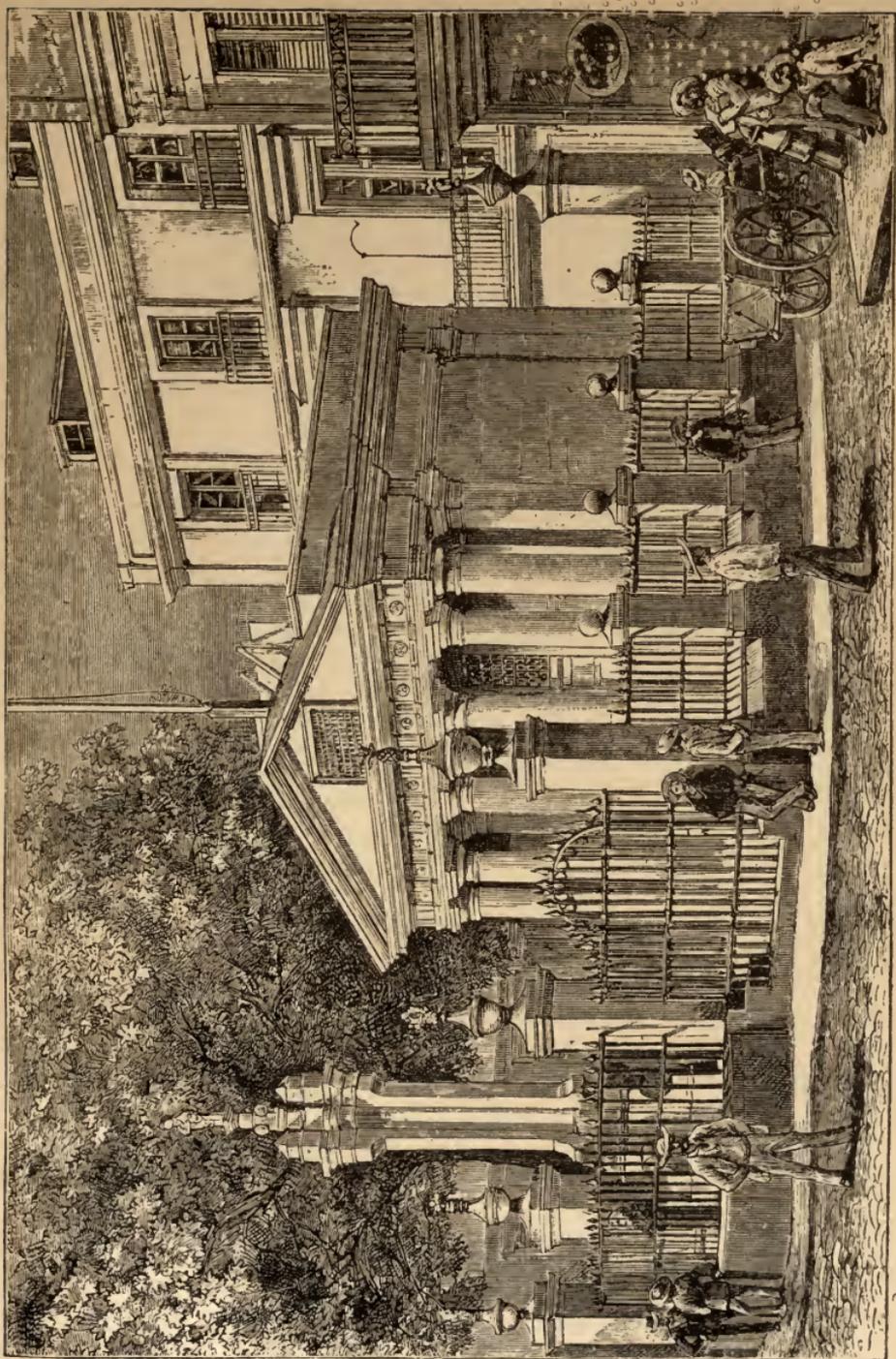
»medio de sabios legisladores, en vez de que lo recorriesen
 »aventureros desalmados y de que conquistadores avaros
 »lo desolasen.....»

William Prescott, en su obra *Reyes Católicos*, parte II, capítulo 18, dice:

«Cualesquiera que fuesen los defectos de su razón,
 »difícilmente podría el historiador señalar un solo lunar
 »en su carácter moral: su correspondencia respira siem-
 »pre el sentimiento de la más acendrada lealtad a sus
 »soberanos: en su conducta se observa comúnmente el
 »mayor cuidado por los intereses de los que le seguían;
 »gastó hasta el último maravedí para restituir su desgra-
 »ciada tripulación a la tierra natal: en todos sus hechos
 »se ajustaba a las reglas más estrechas del honor y de la
 »justicia..... Ha habido hombres en quienes las virtudes
 »extraordinarias han estado reunidas, si no con verdaderos
 »vicios, con miserias degradantes; pero no sucedía así en el
 »carácter de Colón: ora le consideremos en su vida pública,
 »ora en la privada, siempre le encontramos el mismo
 »noble aspecto; su carácter estaba en perfecta armonía
 »con la grandeza de sus planes, y los resultados de todo
 »fueron los más grandiosos que el cielo haya concedido
 »realizar a un mortal.»

También Alfonso de Lamartine en su *Cristóbal Colón*, parte III, núm. 18, escribe en su hermoso estilo:

«Todos los caracteres del hombre verdaderamente
 »grande se encuentran reunidos en él. Genio, trabajo, pa-
 »ciencia, obstinación dulce, pero infatigable hasta lograr
 »el fin, resignación en el cielo, lucha contra las cosas...
 »estudio constante, conocimientos tan vastos como el
 »horizonte de su tiempo, manejo hábil pero honroso de
 »los corazones para reducirlos a la verdad, nobleza y
 »dignidad en las formas exteriores, que revelaban la gran-
 »deza del alma y encadenaban los ojos y los corazones,
 »lenguaje adecuado a la magnitud y a la altura de sus
 »pensamientos, elocuencia que convenía a los reyes y
 »aplacaba los tumultos de sus tripulaciones, poesía de
 »estilo que igualaba sus relaciones a las maravillas de
 »sus descubrimientos y a las imágenes de la naturaleza,
 »amor inmenso, ardiente y activo a la humanidad..... la



HABANA. — Capilla griega erigida en la esquina de la Plaza de Armas, cerca del sitio donde se celebró la primera misa en la isla de Cuba

»ciencia de un legislador y la dulzura de un filósofo en el
 »gobierno de sus colonias, piedad paternal para con los
 »indios, hijos de la raza humana, a quienes quería dar la
 »tutela del mundo antiguo, pero no la servidumbre de
 »sus opresores; olvido de las injurias, magnanimidad en
 »perdonar a sus enemigos, piedad, en fin, esa virtud que
 »contiene y diviniza las demás, cuando ella es lo que era
 »en el alma de Colón; presencia constante de Dios ante

U.^a Cristóbal
 Colon

U.^a p.^a de los r.^{os}
 del p.^a marav.^a de O.^a
 Cristóbal Colon Ven.

Facsimile de la plancha de plata
 encontrada dentro de la caja

»su espíritu, justicia en la conciencia, misericordia en el
 »corazón, alegría y gratitud en los triunfos, resignación
 »en los reveses, adoración por doquiera y siempre.

»Tal fué este hombre. Nada conocemos más acabado:
 »contenía a muchos en uno solo..... Ninguno por lo grande
 »de su influencia mereció mejor el nombre de civiliza-
 »dor..... El completó el universo; acabó la unidad física
 »del globo..... La América no lleva su nombre; pero el
 »género humano reunido por él lo llevará a todo el globo.»

Nadie como el conde Roselly de Lorgues ha escrito
 con más entusiasmo y juzgado con mayor acierto acerca
 de la vida de Cristóbal Colón: sus numerosas investiga-

ciones y sus interesantes libros le han valido el renombre de historiógrafo de Colón, logrando aclarar muchos puntos que permanecían ocultos o ignorados.

Mucho se escribió también acerca de Colón con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América; y para conmemorar tan importante suceso celebráronse, en Octubre de 1892, grandes fiestas en muchas ciudades de España, especialmente en Madrid y Barcelona, donde revistieron inusitada solemnidad. Además hanse levantado suntuosos monumentos en ambas capitales en honor del gran descubridor del Nuevo Mundo, habiéndolos erigido también en Génova, París y otras ciudades europeas así como en muchas de América, siendo dignos de nota los de Nueva York, Filadelfia, Chicago y Méjico.

También han honrado la memoria de Colón muchas poblaciones, dando su nombre a calles, plazas y paseos, y se ha discutido extensamente acerca de los descubrimientos del insigne navegante y sus resultados, que a nuestro entender han sido inmensos para la Historia del Género Humano y para la causa de la civilización.

España y América no pueden, no deben olvidar nunca el nombre de Cristóbal Colón, que unió a ambos pueblos con estrechos lazos, pues honrando la memoria del ilustre marino, se honran a sí propias y consagran un hecho de los más notables en la historia de la humanidad.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Introducción	7
Capítulo I.	13
— II.	21
— III.	31
— IV.	49
— V.	65
— VI.	77
— VII.	91

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY,
BERKELEY

**THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW**

Books not returned on time are subject to a fine of 50c per volume after the third day overdue, increasing to \$1.00 per volume after the sixth day. Books not in demand may be renewed if application is made before expiration of loan period.

OCT 2 1926

OCT 5 1926

Rad

OCT 3 1926

YC 27864

591841

E 111
P. 4

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

